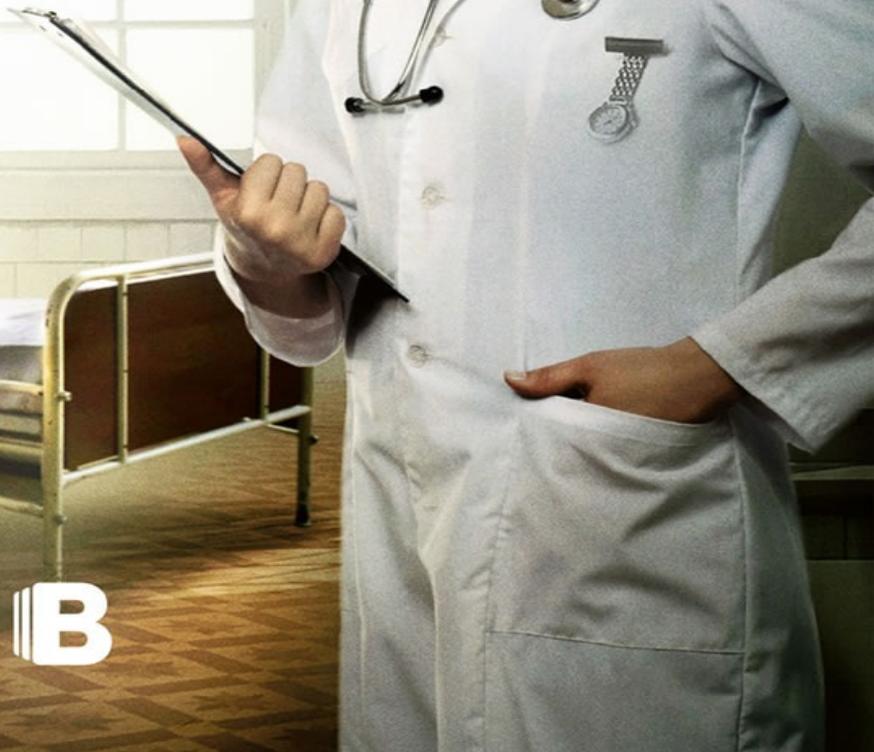


LA DOCTORA

SILVIA TARRAGÓ

——
La lucha de una mujer
por ejercer su profesión
en la España de 1950
——



B

La doctora

SÍLVIA TARRAGÓ



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A mi abuelo Carlos,
que nació en el castizo Lavapiés de 1905,
por haberme contagiado su pasión por la literatura.*

*A mi abuela Petra,
nacida diez años después en Fuentepelayo,
porque sus historias aún me acompañan.*

Primera parte

CUADRO CLÍNICO

Disfrutad de vuestra buena salud; solo son jóvenes los que se encuentran bien.

VOLTAIRE

A la gente le encanta hablar de sus enfermedades, a pesar de que son las cosas menos interesantes de sus vidas.

ANTÓN CHÉJOV

Colmenar Viejo, 16 de febrero de 1955

Queridos padres y hermana:

¿Cómo estáis? Espero que muy bien. Yo bien, gracias a Dios, y adaptándome a mi nueva vida en el sanatorio de Valdealmena. Aunque han pasado pocos días desde que nos despedimos pienso mucho en vosotros, y como sé que estaréis preocupados por mí, aprovecho que es de noche y todo el mundo descansa para ponerlos al corriente de mi vida aquí.

Lo que más me sorprendió al llegar fue ver lo enorme que es el sanatorio. El edificio tiene cuatro plantas, dos galerías muy grandes para las curas de sol y jardines. Cuenta con trescientas camas para los pacientes, además de las habitaciones de médicos, enfermeras, monjas y empleados y una capilla.

En cuanto vi las instalaciones me acordé de papá porque estoy segura de que quedaría tan impresionado como quedé yo. Tiene dos quirófanos con todo el servicio quirúrgico correspondiente, tres laboratorios, cuartos de desinfección y un departamento de anatomía patológica.

Los primeros días se me hacía extraño estar aquí ya que, como sabéis, siempre he trabajado en el dispensario, cerca de casa. Por suerte, mi colega y compañera de habitación, la doctora Almudena Tejedor, me ha ayudado mucho y me ha puesto al tanto de todo. Es una chica muy alegre y parlanchina que me recuerda a mamá por su manera de hablar. Seguro que las dos os llevaríais de maravilla. Como ella, todo el personal está aquí instalado, excepto el director, el doctor Martín Ramos, que como tiene coche puede ir y volver a Madrid, donde vive. Me molestó saber que los demás médicos tienen su propio dormitorio individual y que a mí me hacían compartir cuarto como a las enfermeras y al personal de mantenimiento, pero no dije nada porque no quería empezar protestando nada más llegar. Ahora, a pesar de que sigo pensando que es injusto, me alegra tener la compañía de Almudena. No sé si llegaré a decir algo al respecto, pero espero que, en un futuro, cuando seamos más, a las doctoras se nos trate de la misma manera que a nuestros colegas varones.

Como podréis imaginar, mi compañera y yo somos las únicas mujeres del personal médico, que, además del director, está formado por otros siete doctores más. El primer día, los pacientes se sorprendieron al verme y no se fiaban de mí, pero recordé los consejos que me daba papá cuando empecé a ejercer: que tuviese paciencia, que aprendiese a controlar mis emociones y que tratase a mis pacientes con el mismo esmero y respeto con los que trataría a un familiar. Gracias a eso y al

precedente de la doctora Tejedor, que hace casi un año que trabaja aquí, he conseguido que muchos de los enfermos me hayan dado su confianza. Estoy segura de que, con el tiempo y los resultados, acabarán por vencer sus recelos

Otra persona con la que suelo relacionarme es sor Pilar, la monja que me recibió nada más llegar al sanatorio. Aunque siempre me trata con consideración, hay algo en ella que me inquieta. No os preocupéis, no es nada grave, pero me apena que las conversaciones que mantenemos se reduzcan a preguntas mías que responde con monosílabos, dando a entender que desea un trato de lo más formal. Desde luego, lo respeto, pero lamento su actitud, pues he sabido que cursó estudios de medicina y he visto su habilidad para tratar a los pacientes. Me vendría bien tener otra aliada en el sanatorio y que las tres nos diésemos apoyo mutuo porque, como papá siempre dice, la medicina no es solo actividad clínica y los médicos debemos compartir nuestras experiencias y conocimientos en beneficio de nuestros pacientes. La doctora Tejedor me aconseja que no insista o podría provocar el efecto contrario y hacer que la hermana se cierre aún más, así que he decidido hacerle caso porque tiene más experiencia que yo.

Ahora os hablaré de los pacientes que tratamos aquí. La mayoría son bastante jóvenes y es posible que su convalecencia sea larga. Por lo que me han dicho, los tuberculosos responden bien al tratamiento y tienen muchas posibilidades de curación. Pero también tenemos pacientes con enfermedades del tórax ya que, según me ha explicado la doctora Tejedor, el sanatorio de Valdealmena es un centro de referencia en la cura de patologías pulmonares complejas, tanto médicas como quirúrgicas, y cuenta con los mejores especialistas en enfermedades respiratorias. Ya os podréis imaginar lo contenta que estoy, porque podré aprender mucho.

Por último, solo me queda explicaros algo curioso que me ha hecho pensar en Laura. ¿Recordáis cómo me gustaba mortificarla con historias de fantasmas cuando éramos pequeñas? Me divertía ver cómo le asustaban esos cuentos que me inventaba y fingir que yo que soy la mayor, no tenía miedo. La verdad es que tenía más que ella y lo hacía para disimular.

El caso es que una paciente me pidió ayer un somnífero quejándose de que hacía noches que no dormía. Al principio, no me quiso dar explicaciones, pero al ver que yo no quería dárselos, me contó que no podía dormir porque durante las noches escuchaba a un fantasma. Yo pensé que quería tomarme el pelo, pero me insistió tanto y estaba tan alterada que al final le di un sedante suave.

Ya veis lo mucho que pienso en vosotros que todo lo que pasa aquí me hace recordar vuestros consejos o anécdotas que compartimos. Espero que pronto me den unos días libres para poder veros y explicároslo todo con más detalle.

Por hoy acabo esta larga carta con el deseo de que estéis bien y de poder abrazaros muy pronto.
Vuestra hija y hermana que os quiere,

PALOMA

1

Nací el último año de la dictadura de Primo de Rivera, y me bautizaron como Paloma por mi abuela paterna, que se quedó con las ganas de perpetuar su nombre al haber tenido tan solo hijos varones. Las primeras imágenes que atesoro se remontan a los años finales de la República, como la fría mañana de enero en que vi a un autogiro surcando los cielos. Sus acrobáticas evoluciones por la bóveda celeste se me antojaron algo mágico, y durante bastantes noches soñé con aquellas cabriolas que mantuvieron con la cabeza levantada a cientos de transeúntes.

Tras el desgarrador trance que supuso la Guerra Civil, me matriculé en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid. Y no porque quisiese seguir los pasos de mi padre, cuya consulta pediátrica gozaba de muy buena reputación, sino por una genuina inclinación que había nacido conmigo. Creo que se despertó el día en que acompañé a mi abuela, mi tocaya, que era corta de vista, a la consulta de la doctora Trinidad Arroyo. Nunca antes había visto a una mujer médico y, a pesar de mi corta edad, quedé fascinada ante la seguridad de aquella oftalmóloga, la primera de España, que, según supe más tarde, había operado junto a su marido al eminente escritor Benito Pérez Galdós.

Muchos años después, una vez licenciada, empecé a ejercer en un dispensario antituberculoso no muy lejos de mi barrio. En aquella época éramos muy pocas las féminas que ejercíamos la medicina, así que la práctica me proporcionó las armas que necesitaba para protegerme ante los colegas —e incluso ante algunos enfermos—, que me cuestionaban por la doble circunstancia de ser joven y mujer.

En aquello no me ayudaba demasiado mi aspecto, menudo y nervioso, que siempre me ha hecho aparentar menos años de los que tengo. Ya desde muy joven me acostumbré a los comentarios que relacionaban mi físico con el de las aves que llevan mi nombre. La suavidad de mi piel hacía pensar en su plumaje, y mi estatura, en su pequeñez. Sin embargo, toda esa delicadeza contrastaba con mi piel y mi cabellera oscuras.

Un par de años después de incorporarme al dispensario tuve la suerte de que mi trabajo llamase la atención de un antiguo compañero de facultad, que me recomendó para un puesto en el sanatorio de Valdealmena. Hacía casi una década que el vetusto edificio había sido ampliado con tres pabellones construidos por el Patronato Nacional Antituberculoso, un organismo que luchaba por erradicar la enfermedad desde el comienzo de la guerra. Acabado el conflicto, ese objetivo se

había convertido en una de las prioridades del gobierno, que mantenía aislados a los afectados en sanatorios alejados de las ciudades.

Cuando llegué al de Valdealmena, ya hacía algún tiempo que se usaban medicamentos efectivos contra el bacilo que causa la tuberculosis, por lo que en el centro empezaban a tratarse todo tipo de enfermedades del tórax. Por aquel entonces aún la llamaban «la peste blanca» y conservaba intacta su aureola de enfermedad romántica. Sin embargo, el día en que me dirigí al sanatorio en autobús, mis sentimientos estaban lejos de cualquier romanticismo. Más bien estaba asustada.

Recuerdo que mientras el vehículo ascendía por el monte, me asomé a la ventana para contemplar el despliegue de pinos que habían sustituido el antiguo encinar. De vez en cuando, en medio de las copas piramidales de las coníferas, emergía la forma ovalada de una encina, y ese vestigio de un pasado que se aferraba a sus raíces me recordaba un poco a mí. Como si aquel árbol fuese yo misma emergiendo entre los ejemplares de la nueva especie en la que me iba a convertir.

Estaba a punto de incorporarme a un universo distinto al que había habitado hasta entonces. Un destino remoto que me ubicaba lejos del familiar corazón de Madrid.

Hasta ese momento, mi vida había girado en torno al rincón urbano y reticular del barrio de Recoletos. Sus imponentes edificios decimonónicos, construidos un siglo atrás con el ensanche de la capital, habían sido hasta entonces todo mi mundo.

Aunque no imaginaba siquiera lo que me supondría la incorporación al sanatorio antituberculoso de Valdealmena, la responsabilidad de luchar contra la enfermedad en una institución de tanta solera me llenaba de un feroz desasosiego.

El sol matutino de febrero se encaramaba ya sobre las lomas cuando llegué a mi destino. Bajo la luz hibernal, contemplé la explanada donde me había dejado el autobús: una planicie ocupada por el sanatorio, que parecía dominar el monte como una fortaleza antigua. Aún bajo la claridad diurna, el colosal edificio transmitía hermetismo y un ominoso aislamiento.

Las piernas me temblaron al dirigirme a la entrada con la maleta en la mano y el corazón lleno de ilusiones y dudas.

—Sígueme, si es tan amable; la acompañaré al despacho del doctor Ramos, el director médico.

La monja que me recibió en el vestíbulo me resultaba intimidante. No obstante, no podía hacer otra cosa que seguirla mientras se adentraba en la vastedad del edificio por donde transitaban otras hermanas y personal sanitario.

El estigma de una enfermedad tan contagiosa y, hasta no hacía mucho, mortal, había dejado en manos de órdenes religiosas su tratamiento. En el caso del sanatorio de Valdealmena, esta función la realizaban las Siervas de María, una congregación fundada un siglo antes en Madrid con el fin de cuidar a enfermos sin recursos.

Mientras atravesábamos la nave central del edificio, mis ojos se esforzaban en retener todo cuanto veían. Una tarea inútil, dada la grandiosidad de aquella estructura, que se prolongaba en un despliegue de puertas y corredores.

El ambiente que se cobijaba bajo aquel alto techo era mucho más relajado que el que reinaba en el dispensario donde yo había trabajado hasta entonces. Y la claridad que se cernía desde los ventanales acrecentaba la sensación de sosiego.

Tras un trayecto que se me antojó interminable, la hermana se detuvo ante lo que debía de ser el despacho del director. Golpeó la puerta suavemente con los nudillos y acto seguido la abrió, al tiempo que me hacía un gesto para que entrara.

Yo la seguí algo cohibida. La actitud distante de la religiosa alimentaba mi desazón.

—Adelante, doctora Sanz, siéntese —me invitó el director señalando el asiento ante la mesa de su despacho—. La hermana Pilar la acompañará a su dormitorio para que se instale, pero antes quisiera presentarme y darle la bienvenida.

La monja nos dejó a solas después de murmurar lo que me pareció una despedida. Tras ella pareció irse también mi inquietud, ya que sentí cómo se distendían mis miembros sentada frente al director. Aunque era algo mayor que yo, carecía de la adustez que le había supuesto, y su amabilidad ejerció en mí un efecto tranquilizador.

No era un hombre especialmente apuesto y no poseía otro rasgo físico destacable que no fuesen sus ojos verde oliva.

—Soy el doctor Martín Ramos, director del sanatorio, y estoy encantado de que se incorpore a nuestro equipo médico. Sus referencias son excelentes y veo que tiene experiencia en el tratamiento de enfermedades del tórax.

—Muchas gracias, doctor Ramos. Los dos últimos años he trabajado en un dispensario antituberculoso y allí tratábamos también trastornos pleurales, cardíacos y pulmonares.

—Pues su experiencia nos será muy útil, sin duda. Ya debe usted saber que la tuberculosis no es la única dolencia que tratamos aquí. Por fortuna, las cosas han cambiado mucho desde la guerra y, ahora que la enfermedad tiene cura, el tiempo de hospitalización de los pacientes se ha acortado... Gracias a Dios, disponemos de más plazas libres por sanación que por defunción.

—Pero ¿siguen utilizando las terapias de aire puro y reposo?

—¡Por supuesto! La buena alimentación y el descanso en un ambiente saludable siempre son beneficiosos. Podrá comprobarlo por sí misma cuando sor Pilar le enseñe nuestras instalaciones. Evidentemente, esta terapia natural es un complemento a la medicación y la vacunación, que son las que están erradicando la enfermedad.

—Desde luego... Lo preguntaba porque hace un año que el Patronato Nacional Antituberculoso anunció que ya no se construirían más sanatorios.

—Cierto. Por eso en los que están en funcionamiento, como este, estamos ampliando nuestro campo de acción a las enfermedades de tórax. Hemos introducido nuevos métodos diagnósticos y terapéuticos como la broncoscopia y pruebas de función pulmonar muy novedosas. Será un placer mostrárselas y ponerla al día de todo. Me encargaré personalmente.

Pronunció esa última frase con un tono que me amedrentó. No había dicho nada inapropiado, pero la inflexión que otorgó a sus palabras disparó en mí una señal de alerta.

El doctor Ramos debió de captar mi inquietud, porque esbozó una sonrisa antes de proseguir.

—Estoy seguro de que va a sentirse muy a gusto aquí, al menos me esforzaré para que así sea. Sepa que tengo mucha confianza en las nuevas generaciones de médicos. No hace mucho contratamos a un joven de su edad, el doctor Guillermo Aguado, y estoy muy satisfecho con él. Es un profesional muy capaz. Usted también me ha causado una buena impresión y espero que no se quede atrás, aunque sea una mujer. Además de buenas referencias, percibo que tiene aptitudes, inteligencia y belleza, si me permite decirlo. Si sabe usarlas como es debido, llegará muy lejos.

Aquella última sentencia me desconcertó, aunque intenté tomarla como un cumplido.

—¿Hace mucho que el doctor Ramos es el director del sanatorio? —pregunté a sor Pilar cuando me conducía hasta mi habitación.

—Algo más de cuatro años.

—¿Y se hospeda aquí también?

—No, él vive en Madrid con su esposa y sus hijas.

—Entonces... —comenté ya más tranquila—, ¿tiene que desplazarse cada día? Es un trayecto largo y con poca frecuencia de autobuses.

—Sí, pero el director tiene coche propio.

Las respuestas escuetas de la hermana me advirtieron que le disgustaba hablar de él.

Se limitó a mostrarme los servicios generales y clínicos que se ubicaban en la planta baja del sanatorio. Advertí que la monja no era tan mayor como me había parecido en un primer instante. Su piel, aún tersa, y la mirada vivaz evidenciaban que todavía estaba lejos de la vejez.

La austeridad del edificio se adornaba tan solo con un cuadro del Sagrado Corazón, situado bajo las escaleras por las que ascendimos a los pisos superiores. El primero albergaba el pabellón de los hombres, y el segundo, el de las mujeres. Ambos disponían de habitaciones de seis camas, una sala de curas y una galería con hamacas para tomar baños de sol.

Tras el recorrido por las distintas dependencias, sor Pilar, finalmente, me mostró mi habitación. Era una estancia cuadrada y más amplia de lo que había supuesto. Un armario gigantesco y antiguo, que debía de ser parte del mobiliario original, se erguía ante dos camas de forja de hierro. Me pregunté quién sería mi compañera, y dudé que se tratase de otra doctora, puesto que la desproporción entre hombres y mujeres médico era aún descomunal. Estaba casi convencida de que la ocupante de ese cuarto sería una enfermera.

La curiosidad por saber con quién compartiría la habitación desplazó por un momento la extraña zozobra que había seguido a mi entrevista con el director. La persistencia de la extrañeza ante lo novedoso hizo que la premonición volviera a dormirse.

Pero solo se trataba de un reposo transitorio.

Almudena avanzó por el corredor con andar decidido. Desde que nos habíamos conocido, apenas diez horas antes, se había convertido en la sustituta de sor Pilar como mi guía en el sanatorio.

Me sorprendió mucho descubrir que sería una doctora mi compañera de cuarto, porque dos mujeres médico en un mismo centro superaban el porcentaje habitual de cualquier hospital o dispensario. A ella también le asombró que me hubiese incorporado al equipo, aunque era innegable que se alegraba.

—Ya iba siendo hora de que contrataran a otra doctora —me dijo justo después de presentarse—. Las mujeres hemos demostrado ser excelentes médicos en las últimas décadas y nuestro valor profesional tendría que estar más reconocido.

Su manera de hablar me recordó a la doctora Elisa Soriano, una destacada oftalmóloga que hacía años que luchaba por la defensa del potencial femenino y a cuyas conferencias había asistido en más de una ocasión. Antes de la guerra había fundado, junto a Trinidad Arroyo, Concepción Aleixandre y otras colegas, la Asociación de Médicas Españolas con la finalidad de mejorar nuestra situación profesional, así como la salud de mujeres y niños.

Antes de acostarnos, Almudena ya me había puesto al día de sus orígenes humildes y de lo que le había costado llegar hasta donde estaba. Era una mujer parlanchina y alegre, que había nacido cinco años antes que yo en Fuentillar, un pueblecito de Segovia.

Con su hablar desenfadado, que solía cargar de una ironía espontánea, me explicó que era la tercera de los cuatro hijos de un labrador con poca salud y muchas tierras, que cultivaba con ayuda de sus vástagos. A pesar de eso, ella había podido eludir algunas de las tareas del campo e ir a la escuela hasta los catorce años. Después, con la ayuda de doña Lucía, su maestra, había conseguido convencer a su progenitor para seguir estudiando. Se había valido del apoyo económico de una tía viuda y sin hijos a la que persuadió de que le costeara estudios de Segunda Enseñanza y, tras sus brillantes resultados, la carrera de Medicina. Mientras iba a la facultad, la anciana señora la hospedó con ella en su espaciosa vivienda de Madrid.

—La pobre era un poco hipocondríaca y le encantaba hablarme de sus males. Escucharla y recetarle algún que otro analgésico fue un precio muy bajo por todo lo que hizo por mí.

Según me contaba, fue por esa época cuando conoció a su futuro marido, un maestro de escuela diez años mayor que ella, con quien se casó al terminar la carrera. Un año después nació su hijo Pepín, y durante un tiempo compaginó sus labores maternas con el trabajo en diversas clínicas

de la capital, hasta que le surgió la oportunidad de incorporarse a la plantilla del sanatorio. Como el niño ya iba al colegio y tenía días libres para reunirse con su familia, Almudena había aceptado el empleo.

La mañana que siguió a nuestra primera noche juntas, mi compañera cambió el tema de su cháchara para ponerme al día de las rutinas del sanatorio. Mientras desayunábamos, tras dar un sorbo a su café con leche, me recordó que el trato a los pacientes se basaba en el reposo, la buena alimentación y el clima de altura. Pero me remarcó que la tuberculosis la combatían con fármacos, sobre todo con estreptomina, un antibiótico descubierto unos años atrás que yo ya conocía.

Tras abandonar la habitación la seguí hasta las escaleras, que subió con diligencia hasta el primer piso. Sabía, por sor Pilar, que era donde se encontraba el pabellón de los hombres, así que supuse que cada día iniciaba allí las visitas.

Nada más acceder a la primera de las habitaciones, comprobé con cierto asombro que Almudena trataba con familiaridad a los convalecientes. Seguramente, pensé, las estancias hospitalarias prolongadas propiciaban un trato cercano. Más adelante descubriría que era el carácter bondadoso de mi colega lo que favorecía esa confianza.

En esos momentos, no obstante, mientras seguía sus evoluciones entre las seis camas de la sala, yo estaba tan pendiente de sus explicaciones que apenas me fijé en los pacientes. Quería familiarizarme con el proceder de la doctora, así como con los tratamientos que se seguían, y para ello necesitaba de toda mi concentración.

No fue hasta el final de las visitas cuando Almudena me pasó los historiales de los enfermos de los que debería ocuparme a partir de entonces. Tras echar una ojeada a sus informes, me dirigí al que tenía más cerca. Se trataba de un hombre joven, quizás un par de años mayor que yo, que me miraba con un interés mal disimulado.

—Buenos días, señor Aranda, soy la doctora Paloma Sanz y me acabo de incorporar al centro. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Encantado de conocerla, doctora. Pues la verdad es que estoy muy sorprendido. Y me parece que no soy el único...

Hasta entonces no me había fijado en que la expresión curiosa que había vislumbrado en el paciente era la misma que animaba los rostros de sus compañeros. Sin duda, ver a dos mujeres médicos juntas era algo excepcional para ellos.

—Comprendo que les resulte chocante, pero los tiempos están cambiando, y si la dirección nos ha otorgado su confianza no deberían preocuparse.

—Perdone si la he ofendido. La verdad es que la doctora Tejedor lleva tratándome desde que ingresé, hace un año, y he mejorado mucho. Como no hay muchas mujeres médicos he desconfiado...

—Me alegra que haya notado mejoría. A partir de ahora trabajaremos para que se recupere y

deje el sanatorio cuanto antes.

—Vaya... ¡Pero si acabamos de conocernos!

El tono vivaz que utilizó tuvo el poder de acortar la distancia desde la que lo contemplaba. Hasta ese momento no había visto más que a un paciente, un reto que se concretaba en el objetivo de su pronta curación. Sin embargo, la mordacidad del comentario me hizo verlo como quien era: alguien de mi edad, con el anhelo de recuperar una vida que había quedado en suspenso a causa de la enfermedad.

Fue entonces, al observarlo bajo un prisma más personal, que descubrí en él un recuerdo. Algo en su expresión jocosa que me traía una reminiscencia del pasado.

En esos momentos no supe definirlo, tan solo percibí una familiaridad agridulce que me conectaba con un tiempo anterior.

Escruté en sus facciones un rastro del pasado que me evocaba, pero ni la palidez de su piel, ni sus ostentosos pómulos, que empezaban a cubrirse de una carnosidad pilosa, ni tampoco sus ojos azul transparente me revelaban nada. Y aun así, sentí que me atraía con un magnetismo antiguo e inconsciente.

El último comentario escrito a mi familia en mi primera carta a casa se había convertido, a los pocos días, en una especie de presagio.

Sucedió la primera noche en que recorría a solas los largos pasillos del sanatorio, ya que prestaba servicio de guardia y había decidido hacer una ronda. La grandiosidad de los corredores parecía crecer con el silencio bajo la oscuridad a causa de una iluminación desfalleciente. Solo algunas bombillas permanecían encendidas para preservar el descanso de los pacientes, y bajo su luz exánime todo adquiría una apariencia siniestra.

Quizás fuese esa impresión tan sombría la que predispuso mi ánimo a percibir en los sonidos de la noche un llanto lastimero. Una voz infantil y quejumbrosa que acabó por imponerse al sigilo que reinaba en el pabellón de mujeres.

Alertada por ese débil quejido, me encaminé hacia la planta baja, de donde parecía provenir. A medida que descendía los escalones, la oscuridad se incrementaba, y, con ella, el tono de aquel gimoteo. Ya no tenía ninguna duda de que se trataba de sollozos y no pude evitar recordar la historia sobre el fantasma del niño.

Sobrecogida, me detuve en el último peldaño. El amplio vestíbulo permanecía en penumbra. Solo podía distinguir las enormes baldosas del suelo, sobre las que se reflejaba la luz mortecina de los fluorescentes. Uno de ellos no dejaba de parpadear y su intermitencia se me antojó una especie de aviso. Sin embargo, mi mente más racional se impuso a mis miedos y retomé mi búsqueda.

A medida que me aproximaba al sótano, percibía mejor el lamento. Su nitidez evidenciaba que se trataba de una voz humana y esa certeza me aterrorizó.

Aun así, mi espíritu científico se negaba a admitir la existencia de un fantasma. La zona a la que me conducía no estaba ocupada por ningún paciente. Era un espacio destinado a almacenaje al que únicamente tenía acceso parte del personal. No podía haber nadie allí, y menos a aquellas horas.

La única explicación que se me ocurría era que algún paciente, confundido por la medicación, se hubiese escabullido hasta el sótano y se hubiese quedado encerrado.

—Doctora Sanz... ¿Qué hace usted aquí? ¿Necesita algo?

A pesar de su tono sigiloso, aquella voz grave me sobresaltó.

—Doctor Ramos, ¡qué susto me ha dado!

—Lo siento, no era mi intención. Hoy me he quedado en el sanatorio porque tengo trabajo

atrasado, y al oír pasos en las escaleras me he acercado a ver.

—No se preocupe, es que me ha parecido oír a alguien llorando y, es curioso, pero parece que viene del sótano.

—Allí no hay nadie. Es donde se guarda el material sanitario y hospitalario, pensé que lo sabía.

—Sí, sí, lo sé... Por eso me extrañaba; he pensado que igual alguien se ha quedado encerrado ahí dentro.

—¡No diga barbaridades! La vigilancia del centro es intachable, al igual que su seguridad. Nadie ajeno al personal tiene acceso a esa zona y nunca perdemos de vista a nuestros pacientes. Si le ha parecido oír algo, será de fuera, quizás algún animal. Créame, no tiene de qué preocuparse.

Al decir esta última frase, el director se acercó a mí y me tomó del brazo. La familiaridad de ese contacto me asombró, pero no dije nada porque su cercanía me reconfortó.

En silencio, dejé que me condujera de nuevo hacia la escalera, que subimos juntos con su mano aún asida a mi codo.

Ya no se oía el llanto lastimero, lo que me proporcionó un alivio que enseguida relacioné con su proximidad. Esa sensación hizo que me invadiera una repentina atracción hacia él. Probé de alejarla, porque sabía que estaba casado, pero su porte altivo y su prestancia habían comenzado a despertar fascinación en mí.

Creo que él se dio cuenta de mis emociones porque, de pronto, vi llamear en sus ojos una mirada distinta. Fue justo cuando me dejó ante la puerta de mi habitación cuando descubrí ese brillo anhelante con el que me contemplaba.

La turbación que había experimentado en su despacho volvió a materializarse, pero me vi incapaz de hacer o decir nada. Fue él quien rompió el silencio.

—No es necesario que haga ronda por los pasillos, ya me encargo yo. Quédese aquí despierta hasta que acabe su turno. ¡Ah!, y no piense cosas extrañas. Los días aquí son largos y dan pie a muchas fantasías...

Después de tres semanas en el sanatorio, la desazón que había sentido en un principio fue cediendo. Mi inseguridad quedó desplazada por el creciente hostigamiento al que me sometía el director. Su inesperada aparición durante mi primera noche de guardia había sido solo el inicio de una serie de encuentros imprevistos que me violentaban. Cuando menos lo esperaba, me topaba con él, y siempre en momentos en los que estaba a solas. En esas ocasiones, su proceder nada tenía que ver con el que mostraba cuando coincidíamos en el comedor o en las reuniones del personal médico. Su formalidad desaparecía de golpe para dar paso a un cierto descaro, el mismo que le había hecho agarrarme del brazo la noche en que oí los gemidos del niño.

Creo que mi vacilación lo alentaba, porque cada vez eran más atrevidas sus aproximaciones. En la última llegué a notar su aliento en mi cuello mientras alargaba la mano para alcanzar unos historiales situados en lo alto de una estantería. No me había dado cuenta de que se había colocado tras de mí y me asusté tanto que los dejé caer. Al volverme, no pude evitar que me sujetase. Fueron unos segundos cargados de intensidad en los que volví a ver ese fulgor anhelante en su mirada. Puesto que estábamos los dos solos, mi desconcierto se acrecentó visiblemente. Al notarlo se apresuró a soltarme y murmuró como disculpa que pensaba que me iba a caer. Desde ese día evité quedarme sola en cualquiera de las dependencias del sanatorio, para eludir aquel tipo de situaciones.

A esa problemática se le sumaba el desdén que me manifestaban algunos pacientes al exigir ser tratados por mis colegas masculinos.

—Debería de estar en el pabellón de mujeres para curarles sus cosas, que de eso debe de entender. Yo quiero al doctor Aguado. Él sí que sabe de lo mío.

Frases como esa me hacían revivir la frustración que había sentido en mis inicios en el dispensario, cuando los enfermos se negaban a desvestirse o a dejar que les realizara cualquier tipo de exploración física. Aunque sucedía a menudo, no lograba acostumbrarme. Lo único que me daba fuerzas para remontar era ver que muchos pacientes se esforzaban en dejar a un lado sus prejuicios para ponerse en mis manos. Supongo que esperaban a que les diese un motivo para no hacerlo, pero yo no estaba dispuesta a concedérselo.

A pesar de mi determinación, yo seguía intranquila porque Julio Aranda, el primer paciente que traté, había acabado por despertar el recuerdo que me trajo cuando lo conocí.

Una mañana, mientras lo visitaba, descubrí con asombro que me recordaba lejanamente a

Miguel, el primer y único novio que había tenido y al que había tenido que dejar porque se oponía a que yo estudiara medicina. Aquel mal recuerdo me predispuso contra mi paciente y tuve que recurrir a mi profesionalidad para que no lo notase. Más tarde me daría cuenta de que no había nada de él en Julio, pero en aquel momento me sentía rodeada de circunstancias perturbadoras a las que se les sumaban la leyenda del niño fantasma y la singular conducta de sor Pilar, que también intrigaba a Almudena.

—Yo creo que esconde algo —me había dicho una noche mientras se metía en la cama—. Este mediodía la he visto bajar al sótano y estoy casi segura de que bajo el escapulario del hábito ocultaba algo.

—Serían toallas o sábanas...

—¿Y por qué tendría que esconderlas? No, no; además, se notaba que intentaba disimular para que no la vieses. Tal vez bebe a escondidas y tiene allí su reserva de coñac. Ya lo descubriré...

—Déjalo estar, Almudena. No es problema tuyo y, como te pille, te va a hacer la vida imposible.

—Es que me tiene muy intrigada. Desde que la conozco se comporta con mucho secretismo. ¿A ti no te lo parece?

Aunque no quería admitirlo, no podía negar que el proceder de la religiosa me había extrañado desde mi llegada al centro. No obstante, la misteriosa conducta de la monja pasó a un segundo plano la mañana en que descubrí a una de las enfermeras robando ansiolíticos.

Se trataba de Victoria, una chica de familia aristocrática, un par de años menor que yo, que había dejado su lujosa residencia en Chamberí para instalarse en el sanatorio, donde se encargaba del manejo y cuidado de los pacientes de radiología y electrología. Desde el primer día me había encandilado su excelente disposición, en la que palpaba una vocación auténtica. Una inclinación natural hacia el sufrimiento ajeno que la había impulsado a abandonar su vida acomodada, y que se percibía en la amabilidad de su carácter, sobre todo en los cuidados específicos de enfermería como las curas y los sondajes.

Sorprenderla mientras se metía en el bolsillo del uniforme un bote de pastillas me dejó atónita. Aun así, quise convencerme de que aquello tenía alguna explicación y opté por no decirle nada.

—Eso no son más que cuentos de viejas...

Al entrar en la habitación me sorprendió el tono con el que Julio se dirigía a uno de sus compañeros. La tensión se palpaba en el ambiente, a pesar de que, al verme, todos callaron y se apresuraron a sumirse en su habitual ensimismamiento.

El aludido se puso a mirar a través de la ventana, mientras su compañero garabateaba en un cuaderno y el resto dormitaba u ojeaba algún diario.

Yo fingí que no notaba nada y me concentré en la revisión matutina de mis pacientes. Sin embargo, percibía con claridad que había algo que los inquietaba.

Cuando fue el turno de Julio, aproveché para sonsacarle.

—Está muy pesado con el tema del fantasma y pone nerviosos a los demás.

—¿Quién, don Higinio?

—Sí... Desde que nos hemos despertado no para de decirnos que esta noche ha oído al niño y no sé cuántas tonterías más. Igual tendría que darle un somnífero, doctora...

Al escuchar su nombre, su compañero se volvió y clavó la mirada en Julio. De porte altivo, nariz afilada y patillas plateadas, nos contemplaba desafiante.

—No es culpa mía que duermas como un tronco y no te enteres de nada, Julio. Pero yo sé lo que he oído... y te digo que era el fantasma.

—A ver, tranquilícese —intervine—. Yo también oigo ruidos cuando estoy de guardia. Por la noche se pueden escuchar muchos sonidos extraños, pero suelen ser los muebles, el viento, animales de fuera... Así que, por favor, no asuste a sus compañeros.

—Yo no los asusto, solo les advierto. Además, no soy el único que oye cosas. ¡Pregunte y verá! Y no son ni el viento ni los muebles que crujen, es un crío llorando, ¡si hasta llama a su madre!

—Pero... ¿cómo va a haber una criatura en el sanatorio? —Traté de hacerlo entrar en razón—. Aquí todos los pacientes son adultos.

—Eso solo puede tener una explicación: es el fantasma de un niño.

Higinio se apartó de la ventana y caminó hacia donde yo estaba. Cuando lo tuve delante, sus ojos ya no me parecieron retadores, sino temerosos.

—Doctora Sanz, cuando llegué aquí y me contaron esa historia tampoco me la creí... Pensé que era una novatada que hacían a los que acababan de ingresar; para divertirse, ya sabe... —El tono casi susurrante de su voz captó la atención del resto de los pacientes, sobre los que se cernió un

funesto silencio—. La primera noche que lo oí también me dije, como usted ahora, que era algún bicho de fuera o algo por el estilo. ¡Cómo iba a ser un alma en pena! Pero después de escucharlo muchas más noches, dejé de engañarme. Ningún animal llora así. Es la voz de un niño, ¡estoy convencido! Y no soy el único. Es el alma en pena del chiquillo que murió aquí, que sigue vagando por el sanatorio.

Tras escuchar esa última frase, Julio puso los ojos en blanco y suspiró. Era inútil convencerlo de lo absurdo de su razonamiento, ya que en el sanatorio no había muerto ninguna criatura. Sin embargo, una parte de mí cuestionaba mi lógica y me alertaba de la inminencia de un peligro.

Tuve que esforzarme mucho para deshacerme de esa sensación absurda. La intranquilidad de mis pacientes se evidenciaba en sus rostros taciturnos y, sobre todo, en el pavor que enturbiaba sus miradas.

—Como no deja de hablar del fantasma... —La voz acariciadora de Julio me sacó de mis cavilaciones. Me hablaba en voz baja para evitar que los demás pudiesen oírlo—. Todos están pendientes de si lo oyen por las noches.

—¿Quiere decir que no duermen?

—Les ha despertado la curiosidad y están sugestionados para detectar el espectro del niño en todas partes. Por mi profesión, sé muy bien cómo funciona todo eso. Le asombraría ver la de noticias falsas que corren por ahí y el daño que hacen.

—¿Es usted periodista?

—Sí, mis últimos artículos se publicaron en *El Alcázar*.

—Vaya, qué interesante... ¿Sabe que, de no haber sido médico, me habría gustado ser periodista?

—Son dos profesiones muy difíciles de ejercer para una mujer —dijo, impresionado—. Desde luego, es usted muy valiente.

Aunque no era la primera vez que me decían algo parecido, no pude evitar sonrojarme. Hacía mucho tiempo que no experimentaba esa timidez risueña y entusiasta.

Durante el resto de la jornada me persiguió el recuerdo de la intimidad que había sentido nada más conocer a Julio. No solo porque no fuese apropiado entre una doctora y su paciente, sino porque no quería volver a sufrir por amor.

—¿Te pasa algo?

Almudena dejó de lado su cháchara y fijó la mirada en mí. Como cada noche, cuando nos juntábamos en nuestro cuarto, me comentaba aspectos del día en el sanatorio, pero se había detenido al ver mi actitud retraída.

—No, nada, es que estoy muy cansada.

—¿Seguro? También en el comedor te he visto muy callada, como si te preocupase algo.

—Bueno... —Opté por desviar el motivo de mis desvelos—. Es que los pacientes están

obcecados con lo del fantasma y algunos no descansan lo suficiente porque están pendientes de si lo oyen por la noche.

—¿Siguen aún con eso? —repuso Almudena, sorprendida—. Hace años que circula esa vieja leyenda... Más o menos desde que se construyó el sanatorio. Por lo visto, cuando empezaron las obras aparecieron los restos de un niño y empezó a correr el rumor de que su alma en pena vagaba por los pasillos.

—¿Qué quieres decir con que encontraron los restos? —pregunté alarmada.

—Pues que al excavar para poner los pilares del sanatorio, aparecieron huesos que pertenecían a un niño. Se ve que antes aquí había habido un hospicio, pero no sé mucho más. Es natural que surjan estas historias en un lugar donde la gente pasa tanto tiempo aburrida. Además, el ambiente se presta.

Esa noche me costó conciliar el sueño y, cuando por fin lo logré, dormí en un constante desvelo.

Mi vida en el sanatorio parecía haberse asentado al fin en la rutina cuando la normalidad volvió a interrumpirse.

El detonante fue un simple gesto de amabilidad por parte de los padres de Beatriz, la primera paciente a quien di el alta. Fue algo imprevisto que admito que me conmovió. Por una parte, porque no lo esperaba. Por la otra, era un reconocimiento a mi trabajo.

Beatriz había sido una de las primeras pacientes que había tratado tras incorporarme al sanatorio. De apenas dieciocho años, me apenó comprobar que su enfermedad tenía mal pronóstico. El tratamiento le había provocado efectos secundarios y la aparición de gérmenes resistentes, por lo que empecé a administrarle un nuevo antibiótico descubierto hacía poco, isoniacida.

El uso conjunto de fármacos dio unos resultados excelentes, de manera que, al cabo de varias semanas, pude darle el alta para que siguiese el tratamiento en su ciudad.

El día en que sus padres fueron a recogerla, yo hacía mi visita rutinaria en el pabellón de hombres, y fue Victoria, la enfermera que descubrí robando ansiolíticos, quien vino a buscarme. Asomó un momento la cabeza a través de la rendija de la puerta y vi su rostro ovalado enmarcado por la cabellera rubia recogida en una coleta.

—Me han dicho muy educadamente que quieren verte, que solo será un momento. Supongo que querrán darte las gracias...

El trato diario durante aquellos tres meses había propiciado la confianza entre nosotras y, aunque no era tan parlanchina como Almudena, habíamos congeniado. A pesar de ello, no me atrevía a confesarle que la había visto robando medicamentos. Esperaba que llegase la ocasión adecuada para abordar un tema tan delicado.

Cuando llegué a la habitación de Beatriz, sus progenitores no me dieron tiempo siquiera a saludar. Se abalanzaron sobre mí y me entregaron una caja de bombones.

—Doctora Sanz, no se imagina cuánto agradecemos lo que ha hecho por nuestra hija... Esto tan solo es un detalle, una pequeña muestra de nuestro agradecimiento.

Victoria me miró divertida mientras yo cogía la caja, primorosamente decorada con un lazo dorado. Aunque para mí ya era suficiente regalo la buena evolución de mis pacientes, aquel reconocimiento público me emocionó y tuve que esforzarme en disimularlo.

—¡Buen trabajo, doctora!

El azoramiento me había impedido ver que el director había presenciado la escena. Lo descubrí apoyado en el dintel de la puerta tras despedirme de la pareja.

Al salir de la habitación, él me siguió por el pasillo y continuó con sus elogios.

—Sabía que no me defraudaría. Ya se lo dije el primer día y me alegro de no haberme equivocado.

—Es usted muy amable, doctor Ramos —dije sin dejar de caminar.

—Bueno, tan solo constato un hecho. Pero quisiera hablar con usted con más calma, porque hay cosas importantes que debo comentarle y ahora no es el momento. ¿Me permite que la invite a cenar esta noche?

Su propuesta me pilló por sorpresa. Había interpretado que querría hablarme de temas de trabajo, y una cena no parecía lo más indicado para tratar ese tipo de cuestiones. Aquello me confundió, pero sabía que no podía negarme, puesto que era mi superior y lo que tuviera que decirme podía afectar a mi futuro.

Cuando le dije que sí, un destello le encendió la mirada. Sentí que me estremecía por dentro, pero ya no había marcha atrás. Me recogería aquella noche a las siete, al terminar mi turno.

—¿Qué quería el director? —me preguntó Victoria con tono insolente algo más tarde.

—Felicitarme. Dice que está contento con mis progresos.

—¿Solo eso? Porque me ha parecido que hablabais mucho...

Aquella forma de dirigirse a mí rozaba ya la desfachatez y no pude contenerme.

—No sabía que además de enfermera fueses espía...

Se quedó unos instantes en silencio, como si mi comentario la hubiera herido profundamente, antes de murmurar:

—Siento haberte molestado, Paloma... Pero es que ese hombre no es trigo limpio.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, solo que no es de fiar. Creo que deberías tener cuidado con él.

Envuelta por la oscuridad de la sala de cine, la conversación que había tenido con Victoria horas atrás me asaltó de repente.

No hacía mucho que había subido al Seat 1400 del doctor Ramos, quien me convenció de ir a Alcalá de Henares a cenar.

—Conozco un mesón donde se come muy bien. Le aseguro que en ningún sitio habrá probado una olla de sopa castellana ni unas migas madrileñas como las que sirven allí.

—Pero ¿no queda un poco lejos?

—Con el coche nos plantamos allí en poco más de media hora. Aún nos sobrará tiempo para ir al cine, ya lo verá.

Tal como me había asegurado, tardamos cuarenta minutos en llegar a la histórica ciudad, cuna del autor de *Don Quijote*. La luz primaveral daba a la tarde una claridad casi transparente. Una bonanza que me había animado a ponerme un vestido estampado en tonos celeste, muy ajustado en la cintura, de donde brotaba una falda con vuelo.

El trayecto se me hizo más corto de lo que esperaba debido a la emoción. Por un lado, me resultaba excitante viajar en coche y, por el otro, me agradaba la conversación con el director. Una vez al volante, su actitud había cambiado y se mostraba más cercano, hasta el punto que empezó a tutearme y me pidió que yo hiciese lo mismo.

Durante el recorrido se interesó por mí y por mi vida antes de llegar al sanatorio. El protagonismo que me daba me hacía sentir un poco incómoda, pero, a la vez, me complacía. Aunque mi amistad con Almudena me proporcionaba el afecto que necesitaba, aquella noche descubrí que esa cercanía con él me resultaba muy placentera.

Una vez en Alcalá, mientras paseábamos por sus calles llenas de edificios en los que palpitaba la historia, el doctor volvió a sorprenderme de nuevo.

—¿Has visto como todavía nos sobra tiempo para ir al cine? En el teatro Salón Cervantes ponen *Candilejas* y he leído que es la obra maestra de Chaplin. Quise ir cuando la estrenaron, pero estaban agotadas las entradas. ¿Por qué no vamos a verla?

De nuevo, su determinación pudo más que mi prudencia. A los diez minutos ya estábamos sentados en el patio de butacas que flanqueaban dos artísticas plantas de palcos.

Cuando se apagaron las luces y empezó la proyección, me vino a la cabeza la conversación que había tenido con Victoria esa misma mañana. A pesar del grato viaje en coche y de la confianza

que me mostraba el director, las palabras de advertencia de la enfermera se aliaban con mi antigua corazonada. Mi presentimiento al conocerlo se manifestaba de nuevo como convocado por la penumbra.

Una vez más, expulsé de mi mente esos fatídicos presagios y me concentré en la película. Charles Chaplin, que hacía tiempo había abandonado el viejo chaqué y el bastoncillo de su personaje más famoso, encarnaba a un *clown* caduco salvador de una joven bailarina suicida. Aunque la delicada sensibilidad de la historia me cautivaba, la proximidad del doctor Ramos desviaba una y otra vez mi atención.

—En este mismo sitio estuvo el huerto del convento de los Padres Capuchinos, donde pensaban que había estado la casa de Cervantes —me susurró mientras Chaplin cantaba en la pantalla vestido de domador de pulgas—. El teatro lo construyeron a finales del siglo pasado en solo veintinueve días.

Si su comentario estaba destinado a despertar mi admiración, lo consiguió. Me hizo ver que era más culto de lo que había supuesto y, al mismo tiempo, le sirvió para inclinar su cuerpo hacia donde yo estaba. Nada más nos separaba el brazo de la butaca, sobre el que él se apoyaba. Lo tenía tan cerca que percibía su olor y el calor que emanaba su piel. Aquella cercanía disparó mis pulsaciones.

No dejaba de pensar que él debía advertir también mi fragancia y el ardor que desprendía mi epidermis. Me sentía culpable por haber permitido que se crease una intimidad que podía inducirle a tomarse libertades. Y no me equivoqué.

De manera muy sutil, dejó caer la mano que reposaba sobre el brazo de la butaca y la colocó rozando la mía. Era un contacto tan leve que dudaba si era deliberado, por lo que no me moví. Sin duda, eso lo animó, ya que, apenas unos segundos después, la aproximación se incrementó. La tela de mi vestido dejó ir un murmullo mientras sus dedos se deslizaban con delicadeza sobre mis rodillas.

Por unos instantes, el azoramiento que experimentaba me impidió reaccionar. Los latidos de mi corazón se aceleraron aún más y mi calor corporal aumentó, dándome una ligera sensación de vértigo. Ese malestar me dio la excusa que buscaba.

—Estoy algo mareada, voy a tomar el aire.

Él no consintió en dejarme sola y me acompañó hasta la calle. Una vez fuera, el aire fresco de la noche incipiente aplacó mis nervios. Al poco rato volví a recuperar la compostura, pero preferí no volver a entrar en el cine, como pretendía el doctor.

Mientras nos dirigíamos al mesón del que me había hablado, el director no hizo ninguna alusión al motivo que había precipitado mi salida. Se comportó como si en verdad hubiese experimentado algún tipo de indisposición, y yo también actué como si se tratase de un síntoma de lipotimia.

Fue más tarde, durante la cena, cuando el doctor Ramos volvió a franquear la frontera de la

cordialidad.

—Bueno, ya es hora de que te explique por qué te he invitado a salir esta noche —me dijo mientras esperábamos que nos trajesen la costrada, un dulce tradicional que habíamos pedido de postre—. No me resulta fácil, la verdad, pero debo hacerlo. Yo no creo en las casualidades, pienso que todo sucede por algún motivo y estoy convencido de que hay una razón por la cual nos hemos conocido.

—Desde luego. Yo estoy muy satisfecha, no solo por lo de Beatriz, estoy aprendiendo mucho en el sanatorio y...

—No me refería a eso. Está claro que tu incorporación ha sido un acierto y me complace mucho, pero yo hablo de ti y de mí como personas, de lo que supone que nos hayamos conocido precisamente ahora.

El cariz que tomaba la conversación me desconcertó de tal manera que no me atreví a apartar la mirada del pastel de hojaldre que acababan de traerme.

Ajeno a mi turbación, el director prosiguió con su discurso:

—Te seré sincero, Paloma; hace tiempo que mi matrimonio no va bien. Estos últimos meses la situación se ha vuelto insostenible y ya no puedo más. Si de mí dependiera me divorciaría, pero ya sabes que en este país no es posible.

—Lo siento muchísimo y te agradezco la sinceridad —dije sintiendo que me faltaba el aliento.

—No tienes por qué. No hace mucho que nos conocemos, pero me inspiras confianza. De hecho, eres la primera persona a quien se lo cuento. No me gusta explicar intimidades, pero contigo es distinto y tengo la impresión de que a ti te pasa lo mismo. Por eso te decía lo de las casualidades... No ha sido el azar quien ha hecho que nos conozcamos, sino el destino. Desde el momento en que te vi, sentí que tú y yo estamos conectados.

Esa última frase me alteró tanto que aplasté de golpe con el tenedor el hojaldre, haciendo que la crema y la masa pastelera saliesen disparadas.

—Me siento muy halagada, Martín, pero apenas me conoces.

—Eres una mujer única: guapa, inteligente, cultivada y brillante. Cualquier hombre estaría feliz de tenerte a su lado, y no sabes cuánto lamento no poder ser yo.

—Eres muy amable —dije cada vez más sofocada.

—No se trata de amabilidad. Eres todo lo que siempre he deseado en una mujer. A veces la vida es tan absurda... Pero le he dado tantas vueltas que al final me he dado cuenta de quizás tenía que ser así. Teníamos que conocernos ahora para que yo te valorase como mereces. Porque he madurado y sé lo que quiero. Te parecerá una locura, Paloma, pero si sientes lo mismo que yo, ten la seguridad de que estoy dispuesto a intentarlo.

El doctor Ramos había conseguido que olvidase la costrada y ahora tenía toda mi atención puesta en él.

—Quiero que nos conozcamos mejor. De manera discreta, por supuesto, pero no permitamos que las circunstancias nos impidan estar juntos.

—Pero ¿qué estás diciendo? De verdad que lamento tu situación, pero eres un hombre casado. ¡Esto es una locura!

—Ya no me siento unido a ella —dijo sacándose dramáticamente la alianza y guardándola en su bolsillo—. Solo te pido que lo consideres, Paloma.

El silencio que siguió nos congeló en un lapso temporal. El milhojas seguía aplastado e intacto en mi plato, mientras yo aún sujetaba el tenedor. En ese momento estático, las voces del resto de los comensales me llegaban como un eco lejano.

Él rompió el paréntesis con una frase demoledora.

—Hay oportunidades que solo se presentan una vez en la vida.

Cuando el director me dejó de nuevo en el sanatorio, aún no me había recuperado de la impresión que me habían producido sus palabras.

En cuanto detuvo el coche me apresuré a salir, sin darle tiempo a prolongar la tensión que nos había acompañado durante el trayecto. Aunque él no volvió a mencionar el tema, la conversación trivial estuvo impregnada de una disimulada tirantez.

—¿Qué tal te ha ido?

Al entrar en mi dormitorio descubrí que Almudena me esperaba despierta. Dejó sobre la mesita *Las oscuras raíces*, la novela de Carmen Conde que yo le había regalado para agradecer sus atenciones conmigo, y me miró expectante.

—Muy bien... Hemos ido a Alcalá de Henares, por eso he vuelto tan tarde.

—¡Caramba! Por lo visto el doctor Ramos quería impresionarte con su coche.

—No, mujer, me ha llevado a un mesón de allí donde se come muy bien.

—Pero ¿qué quería? ¿Va a trasladarte al Servicio de Neumología?

—¡Qué va! Me ha dicho que está muy satisfecho con mis progresos y para celebrarlo ha tenido el detalle de invitarme a cenar.

Aquella pobre explicación no convenció a mi compañera. Aun así, contuvo su curiosidad y probó de crear un ambiente de confidencias confesándome las suyas.

—Ascenderte sí que hubiese sido un detalle, pero supongo que eso lo reserva para el doctor Aguado. En fin... Cambiando de tema: mientras estabas fuera, yo he descubierto que sor Pilar esconde comida. No puedo asegurar que robe, porque solo la he visto llevarse un trozo de pan y una pera. Lo ha envuelto todo en una servilleta diciendo que no tenía hambre y que se lo comería más tarde.

—Bueno, mejor eso que lo del coñac, ¿no?

—Ya lo sé, pero hay algo ahí que me chirría. ¿No la has observado nunca en el comedor? ¡Apenas prueba bocado!

—Pues por eso se lleva algo de comida para luego —la justifiqué—. Total, ¿quién echará en falta un pedazo de pan y una fruta? Almudena, que el racionamiento se acabó hace un par de años, por suerte, y ya no hay tanta necesidad.

Aquella noche apenas descansé. A pesar de que las cábalas de mi compañera me habían distraído durante unos instantes, al apagar la luz del dormitorio me instalé en un exaltado desvelo.

Una y otra vez revivía las palabras del doctor Ramos. Me debatía entre la atracción que me despertaba, cada vez más poderosa, y mi conciencia. Porque su situación civil era un escollo contra cualquier fantasía que pudiera hacerme. Era descabellado lo que me proponía, ya que podría acabar por romper un hogar.

A la mañana siguiente, mi mente aún se esforzaba por dejar a un lado mi preocupación. Por suerte, el ajetreo diario me ayudó a contenerla por un tiempo, aunque en mi inconsciente latía el temor de toparme en cualquier momento con el director.

—El año pasado escribí un artículo para la revista *Gran Mundo* que le habría gustado, doctora.

Julio consiguió captar mi atención mientras lo examinaba. Posiblemente, me encontraba menos parlanchina de lo habitual.

—Además de artículos de moda y sociedad, suelen publicar historias de mujeres destacadas y yo redacté la de Dolores Aleu —siguió diciendo.

—¿La primera mujer licenciada en Medicina de España? Caray, es uno de mis ídolos... ¡Me encantaría leer el artículo!

—Le pediré a mis padres que me lo traigan cuando vengan a visitarme, aunque me da un poco de apuro.

—¿Por qué? Seguro que es muy interesante.

—La vida de la doctora Aleu desde luego que lo es. Ya sabe que tuvo infinidad de trabas para conseguir estudiar hasta licenciarse. Incluso tenía que ir acompañada por escoltas a la universidad para evitar que le tirasen piedras. En todo caso, no sé si le gustará el enfoque que le doy.

Su modestia me conmovió. Saber que mi opinión le preocupaba me hizo sentirme importante y, de nuevo, una agradable afinidad me acercó a él.

Mientras conversábamos, Victoria me había lanzado un par de miradas cómplices. Su actitud me pareció algo pueril, pero la prefería a la conducta que había tenido el día anterior al advertirme sobre el director.

El estado anímico de mi amiga había mejorado en las últimas semanas. Y lo mejor era que no se debía a ningún sedante, ya que no presentaba ningún síntoma de su consumo. Se la veía despierta y alegre, y había desaparecido la falsa euforia que mostraba a veces. Eso me tranquilizó, porque los narcóticos suelen ser muy adictivos y la diferencia entre la dosis terapéutica y la tóxica es tan leve que excederse un poco puede ocasionar la muerte.

—Ya veo que Julio y tú os lleváis muy bien...

—Pues sí, es un hombre muy culto. ¿Sabías que es periodista?

—No, no suele charlar tanto con nadie... Está claro que tiene debilidad por ti.

Su cotillería de colegiala volvió a irritarme, pero preferí ignorarlo. Por suerte, enseguida cambió de tema.

—Cuando tengas un momento me gustaría hablar contigo. Quiero enseñarte una cosa.

Lo primero que pensé era que se refería a algo en relación al director, lo cual me provocó un estremecimiento.

Pero pronto descubriría que lo que iba a mostrarme era mucho más inquietante.

—¿Todavía no puedes decirme qué estamos haciendo aquí?

Susurré mi pregunta al oído de Victoria para no molestar a los estudiantes que se afanaban en la lectura de periódicos y revistas. Acabábamos de entrar en una de las salas de la Hemeroteca Nacional y la luz mortecina de la tarde flotaba con una extraña pesadez.

La enfermera había conseguido convencerme para que la acompañase hasta aquel museo periodístico, que ponía a disposición de investigadores publicaciones de hasta tres siglos atrás. A pesar de que no quiso explicarme las razones por las que quería llevarme hasta allí, logró persuadirme espoleando mi curiosidad.

—Tienes que verlo con tus propios ojos, Paloma. Si no, dudo que me creas.

—¿Y por qué no iba a creerte, mujer? No soy tan desconfiada.

—No es eso —había dicho—, pero quiero que lo veas y saques tus propias conclusiones. Pasado mañana tengo libre, como tú, y me iré a casa. Podemos encontrarnos a las cinco de la tarde en la plaza de la Villa.

Su insistencia, junto con la intriga que me despertaba, hizo que accediese a invertir esa tarde en acompañarla. Por otro lado, no quería disgustarla, ya que parecía al filo de una nueva recaída. Según me había contado, su familia la presionaba para que dejase de trabajar y se casase, y ese hostigamiento constante la alteraba. Si pasaba el día con ellos, la insistencia de sus parientes podía minar su estado de ánimo. Y, por lo visto, yo era su único apoyo.

—¡Mira, aquí está!

Victoria me señaló la página raída y amarillenta de un viejo diario que había extraído de un archivador. En la parte superior derecha se leía con claridad la fecha: miércoles, 26 de mayo de 1897.

Intrigada, empecé a leer.

La infausta historia del niño Cristobalín

Cuando a raíz del descubrimiento de un cadáver durante las obras de construcción del sanatorio de Valdealmena nos lamentábamos de que se tratase de un niño, nada sabíamos aún de la terrible historia de la infortunada criatura. Aun así, la conciencia de todos se rebelaba de un modo enérgico contra la idea de que pudiera haber alguien tan malvado como para cometer un crimen del que fuese víctima un niño, por lo que las

opiniones sobre las posibles causas de este tristísimo suceso dividióse, esperando que la investigación llevada a cabo por la Guardia Civil viniese a levantar el velo del misterio.

Las constantes indagaciones que desde la fecha del tenebroso hallazgo ha practicado la Benemérita, interesada en descubrir los detalles de este pesaroso acontecimiento, han dado al fin sus frutos y nos desvelan la desgarradora historia de la infeliz criatura.

Es este caso una verdadera novela, interesante por una acción grandísima que se desarrolla tiempo atrás, que ofrece la resolución de un enigma que no llegó a descifrarse en su día y que hoy pone luz a un desdichado episodio del pasado.

Corría el verano de 1834 cuando la epidemia de cólera que durante el invierno pareciese amainar recuperó su virulencia y alcanzó Madrid. De poco sirvieron las medidas tomadas por la Junta de Sanidad, consistentes en la limpieza general de la Villa y el aligeramiento de la población con salida de pobres, personas prohibidas de residir y disminución de penados en la cárcel, ya que aquel mes de julio el terror por la enfermedad era de tal magnitud que parte del pueblo madrileño soliviantóse por el rumor de que los frailes envenenaban las aguas y se produjo una horrenda matanza de religiosos.

Presas del terror de que algo similar les ocurriese, las hermanas de la caridad que gobernaban el orfanato de Los Desvalidos decidieron evacuar el hospicio y clausurar el edificio cuya insalubridad ya había hecho enfermar a algunas de las desafortunadas criaturas. Fue entonces, cuando las religiosas se disponían a trasladar a los huerfanitos a un aislado lazareto donde los mantendrían en cuarentena, que advirtieron con espanto que el niño Cristobalín no aparecía. Buscáronle infructuosamente por todos los rincones del orfanato hasta que, sabiendo cuan revoltosa e inquieta era aquella criatura, dedujeron que tuvo que escapar aprovechando el alboroto ocasionado por las labores del traslado y avisaron de ello a la Guardia Civil.

Las diligencias por la desaparición del pequeño hospiciano concluyeron sin éxito, ya que el pobre Cristobalín jamás apareció. El hospicio fue clausurado y tapiáronse sus puertas y ventanas para evitar que escapasen sus insalubres efluvios. El triste suceso que durante unos días recogieron los periódicos se desvaneció con el tiempo, y si algo quedó en el recuerdo fue, quizás, la mustia remembranza que de aquel niño travieso conservaron las monjas que durante su corta vida cuidaron de él.

Más de sesenta años permaneció en el olvido ese funesto asunto que hoy descubrimos con tremenda aflicción. Pues el horrendo hallazgo aparecido al derruir el antiguo hospicio para iniciar la construcción de un moderno sanatorio pone en evidencia que el niño Cristobalín nunca huyó de allí. En la inconsciencia de sus juegos infantiles, el desventurado quiso acaso esconderse en busca de diversión sin saber, en su candidez de párvulo, que quien vendría a encontrarlo en su recóndito escondrijo no sería otro que la aciaga muerte.

La claridad vespertina había desaparecido cuando acabé de leer. Unos pocos fluorescentes mantenían a raya las tinieblas, que parecían haber sido convocadas por el lúgubre relato.

Aparté la vista del diario y me dirigí a Victoria.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Empecé a investigar cuando vi que crecían los rumores sobre el fantasma entre los pacientes. Como había oído lo de los huesos del niño que aparecieron durante la construcción del sanatorio, se me ocurrió buscar aquí.

—Sí, Almudena me lo contó también, pero ¿me estás diciendo que crees que el fantasma existe? ¿Qué es el alma en pena de Cristobalín?

El ruido de un chasquido interrumpió la conversación. Uno de los fluorescentes parpadeó y su luz fría empezó a alternarse con una escalofriante intermitencia.

—Por supuesto que no, Paloma. Pero estoy segura de que un hecho así impacta tanto en la gente que acaba por convertirse en una leyenda. Estoy convencida de que lo que ocurrió con ese pobre niño ha ido de boca en boca hasta el día de hoy, por eso los pacientes lo saben y fantasean. Incluso yo misma, de tanto oírles chismorrear sobre el fantasma, a veces me parece que oigo sus llantos.

Cuando nos despedimos me fijé en que Victoria mostraba una tristeza preocupante. En sus ojos había vuelto a aflorar esa mirada perdida de meses atrás, y la constatación de su desánimo me causó una honda preocupación.

¿Estaría conmovida por aquel tristísimo evento del pasado?

Al llegar a casa me costó disimular mi inquietud. Por un lado, temía un nuevo decaimiento de mi amiga y, por el otro, me angustiaba la trágica historia del huerfanito.

Una llamada inesperada dispuso por un momento aquellos temores. Mi hermana Laura se apresuró a descolgar el teléfono.

—Paloma, es para ti, del sanatorio.

La voz del doctor Ramos, al otro lado del aparato, me sobresaltó con una mezcla de ilusión y miedo. Consciente de mi estupor, él se apresuró a tranquilizarme.

—No te preocupes, Paloma, no se trata de ninguna urgencia. Es solo que te echaba de menos y quería saber cómo te había ido el día.

—Bien, muy bien, aquí con mi familia... —Titubeé—. Por cierto, esta tarde he visitado la hemeroteca con una de las enfermeras, Victoria Cano, y he encontrado una noticia sobre el sanatorio.

—Ah, estupendo. ¿Hablan bien de nosotros?

—Es muy antigua, explican el caso del niño que encontraron al empezar las obras de construcción.

Al otro lado del hilo telefónico se hizo el silencio. Su duración me llevó a pensar que la comunicación se había cortado.

—¿Martín? ¿Me oyes?

—Sí, sí; es que me ha sorprendido que pierdas tu valioso tiempo en esas cosas.

—Bueno, mis pacientes están nerviosos con el tema del fantasma y he querido buscar información para tranquilizarlos. No me parece que sea perder el tiempo.

—Están sugestionados por esa vieja historia, por lo que creen oír y ver cosas que no existen. No es nada nuevo, Paloma, deberías saberlo. Los enfermos se aburren, no tienen otra cosa mejor que hacer, pero tú, sí; no conviene que alientes sus delirios buscando información que alimente sus fantasías. Tu deber es centrarte en tus pacientes, ¡no hacer amigas en el sanatorio!

Su tono alterado me sobrecogió. Pero la inflexión autoritaria que dio a su última frase hizo que

me atravesase un siniestro escalofrío.

—Será mejor que no vuelvas a verte con esa enfermera fuera del trabajo.

Aquella noche apenas logré pegar ojo. En los breves intervalos en que me abandonaba a la inconsciencia, mi mente reproducía escenas angustiosas que me despertaban llena de espanto. La mayoría las protagonizaba Victoria, que aparecía desvalida y asustada y me suplicaba ayuda. Su imagen y la del niño fantasma se entremezclaban como si fuesen una única entidad implorante.

Al día siguiente, el poso de aquellas pesadillas me mantuvo taciturna buena parte de la mañana. No conseguía desembarazarme de la impresión de que algo tan oscuro como esos sueños palpitaba en algún rincón del sanatorio.

Por si eso fuera poco, el alegato del doctor Ramos apelando a mis atribuciones médicas me llenaba de culpabilidad. Me sentía estúpida por ceder a aquellas leyendas sin fundamento alguno, y me avergonzaba haber permitido que me viese como una ingenua.

Fue Almudena quien, al final, me arrancó de ese trance abrumador. Vino a buscarme a la galería de la terraza, mientras yo reconocía a una de las pacientes que hacían curas de sol en las hamacas.

—¿Has visto a Victoria?

—No... Debe de estar en la enfermería.

—Allí me han dicho que no ha aparecido en toda la mañana y ninguno de los doctores la ha visto, por eso he venido a buscarte. Como estuvisteis juntas ayer, he pensado que quizás tú sabrías...

El recuerdo de la mirada ausente de la enfermera al despedirnos me sacudió. Actuando con disimulo para no alarmar a las pacientes, pedí a Almudena que me acompañase. Mientras nos apresurábamos por el pasillo, la puse al día de mis temores.

—Vamos a su habitación —propuse siguiendo mi intuición.

—Pero ¿está enferma? No tenía ni idea...

—Me temo que es adicta a los ansiolíticos. Hace un tiempo la vi llevándose un bote de pastillas de Veronal. No te dije nada porque fue solo esa vez y después ya no mostraba síntomas que hiciesen pensar que las tomaba. Pero ayer por la tarde tuvo un comportamiento extraño.

—¿Qué hizo? —preguntó alarmada.

—Fuimos a la hemeroteca porque quería enseñarme la noticia sobre el niño que encontraron al construir el sanatorio. Yo la vi como siempre, pero al salir estaba igual de decaída que hace unos meses. No le pregunté nada para no atosigarla. Tiene problemas familiares y pensé que su cambio de humor era por tener que volver a su casa. Tal vez debería haberte puesto sobre aviso...

Mi colega se apresuró a tranquilizarme, aunque en su tono desenfadado y cariñoso se apreciaba la preocupación.

—Bueno, igual se ha dormido. Lo que me extraña es que quisiese enseñarte ese viejo periódico... ¿Qué te dijo exactamente?

—Que había empezado a indagar al ver que crecían los rumores sobre el fantasma entre los pacientes.

—¿Y qué decía la noticia?

—Que el niño era un huérfano que desapareció del hospicio que había habido antes aquí. Por lo visto lo clausuraron durante una epidemia de cólera porque se habían dado varios casos. Mientras trasladaban a los críos a un lazareto, las monjas que se encargaban del orfanato se dieron cuenta de que faltaba uno y avisaron a la Guardia Civil, pero no lo encontraron. Debió de quedarse allí, muy bien escondido o atrapado. La noticia no lo aclara, supongo que porque no se sabe.

—¡Qué horror! Pobre criatura... Desde luego, es una historia muy triste, pero espero que Victoria no haya creído que el alma en pena de ese niño vague aquí por las noches.

Yo me encogí de hombros y recorrimos en silencio los últimos metros hasta la habitación de la enfermera. Los dormitorios estaban vacíos, por lo que la quietud se unió a nuestro sigilo. Tan solo el ruido acelerado de nuestras pisadas rompía ese ambiente en calma.

Cuando llegamos a la habitación, llamamos a la puerta un par de veces. Al no recibir respuesta, giré el pomo y la abrí muy poco a poco. En la penumbra de la estancia apenas se distinguían las dos camas. La persiana permanecía bajada y tan solo la claridad procedente del pasillo se abría paso en medio de las sombras.

—¿Victoria? —preguntó Almudena con suavidad.

Pero nadie contestó.

Yo me quedé junto al umbral mientras ella se desplazaba con cuidado en dirección a la ventana. Con mucha lentitud, subió la persiana, y la luz tenue que se filtraba nos descubrió el cuerpo de la enfermera tendido sobre la cama.

Por unos instantes me temí lo peor. Corrí hacia Victoria y comprobé con alivio que respiraba relajada. No había duda de que estaba drogada, pero los efectos del fármaco comenzaban a disminuir, por lo que respondió bien a nuestros estímulos verbales.

—Buenos días, Victoria; soy Paloma. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, gracias... Ahora me levanto.

—Tranquila, solo hemos venido porque nos preocupaba que te hubiese pasado algo. Mira, Almudena también está aquí.

—Gracias, os lo agradezco mucho; solo necesitaba dormir —dijo mientras nos miraba confusa.

—Claro que sí, mujer, descansa. Pero, dime: ¿te ha pasado algo? —le pregunté—. ¿Va todo bien en casa?

—Como siempre, pero no es eso lo que me preocupa.

Su ritmo respiratorio aumentó, al igual que sus pulsaciones. A pesar de mis esfuerzos por calmarla, había algo que la asustaba.

—¿Y de qué se trata? Sabes que puedes contar con nosotras para lo que sea.

—Es el sanatorio —murmuró con los labios reseco—. No me gusta este sitio.

—Pero si te encanta ser enfermera, Victoria, y además eres muy buena, siempre te lo digo.

—Gracias..., pero yo quería ser médico... y ahora que sé que nunca lo voy a ser; no soporto estar aquí.

En ese momento, Almudena intervino. Su intención era quitar hierro al asunto, pero su comentario produjo justo el efecto contrario.

—No digas eso, la vida da muchas vueltas y dicen que quien la sigue la consigue. Nosotras te apoyaremos, Victoria, pero tienes que poner de tu parte.

—Demasiado tarde, aquí pasan cosas que... son superiores a mí.

—No irás a decirnos que es por el fantasma, ¿verdad?

—No, aquí hay monstruos mucho peores.

Presenciar el estado de Victoria no fue el único disgusto que me deparó aquella mañana. Por lo visto, el día parecía empeñado en dar continuidad a una noche turbulenta.

Tras cerciorarnos de que los efectos de la sedación casi habían desaparecido, Almudena y yo abandonamos la habitación de la enfermera. Acordamos justificar su falta al trabajo debido a un síncope que la había dejado en un estado de confusión.

—Tendremos que estar pendientes de ella —me dijo mi compañera mientras regresábamos a los pabellones de enfermos—, me preocupa mucho que esté desarrollando paranoias.

Yo me guardé de hacer ningún comentario. También quería creer que lo que nos había dicho Victoria era fruto de una alucinación. Un efecto de los somníferos que habían distorsionado su pensamiento. Sin embargo, una certeza irracional me decía que su aprensión nada tenía que ver con los ansiolíticos.

El resto del día lo pasé visitando a los pacientes, lo cual me ayudó a dejar de lado por un tiempo mi desazón. Además, Julio me reservaba una agradable sorpresa.

—Lo prometido es deuda —me dijo mientras me tendía una revista abierta—. Aquí tiene, el artículo del que le hablé. Espero que no lo encuentre demasiado flojo o superficial.

—¡Es el reportaje sobre la doctora Aleu! Muchísimas gracias, lo leeré esta misma noche. Estoy segura de que me va a encantar.

—Doctora Sanz, disculpe... ¿Podría hablar un momento con usted?

La voz grave de sor Pilar rompió el paréntesis de alegría y me instaló de nuevo en la incertidumbre. Con la revista aún doblada en las manos, la seguí hasta una sala que permanecía vacía.

—Acabo de saber que ayer acompañó a la señorita Cano a la hemeroteca y que estuvieron buscando cierta información que alimenta bulos y patrañas.

—¿Cómo? ¿Se refiere usted al artículo sobre el cadáver que encontraron aquí hace setenta años?

—Así es. Puedo llegar a entender que una humilde enfermera se haya dejado llevar por la curiosidad y que incurra en algo tan morboso, pero usted...

—Con mis debidos respetos, hermana, no se trata de eso. Tanto Victoria como yo queríamos saber más sobre un asunto que asusta a los pacientes y afecta a su bienestar. Nunca hemos querido fisgonear.

Sin querer, mis dedos se crisparon sobre la revista y arrugaron un poco el papel. Al advertirlo, aflojé la tensión, pero mi enfurecimiento persistía.

—¿Y pretenden ustedes tranquilizarlos con la historia de un huérfano enterrado vivo?

—¡Por supuesto que no! Ni ella ni yo vamos a difundir la información, es algo que nos guardamos para nosotras.

—Eso espero, porque lo último que necesitamos es que vuelvan a removerse esas viejas historias. Solo consiguen perturbar la paz del sanatorio.

Dicho eso, sor Pilar me dio la espalda y salió de la sala sin despedirse siquiera. Vi entonces que su furia era incluso mayor que la mía, pero eso no me aplacó. Al contrario, en esos momentos de rabia solo quería encontrar a alguien en quien canalizarla.

Por suerte o por desgracia, se me ocurrió enseguida.

Si sor Pilar se había enterado de mi incursión en la hemeroteca, pensé, tenía que haber sido por el director. Estaba convencida de que en cuanto le colgué, le había faltado tiempo para compartir con la religiosa lo que yo le había explicado.

—¿Por qué le has contado a sor Pilar que fuimos a la hemeroteca? —le espeté sin más preámbulo, herida por su indiscreción.

Martín levantó la vista de los historiales que revisaba y clavó en mí una mirada confusa. Sin embargo, su aturdimiento duró poco. Tras unos segundos de contemplación, apartó los documentos y esbozó una sonrisa maliciosa al replicar:

—Muy buenos días, Paloma. Yo también me alegro de verte.

—Acabo de recibir una reprimenda por parte de la hermana que podría haberme ahorrado si tú no le hubieses chivado lo que te conté ayer.

—Vaya, no sabía que fuese un secreto —dijo irónico.

—Te lo expliqué en confianza, pero ya veo que no has tardado nada en airearlo.

De pronto, sin que me lo esperase, se incorporó de su asiento, bordeó la mesa con rapidez y se colocó ante mí.

Sus ojos brillaron de un modo extraño.

—Palomita, estás realmente preciosa cuando te enfadas. Ese aire salvaje te favorece y hace que aún me gustes más, pero sigo siendo tu superior. No puedo permitir que me hables en ese tono, ni mucho menos que cuestiones lo que hago. Esta vez lo pasaré por alto porque estás alterada y lo comprendo. No es agradable que te sermonee una monja...

—Disculpa, solo quería saber por qué le has explicado algo que era entre tú y yo... —dije cohibida.

—No, te equivocas; justamente era algo sobre el sanatorio. Lo que hay entre tú y yo es personal y jamás lo contaría. Tienes que aprender a diferenciar entre nuestro trabajo y nuestra relación.

Que definiese así el vínculo que manteníamos me desconcertó. De pronto, toda mi atención

quedó fija en ese concepto y tanto mi ira como mis preocupaciones pasaron a un segundo plano.

El director captó enseguida ese cambio y lo aprovechó. Al ver que su última frase me sumía en la inacción, se acercó aún más a mí y me rodeó la cintura con sus brazos.

Tuve una poderosa sensación de indefensión, como si me arrastrase hacia él una especie de hechizo. Al instante me di cuenta de que mi voluntad se sometía doblemente: a él y a mi propio deseo. Y en esa claudicación noté que el tiempo también se rendía.

En la lentitud de ese lapso temporal pude apreciar con detalle cada uno de los movimientos con los que el director me atraía hacia sí. Primero, la flexión de sus codos; después, el avance de sus brazos y, por último, la contracción de sus dedos al aferrarse a mí. Al abrazarme, noté como me envolvía una tibieza hipnótica que me arrastraba hacia su aliento. El repliegue membranoso de sus labios me atraía tanto que fui hacia ellos con cierta avidez. Fue entonces cuando advertí hasta qué punto había ansiado ese momento.

Y no pude hacer más que abandonarme a aquel afán descontrolado.

—¿Qué quería sor Pilar?

Almudena apenas esperó a que cerrase la puerta de nuestra habitación para interrogarme. Pero yo seguía tan agitada por lo que había sucedido en el despacho del director aquella tarde que me costaba ubicarme en cualquier otra realidad.

Mi actitud titubeante la hizo insistir.

—He visto que entrabas con ella en una de las salas del pabellón de hombres, y parecía muy enfadada.

—Sí, hija, estaba que echaba chispas... Me ha recriminado que fuese a la hemeroteca con Victoria.

—¡Anda! Y ¿cómo se ha enterado?

Me quedé en silencio, sin saber qué contestar. Dudaba si sería prudente decirle que yo se lo había comentado al doctor Ramos, pero no quería seguir ocultándole más cosas.

—Bueno, pensé que el director debía saberlo y se lo expliqué. Supongo que él se lo habrá contado.

—Pues sí que ha corrido a decírselo... Y a la hermana Pilar, precisamente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece que a la monja le gustan los secretos. ¿No te has percatado? Va al sótano a escondidas, y se enfada cuando se entera de que tú y Victoria buscáis información sobre el pasado del sanatorio.

Opté por no decir nada. Al fin y al cabo, la obstinación de mi compañera en descubrir el supuesto secreto de la monja evitaba que se diese cuenta de lo que me sucedía a mí.

A diferencia de la noche anterior, me acosté llena de sensaciones placenteras. Todas ellas habían surgido de pronto, desatadas por el fervor del abrazo con Martín. El contacto con su cuerpo había conseguido romper las reticencias que sujetaban mis instintos. Sentirlo tan cerca, tan entregado y anhelante, había disipado mi recelo ante sus circunstancias y había hecho posible que lo viese solo como un hombre. De un modo irracional, totalmente primitivo, lo había despojado de su carcasa de esposo y padre, desvistiéndome yo también de todos mis pormenores.

La distancia que hasta ese momento se había interpuesto entre nosotros se esfumó en cuanto nos tocamos. Liberadas de su atadura, sus manos pasaron de mi cintura a mi espalda en una caricia

electrizante que me había curvado hacia atrás. Esa inclinación desplazó mi pelvis, que se unió a la suya en una danza lúbrica.

Mientras me sujetaba, pegado a mí, nuestros labios se habían encontrado a la vez que yo cerraba los ojos. Aquel roce palpitante se intensificó enseguida y noté el tacto de su lengua. Al principio fue una tímida incursión, pero el contacto labial era tan intenso que disparó mis sentidos. Instintivamente ladeé la cabeza, permitiendo que nuestras bocas se avivasen hasta convertirse en un epicentro sensitivo. De no haber sido porque justo en ese momento sonó el teléfono, no sé qué habría pasado.

Nuestras lenguas se habían detenido un instante, como sorprendidas, y luego se separaron nuestros labios. Yo me quedé inmóvil, viendo como él se apartaba y descolgaba el aparato. Mi ritmo cardíaco había disminuido, aunque aún seguía bastante alterado.

En mi nerviosismo me apresuré a recomponerme la bata y a recolocarme el pelo, notando como el olor de su colonia y la impresión de su saliva se habían adherido a mi piel.

Aquellas sensaciones entorpecieron mi pensamiento, por lo que me costó decidir cómo debía comportarme. Al final acabé por salir del despacho sin esperar a que colgara.

Esa salida presurosa acudió más tarde a mi mente, mientras intentaba conciliar el sueño. El recuerdo se mezclaba con las emociones provocadas por el arrebato que nos había llevado a besarnos. Dudaba de si había hecho bien en marcharme de aquella manera, pero estaba tan ebria de alegría que no me importaba.

Había podido comprobar que los sentimientos que me había confesado el director pocos días atrás eran sinceros. Lo había visto en su deseo, que afloró impetuoso a pesar de la falta de respeto que yo le había demostrado. Su atracción había sido más poderosa que su orgullo y, sobre todo, más que su prudencia, lo que me demostraba es que no tenía miedo a arriesgarse por mí.

Esa constatación espoleó los incipientes sentimientos que hasta entonces había experimentado. Libres de cualquier cargo de conciencia, se habían transformado en una ilusión febril, en el primer brote de un enamoramiento.

Al día siguiente me desperté henchida de una alegre vitalidad. Me costaba disimular la euforia que me producía saber que pronto lo vería, y retener los pensamientos que proyectaban visiones de un futuro con él.

—Creo que deberíamos ir a ver a Victoria antes de empezar las visitas.

La propuesta de Almudena me apartó de mis ensoñaciones.

—¿Y eso?

—Ya viste cómo estaba ayer, ¡si alucinaba, incluso! Chica, parece que no te preocupe...

—Pues claro que me preocupa. —Por un momento temí que mi falta de concentración me delatara—. Pero la vi bastante recuperada cuando nos fuimos.

—Bueno, aun así es mejor que vayamos a ver cómo está. Tenemos que evitar que caiga en la

dependencia, si es que no ha caído ya...

—Quiero pensar que es algo puntual, Almudena. Ya te dije que tiene problemas con su familia porque nada más piensan en que se case, y ella no quiere renunciar a su trabajo. Al poco de entrar yo aquí me contó que ya de pequeña soñaba con ser médico, pero que sus padres se negaron a que hiciese la carrera. Que lo único que consiguió fue que la dejaran estudiar enfermería. Pero ahora que se ha prometido con un arquitecto, consideran que ya es hora de que se vaya del sanatorio para convertirse en esposa y madre y no paran de presionarla. Ella se resiste todo lo que puede porque, según me confesó, tiene la esperanza de poder estudiar la carrera de medicina algún día. ¡Me da mucha rabia que se haya rendido y que haya vuelto a refugiarse en los ansiolíticos! De todos modos, no creo que eso la convierta en una drogadicta.

—Yo tampoco. Pero es cuestión de tiempo que lo sea si se siente tan frustrada...

Su falta de convencimiento me alarmó. Además, despertó en mí cierta culpabilidad por haberme olvidado de la enfermera. La efervescencia de las últimas horas me había llenado tanto que no había dejado espacio para otro pensamiento que no fuese Martín.

Dispuesta a reparar esa falta, me apresuré a vestirme y acompañé a Almudena a la habitación de Victoria. Faltaban aún veinte minutos para que comenzase nuestro turno, y esperábamos que ella no hubiese empezado aún el suyo.

Al llegar a la escalera que conducía a la planta superior nos topamos con la enfermera, que bajaba los escalones sujetando una carpeta con radiografías.

—Buenos días, Victoria —saludé—. No sabíamos que ya habías comenzado, ¿cómo te encuentras?

—¿Yo? Muy bien, gracias... ¿Necesitáis algo? —preguntó con sequedad.

—No, tan solo ver qué tal estabas.

—Pues ya lo veis, como siempre.

Su actitud cortante me dejó atónita. No parecía la amiga con la que yo había compartido una tarde hacía tan poco, por lo que me pregunté si el cambio de carácter tendría que ver con su inclinación a las pastillas.

—Si no os importa, tengo que irme, me están esperando.

Tras decir esas palabras, la enfermera se alejó por el pasillo dejando tras de sí un rastro de frialdad.

Aproveché que todavía me quedaba un cuarto de hora para empezar la ronda de visitas para volver a mi habitación y leer el artículo de Julio. Desde que me había dado la revista, no había tenido tiempo de hacerlo.

Mientras recorría los pasillos intenté dejar a un lado el malestar que me había provocado la extraña actitud de Victoria. Quería convencerme de que se trataba de un simple mal humor que desaparecería enseguida, pero en el fondo sabía que su irritación iba mucho más allá.

Esa sensación preocupante se mezclaba con las emociones que Martín había hecho aflorar. No podía evitar recordarlo a cada momento, y cada una de sus evocaciones provocaba en mí una reacción febril.

Tuve que esforzarme mucho para controlar la ráfaga de pensamientos que me desencadenaba el director y concentrarme en la lectura.

Dolores Aleu, pionera de las mujeres en el campo de la Medicina

La presencia de la mujer en el mundo académico es una circunstancia moderna a la que cada vez estamos más habituados. En los últimos tiempos nos hemos acostumbrado a ver a la juventud femenina abarcar cada vez mayor número de estudios hasta ahora impropios de su sexo, y ya no nos sorprende comprobar cómo incluso la ciencia experimenta la contribución y la colaboración de un nada desdeñable número de féminas.

Es este un gran logro que hemos visto florecer en las últimas décadas, pues cabe recordar que las universidades españolas no permitieron el acceso a las mujeres hasta 1910. Por eso suscita asombro e incluso estupor constatar que, antes de esa fecha, algunas consiguiesen incorporarse a las aulas bregando contra las trabas legales y afrontando la disparidad de reacciones que suscitaban en sus coetáneos.

La historia ha dejado constancia de la lucha de estas mujeres amantes del saber que combatieron las barreras, tanto sociales como legales, para conseguir sus objetivos. Recuérdese sino a «la doctora de Alcalá», María Isidra de Guzmán, que en 1785, antes de cumplir los veinte, recibió el grado de Doctora en Filosofía y Letras Humanas en la Universidad de Alcalá de Henares; o a Concepción Arenal, que, a mediados del siglo pasado, asistía vestida de hombre a la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid.

Las hazañas de estas precursoras sirvieron muy posiblemente de ejemplo para sus compañeras de género, ya que durante el último tercio del siglo XIX se produjo una importante incorporación femenina a los niveles académicos. Fue entonces cuando la Universidad de Barcelona y la Central en Madrid empezaron a admitir alumnas en sus aulas, a pesar de que las disposiciones legales que regulaban el acceso del bello sexo a los estudios superiores eran muy cambiantes y tan solo lo permitían en casos muy concretos. Si bien es cierto que muchas no llegaron a concluir sus estudios, su paso por estas instituciones fue motivo suficiente para provocar una agitada polémica acerca de la conveniencia de que la mujer pudiese realizar estudios de nivel superior.

Entre las intrépidas estudiantes que se expusieron a la implacable crítica social, y que hubieron de batallar contra intrincados impedimentos legales, destaca la figura de Dolores Aleu Riera, la primera mujer licenciada en Medicina en España. La suya fue una vida marcada por la vocación, la determinación y la valentía que, sin duda, abrió el camino de la ciencia médica a sus compañeras de género, hasta entonces relegadas a un papel subordinado, ejerciendo como enfermeras o comadronas.

Dolores siempre quiso formarse en el estudio de la medicina en igualdad de condiciones que un varón y ejercer como médico. Nacida en 1857 en el seno de una familia acomodada de Barcelona, una vez terminados los estudios de bachillerato ingresó en la Facultad de Medicina de la universidad de esa ciudad, en 1874. Dos años antes que ella lo había hecho Elena Maseras, convirtiéndose así en la primera mujer en conseguir matricularse en una universidad española. Ese logro le daba la posibilidad de cursar la carrera en régimen privado, pero no la facultaba para ir a clase, por lo que Elena tuvo que esperar a 1875 para poder ser admitida oficialmente en las aulas.

Volviendo a Dolores, a pesar de ser solo una muchacha era consciente de que su vocación la encaraba con las convicciones sociales y morales de la época, que limitaban el papel de la mujer al ámbito doméstico. Pero sabía que contaba con el apoyo de su padre, Juan, doctor en Farmacia, que era un alto funcionario policial de la ciudad. Su progenitor aceptó que fuese a la facultad bajo condición de que la acompañasen dos escoltas para protegerla de agresiones. Durante cinco años acudió Dolores a las aulas con esa intimidante compañía, que evitaba que pudiesen alcanzarla las pedradas que algunos le lanzaban. Aunque es justo reconocer que no todo fueron detractores, ya que muchos varones, como su propio padre, siempre le manifestaron su apoyo.

Dolores finalizó los estudios de medicina en 1879 con un expediente brillante pero, aun así, se le denegó la solicitud para presentarse a los exámenes para obtener la licenciatura. No consiguió el permiso hasta tres años más tarde, y tras examinarse en Madrid en junio de 1882, aprobó con excelente y se convirtió en la primera mujer licenciada en Medicina de España. Luego, una vez superada la oposición del rector de la Universidad de Madrid, en octubre de ese mismo año presentó su tesis doctoral: *De la necesidad de encaminar por una nueva senda la educación higiénico-moral de la mujer*. Dedicó ese estudio a su profesor, Juan Giné Partagás, que unos años antes la había motivado para continuar con sus estudios ante los constantes obstáculos que se le presentaron durante su carrera. Fue la segunda mujer en doctorarse en Medicina en España, ya que con pocos días de diferencia lo había logrado Martina Castells, que, por desgracia, falleció dos años después a causa de una nefritis durante su primer embarazo.

Tras doctorarse, Dolores se casó con el agente de bolsa Camilo Cuyás y tuvo con él dos hijos: Juan y Camilo. Durante los siguientes veinticinco años, la doctora Aleu ejerció la medicina en las dos consultas que abrió en Barcelona, especializadas en ginecología y medicina infantil, y trató de manera altruista a niños de la Casa de Caridad. También se dedicó a la enseñanza, dando clases de higiene doméstica en la Academia para la Ilustración de la Mujer, una escuela que creó junto a Clotilde Cerdá, hija del ingeniero Ildelfonso Cerdá y reputada arpista cuyo nombre artístico era Esmeralda Cervantes.

La labor médica ejercida por la doctora Aleu a lo largo de más de dos décadas obtuvo una amplia aceptación entre los distintos ámbitos sociales, ya que entre sus pacientes no solo se hallaban miembros de la burguesía sino, también, familias obreras humildes, así como mujeres acogidas en instituciones benéficas, además de los mencionados huérfanos de la Casa de la Caridad.

En su empeño por mejorar la calidad de vida de sus compañeras de sexo, la doctora también dedicó su tiempo a escribir numerosos artículos divulgativos, la mayoría de los cuales abordaban aspectos relacionados con la maternidad.

Fue entonces, mientras se hallaba en el cénit de su carrera, cuando su hijo Camilo la sorprendió gratamente al

querer seguir sus pasos. Pero esa alegría que la llenaba de orgullo duró apenas unos años, ya que la desgracia salió a su encuentro y la golpeó del modo más despiadado. Cuando el chico aún era alumno interno de la Facultad de Medicina de Barcelona, durante unas prácticas contrajo tuberculosis pulmonar y acabó falleciendo con tan solo veintitrés años.

Incapaz de superar tan tremenda pérdida, Dolores se sumió en una tristeza sin límites. Se encerró en su casa, la torre Aleu, y se negó a pasar consulta. En esa reclusión pasó dos años hasta que murió, a los cincuenta y seis, vencida por el dolor y la pena.

Tras el fallecimiento de la doctora, su esposo Camilo reunió todas sus pertenencias y les prendió fuego. Las llamas, despiadadas, consumieron sus diarios, cartas, anotaciones y un sinfín de testimonios de su rico legado. Pero bajo las cenizas de aquella pira quedó el rescoldo de su herencia. El vestigio de la hazaña de aquella pionera que aún hoy sirve de ejemplo a las mujeres que sienten el llamado de la ciencia.

JULIO ARANDA

Entré acongojada al pabellón de hombres. Al comenzar mi turno de revisiones, me perseguía el recuerdo de la historia de la doctora Aleu.

Hasta ese momento su vida me había maravillado. La conocía gracias a un compañero de facultad cuyo abuelo, profesor de Anatomía retirado, había coincidido con aquella médico pionera en la Universidad de Barcelona. Según me contó, el anciano había sido uno de sus defensores y aún seguía admirándola. Pero ese viejo docente no explicaba, o quizás no sabía, cuál había sido el final de la eminente doctora.

Mis pisadas sobre las baldosas resonaron por el pasillo mientras yo evocaba aquel desenlace. No lograba deshacerme de la fuerte impresión que me había producido la lectura de los dos últimos párrafos del artículo. Por eso, cuando llegó el momento de visitar a Julio, no pude evitar comentarlo.

—Me ha encantado su escrito, lo he leído del tirón. Pero no tenía ni idea de que el hijo de la doctora Aleu falleciese de tuberculosis.

—Pues sí; cuando acabó la carrera empezó a trabajar de interino en el Hospital Clínico y se contagió. Por desgracia, en esa época era una enfermedad muy mortífera.

—¡Ya lo creo! Aún no se habían descubierto los fármacos que utilizamos ahora y provocaba muchas defunciones. No me quiero ni imaginar lo que tuvo que sentir la doctora...

—Dicen que murió de pena, que no superó la pérdida.

Tristeza, sí, pensé, y seguro que también una desgarradora impotencia. Pero preferí desviar el tema.

—Otra cosa que me ha sorprendido mucho es que su marido quemara todas sus cosas. ¿Por qué lo haría?

—Quien sabe... Como no sabemos su historia personal, sino los datos de los que ha quedado constancia, solo se pueden hacer conjeturas.

No pude dejar de mencionar la frustración que, creía, debieron de sentir todos tras la muerte del joven Camilo. Sobre todo Dolores, ya que era una paradoja que ella, que tanto había luchado por convertirse en médico, no pudiese curar a su propio hijo.

Con el transcurso de la mañana, la congoja se fue disipando. Me daba cuenta de que el artículo me había servido para concienciarme, una vez más, de lo limitado de la ciencia humana ante el poder de las leyes naturales. Un hecho que solía perder de vista, al subestimar el alcance de las

dolencias. Pero era tan fácil creerse infalible ante los títulos y los éxitos que a menudo lo olvidaba.

A lo largo del día me topé un par de veces con Victoria en los pasillos, mientras ella traía la medicación a los pacientes. Eso me hizo temer que la enfermera pudiese volver a incurrir en el robo de somníferos. Pero no podía hacer nada. Si la advertía, solo lograría ofenderla y, con toda seguridad, empeoraría la relación entre nosotras.

Con quien no coincidí en ningún momento fue con Martín. Desde nuestro encuentro en su despacho no había vuelto a verlo, y ansiaba poder hablar con él sobre lo que había pasado. Tras el torbellino emocional que se había desatado en mí, me preocupaba lo que pensara de mi reacción al marcharme sin decirle nada. Quizás me estaba evitando, pensé, lo que me llenó de pavor.

—Te preocupa Victoria, ¿verdad? —me preguntó mi compañera de dormitorio aquella noche, alarmada por mi ensimismamiento.

—Sí, no sé a qué ha venido lo de esta mañana...

—La irritabilidad y los cambios de lucidez mental son síntomas de la drogadicción, ya lo sabes. No sé cómo, pero tenemos que impedir que siga consumiendo.

—Estoy contigo, Almudena, pero yo tampoco tengo la menor idea de cómo hacerlo. Es adulta, no podemos hacer nada.

—¿Y qué prefieres? ¿Que siga drogándose para que no se enfade con nosotras?

Sabía que la doctora Tejedor tenía razón, pero tenía miedo de que nuestra intromisión produjese el efecto contrario en la enfermera y la deprimiese aún más. Aun así, decidí arriesgarme.

—Está bien, voy a intentar comentárselo de manera que no se ofenda ni se desanime. Ya se me ocurrirá algo.

—Sí, mejor hazlo tú, que te tiene más confianza... Pero cuéntamelo todo, porque no va a ser tarea fácil sacarla del embrollo sin que se entere nadie.

Decidir la manera en que iba a plantearle a Victoria ese delicado tema hizo que mis pensamientos sobre Martín pasasen a un segundo plano. A pesar de ello, las emociones que me despertaba aparecían con intermitencia y me llenaban de una agradable euforia.

Por suerte, Almudena parecía no darse cuenta de mi ebullición mental. Tras aquella conversación se había vuelto a sumergir en la novela que leía, mientras yo revisaba unos informes. Me costaba concentrarme porque mi alteración me distraía constantemente y, además, sentía la necesidad de compartir con ella lo que había vivido con Martín para pedirle consejo. Si no lo hice no fue solo por vergüenza, sino porque no quería traicionar la confianza del director. Hasta que no hablase con él, me dije, no le explicaría a nadie lo que pasaba entre nosotros, por más incertidumbre que me provocase.

Esa noche volví a tener dificultades para conciliar el sueño. Los incipientes sentimientos que se

estaban desarrollando en mi interior revivían antiguos temores. Acostumbrada como estaba a guiarme por la razón, me incomodaba sentirme dominada por las pasiones, aunque estas me llenasen de una fiera alegría.

Por si fuera poco, en medio de esa vorágine giraba también la angustia que me producía enfrentarme a Victoria. Estaba convencida de que ella se tomaría mi interés como un ataque.

Fue entonces cuando se me ocurrió que podría hacerle creer que era yo quien necesitaba ayuda. Compartir con ella una falsa confesión quizás la incitaría a abrirse a mí. Era muy arriesgado, porque la chica era inteligente y perspicaz, pero no veía otro modo de acercarme a ella para poder socorrerla.

Incapaz de conciliar el sueño, finalmente, me levanté. Estaba cansada de dar vueltas en la cama sin conseguir dormirme, lo que me desvelaba aún más. No sabía cuánto tiempo hacía que luchaba contra el insomnio, ya que la oscuridad no me dejaba distinguir las agujas del despertador sobre la mesilla. Solo un delgadísimo haz de luz se escurría entre los postigos mal ajustados, y bajo su claridad apenas diferenciaba los contornos de las cosas.

Con el máximo sigilo, para no despertar a mi compañera, me acerqué al armario de dos cuerpos situado a los pies de las camas. Su perfil enorme, con una cornisa ondulante, casi no se apreciaba en la penumbra. Era un mueble imponente y oscuro que ocupaba casi la totalidad de la pared, por lo que no me costó llegar a él.

Abrí con sumo cuidado la puerta que correspondía a mi parte del armario y localicé mi uniforme. Para hacer el mínimo ruido posible, solo me puse la bata sobre el camión. Luego tomé de la cómoda los informes que había estado ojeando poco antes. Mi intención era seguir revisando los expedientes en la sala de reuniones, donde no molestaría a nadie. Estaba segura de que no tardaría en vencerme el cansancio y entonces regresaría a la habitación.

Con la carpeta bajo el brazo y la bata blanca sobre la camisa de dormir salí al corredor. La débil claridad que lo iluminaba procedía de una ventana situada al fondo. A través del cristal pude ver una luna creciente y gibosa cercada de nubes oscuras. Su resplandor era como un tímido faro que alumbraba de forma muy sutil mi camino.

Avancé con el mismo sigilo con el que me había movido por el dormitorio, dejando atrás las habitaciones del resto del personal. A pesar de mi ligera indumentaria no sentía ningún frío. Aquella noche de principios de mayo se mostraba benigna en luz y en temperatura.

Faltaban pocos metros para que accediese al vestíbulo cuando escuché unas voces. Eran poco más que unos susurros, pero en el silencio se apreciaban a pesar de su baja intensidad.

Lo primero que me vino a la cabeza fue el fantasma, y ese pensamiento hizo que me enfadase conmigo misma. Seguía resistiéndome a creer en aquella leyenda que, a pesar de lo que habíamos descubierto en la hemeroteca, debía de tener una explicación lógica. Y hasta que no la encontrara, me había jurado que no cedería ante la superchería.

Pronto me di cuenta de que el sonido parecía provenir de una de las habitaciones y no del sótano. Eso hizo que me detuviera. De pie, al final del pasillo, pude comprobar que eran unas voces susurrando en voz baja, nada de lamentos lastimeros. De vez en cuando el tono subía, lo que

me hizo pensar que se trataba de una discusión. Lo avanzado de la hora obligaba a los contendientes a moderar el volumen, pero en su acaloramiento a veces lo olvidaban.

Aunque me esforcé por entender alguna palabra, no lo conseguí. Las paredes de aquella construcción antigua eran gruesas y aislaban bien el sonido. Por un instante pensé en regresar a mi cuarto, pero la curiosidad me lo impedía. Se estaban produciendo demasiados hechos intrigantes y necesitaba dar respuesta al menos a alguno de ellos.

Con mucha cautela deshice mis pasos mientras ponía toda mi atención en distinguir de qué habitación procedían las voces. Mi corazón bombeaba con rapidez y, a pesar de no tener frío, me sacudió un estremecimiento.

Fui avanzando con extrema lentitud por el corredor. Instintivamente había cruzado los brazos por delante del pecho para sujetar la carpeta, como si quisiera protegerme con ella. Ese mismo gesto inconsciente me hacía caminar algo encorvada y arrimada a la pared izquierda, en un vano intento de hacerme invisible.

De pronto, una de las puertas se abrió. Yo estaba a muy pocos metros y no pude hacer nada. Me detuve al instante, abrazada a la carpeta contra la que parecían rebotar mis latidos descontrolados.

Vi recortarse una silueta oscura contra la luz tenue que salía de la habitación. Aunque era una sombra imprecisa, enseguida distinguí por los amplios ropajes que se trataba de una monja. No pude evitar pensar en sor Pilar. Siempre que sucedía algo inesperado, ella se hallaba muy cerca o no tardaba en aparecer.

Sabiendo que el encuentro era forzoso, me aparté de la pared y caminé hacia la religiosa aparentando naturalidad. No quería que se diese cuenta de que había oído sus voces.

Al acercarme descubrí que, tal como había sospechado, se trataba de la hermana Pilar.

—Doctora Sanz, ¿qué hace levantada a estas horas?

—No podía dormir y he ido a la sala de reuniones a revisar unos historiales. ¿Me buscaba, hermana?

—No, no... Solo vigilaba que todo estuviese en orden. Yo tampoco podía dormir.

Se la veía muy incómoda mintiendo y lo aproveché.

—¿En la zona de dormitorios del personal? Son los enfermos quienes necesitan vigilancia y atenciones, por eso hacemos guardias.

—Desde luego que sí, doctora. Pero, como usted dice, ya están los médicos para eso. Sin embargo, nos olvidamos de que hay más personas aquí. Hoy una de las enfermeras estaba algo indispuesta y me he preocupado. Por eso me he acercado hasta su dormitorio.

—Vaya, no lo sabía... ¿Puedo saber de quién se trata?

—De la señorita Purificación. Pero ya se encuentra recuperada, así que será mejor que nos vayamos a dormir.

El fastidio de sor Pilar rayaba el nerviosismo. A pesar de la débil iluminación, pude ver cómo

retorcía las manos bajo las amplias mangas del hábito.

Mientras se alejaba por el pasillo, me di cuenta de que la habitación de la que acababa de salir era la de Victoria. Puesto que la compartía con la enfermera Puri, me convencí de que la religiosa me había dicho la verdad.

Esa certeza me alivió ya que, por un instante, temí que hubiese descubierto la adicción de mi amiga y hubiese venido a reprenderla.

Mucho más calmada, rehíce mis pasos hasta mi habitación. Ya no se oía ni un murmullo. Hasta las nubes negras que veía a través la ventana del pasillo se habían detenido.

Entonces lo recordé.

Esa misma mañana, al toparme con la enfermera Aurora en la sala de radiografías, esta me había comentado que Puri libraba el resto de la semana.

La mañana siguiente me desperté cansada y dolorida. Había pasado casi toda la noche en vela, alterada por incesantes pensamientos. No podía apartar de mi mente la idea de que sor Pilar conocía el problema de Victoria y la estaba hostigando.

Me sentía responsable de ella por no haberla advertido a tiempo y, además, le había cobrado afecto. Quería ayudarla, pero no sabía cuál sería el mejor modo. Eso me angustiaba y me hacía dar vueltas constantes sobre el colchón.

Las horas se me hicieron eternas barajando soluciones al dilema. En esos pensamientos flotaba aún mi preocupación por el fantasma y, sobre todo, mis crecientes sentimientos hacia Martín.

A pesar de la tranquilidad del ambiente, mi mente se hallaba en plena efervescencia.

Durante toda la mañana arrastré una debilidad que ralentizaba mi mente y mis movimientos. Algo parecido a los síntomas de una resaca que embotaba mi sistema nervioso. Por suerte, había poco trabajo y nadie lo notó.

Después de comer, aprovechando que no tenía visitas, decidí echarme un rato. La luz solar era aún bastante potente, por lo que ajusté un poco las contraventanas. En aquella penumbra volátil, los objetos tenían una consistencia cálida que me abrazaba. Esa caricia vaporosa y tórrida hizo que enseguida me abandonase a la somnolencia.

No creo que durmiese más de unos pocos minutos, pero fueron suficientes para que mi cerebro desplegara un sueño henchido de sensaciones.

Como el abrazo letárgico que me había vencido, la ensoñación fue ardorosa y sutil. En ella aparecía Martín, más atrayente y seductor que nunca, que volvía a besarme como lo había hecho en su despacho. Mientras me besaba, yo me daba cuenta de que no estábamos vestidos, pero, lejos de la vergonzosa sensación que nos sacude en este tipo de sueños, yo me sentía a gusto, como si aquello fuese algo natural.

Sus manos me acariciaban de una manera tan vívida que sentí una sacudida. Una oleada de bienestar se extendió entonces por mi bajo vientre y sacudió todas las fibras de mi interior. La sensación fue tan estimulante que no pude evitar convulsionarme, y ese movimiento febril acabó por despertarme.

Cuando abrí los ojos, mientras trataba de ubicarme escuché que golpeaban con delicadeza la puerta. Me levanté y luché por apartar de mi pensamiento las trazas de aquel sueño tan vívido.

Al abrir la puerta me quedé congelada. Por un momento dudé si seguía soñando ya que ante mí

se hallaba Martín, sonriéndome de manera perturbadora.

—Perdone que la moleste, doctora Sanz —me dijo fingiendo corrección por si alguien nos veía—. ¿Puedo pasar un momento?

Me hice a un lado, invitándolo a entrar. Estaba tan nerviosa que no lograba articular palabra, aunque no podía parar de sonreírle. Él, en cambio, siguió hablando. Esta vez sin ningún disimulo.

—Hace un par de días nos quedó algo pendiente. Me gustaría retomarlo donde lo dejamos.

—Sí, yo también quería hablar contigo, pero hasta ahora no he parado.

—¿Hablar? No me refería a eso, creo que ya está todo dicho.

Sin darme tiempo a contestar salvó la distancia que nos separaba y me rodeó con sus brazos. De forma inconsciente, lo aparté apoyando mis manos en sus hombros y curvándome hacia atrás.

—¿Te has vuelto loco? ¡Almudena podría entrar en cualquier momento!

—No te preocupes por eso. Está en una sesión clínica con el doctor Aguado. Tardará un buen rato.

Mientras hablaba se inclinó hacia mí. Apenas había acabado la frase cuando sus labios ya se apretaban contra los míos. Mi boca cedió enseguida, y nuestros cuerpos también se estrecharon. El sueño que acababa de tener se repetía en ese abrazo vehemente en el que se condensaba el deseo. Y, a pesar de no estar desnudos, desató la misma riada de estímulos en mi cerebro y en mis entrañas.

Su boca dejó de besarme para reseguir mi cuello, provocando un nuevo caudal de sensaciones. Sus manos también se desplazaron, bajando de mi espalda hasta mis nalgas, que agarró con firmeza. La presión hizo que mi pelvis se clavase en la suya y notase su erección. A pesar del impulso visceral que me arrastraba sentí que me invadía el miedo y la vergüenza.

Pero era demasiado tarde.

Sin separarse de mi cuerpo me empujó hacia la cama, donde me derrumbé sin resistencia. Él se colocó sobre mí, me desabrochó la blusa y, antes de que pudiese decir nada, su cara se hundió entre mis pechos.

Sentirlo tan cerca y tan ansioso de mí hacía que yo también me encendiese. Quería tenerlo siempre así, anclado entre mis muslos y perdiéndose en la redondez erecta de mis senos. Nunca antes había tenido una intimidad tan carnal con ningún hombre; sin embargo, eso no me frenaba.

Ya no había duda ni remordimiento capaz de detener el deseo que me empujaba hacia él.

Los labios de Martín pasaron de mis pechos a mi boca. Sus manos me palpaban con premura, y ese tacto ardiente erotizaba hasta el último milímetro de mi piel. Sus dedos se escurrieron desde mis pezones hacia más abajo y los noté explorando los límites de mi vientre. Una vez más, volví a sentir miedo. Y ese temor me prevenía acerca de lo que estaba a punto de suceder. No obstante, yo tenía unas ganas locas de rendirme a ese peligro delirante, a explorar con él ese mundo adulto, de alcoba a oscuras y de pecado.

Sus manos alcanzaron el borde de mi ropa interior y se colaron bajo la banda elástica. Sentir las puntas de sus dedos rozando mi pubis me provocó un nuevo escalofrío. Exhalé un gemido y él mordisqueó mis labios abiertos antes de apartar las manos y subirme la falda. Luego, forcejeó un instante con mi ligero. El ruido del nailon de mis medias se mezcló con mis jadeos y con su respiración profunda y acelerada.

De pronto, su boca pasó de mis labios a mi cuello y sus dedos se deslizaron hasta el interior de mis muslos para encontrar mi carne, húmeda y palpitante.

Entonces llamaron a la puerta.

El zarandeo del autobús al arrancar no fue suficiente para distraerme de mis cavilaciones. Desde que me había sentado en el vehículo que me llevaría a casa de mis padres a pasar mis dos días festivos, me había sumido en una especie de trance.

Hacía tres meses que había hecho por primera vez ese trayecto, aunque en sentido inverso, y, como entonces, experimentaba una punzante ansiedad. Pero en esta ocasión, el motivo nada tenía que ver con la inseguridad ante el cambio. La razón de mi intranquilidad enlazaba con antiguos miedos y posibles temores ante el porvenir.

Habían pasado cuatro días desde que el director se presentó en mi cuarto y nos dejamos arrastrar por un deseo insensato. Por suerte o por desgracia, Victoria nos había interrumpido antes de que llegásemos a consumir nuestra pasión. Fue una situación muy violenta en la que se apoderó de mí un terror tan vivo que creí que me iba a desmayar.

Por fortuna, el doctor Ramos supo mantener la sangre fría y me sacó de mi trance.

—Abróchate, rápido, y di que estabas haciendo la siesta —me dijo mientras él también se abotonaba y se colocaba en el hueco entre el armario y la pared de la ventana.

Mirando de contener un temblor nervioso, me re Coloqué la ropa y me pasé los dedos por el pelo para colocar las ondas en su sitio. Inspiré con profundidad para tranquilizarme y, justo cuando golpeaban la puerta por segunda vez, giré el pomo muy despacio y me asomé por la rendija.

—Disculpa, Paloma, ¿estabas durmiendo?

—Sí, me he echado un rato porque esta noche he dormido mal y estoy molida.

—Lo siento, es que quería pedirte perdón por lo de ayer. ¿Puedo pasar?

La ocasión que buscaba se me presentaba justo en el peor momento. Yo seguía con la puerta entreabierta para impedir que la enfermera pudiese ver la habitación y descubrir algo que pudiese delatarnos. Era evidente que no podía dejarla entrar, pero tampoco quería perder la oportunidad de hablar con ella.

—Mejor nos tomamos un café, que esto está hecho una cuadra. Dame unos minutos para que recoja y nos vemos en el comedor.

Aunque intentó disimularlo, tuve la certeza de que aquello no le gustó. En su expresión se apreciaba con nitidez el desencanto, lo que me inquietó bastante. ¿Por qué quería entrar en mi

cuarto? ¿Había visto quizás al doctor Ramos y pretendía pillarnos in fraganti? Aquellas preguntas me llenaron de una tremenda angustia que, cuatro días después, aún persistía.

El vehículo dejó atrás la imponente silueta del sanatorio y ahora traqueteaba sobre la calzada que recorría el suave relieve del monte. Como aletargada por aquel zarandeo, yo seguía evocando lo que había sucedido días atrás.

En la cafetería, la enfermera se mostró más distante de lo que me había parecido cuando nos interrumpió. Su actitud forzada la delataba y me hacía sentir terriblemente incómoda. Pero no podía dejar pasar la ocasión de poner en práctica mi plan para que se confiase a mí.

—Perdona por no haberte dejado pasar, Victoria, pero es que lo tengo todo manga por hombro y me daba vergüenza. Además, necesitaba un café, estoy que me caigo de sueño.

—Bueno, tampoco tiene importancia, ya te he dicho que solo quería disculparme por haber sido tan maleducada con vosotras ayer.

—No te preocupes, cualquiera puede tener un mal día, aunque, si te soy sincera, estoy contenta de poder aclararlo porque me preocupaba que pudieses estar enfadada conmigo.

—En absoluto, ¿por qué iba a estarlo?

De repente, su mirada se endureció. Parecía que buscase una confesión mía, lo que me reafirmó en el convencimiento de que sabía que yo le ocultaba algo. Pero ¿qué? ¿Que había visto a sor Pilar saliendo de su habitación? ¿Que el director se había escurrido dentro de mi cuarto? ¿Que yo sabía que ella consumía ansiolíticos?

Decidí jugármela y fingir que era yo quien necesitaba ayuda, según el plan, para ver si así se abría a mí.

—Bueno, últimamente estoy teniendo una mala racha. Desde el alta de Beatriz no he conseguido que ninguno de mis pacientes mejore, y empiezo a dudar de mis capacidades. Tengo miedo de defraudar al director y, sobre todo, a los enfermos, así que los últimos días me he tomado algún tranquilizante. Por eso estoy así de chafada y no sé si igual mi desánimo te ha afectado.

—¿A mí? No te entiendo...

—Verás, antes de que fuéramos a la hemeroteca, solíamos charlar y contarnos nuestras cosas, ya lo sabes... Pero estos últimos días he estado tan preocupada que apenas hemos hablado.

—No te preocupes por eso, ya sé que tienes otras prioridades.

Su tono ahora desprendía un aroma de reproche. Eso me sorprendió. Actuaba como si la mañana en que la habíamos encontrado drogada en su cuarto no hubiese existido. Como si yo no me hubiese preocupado por su ausencia y no hubiese ido a socorrerla.

—¿Por qué dices eso? Una cosa no quita la otra, Victoria; somos amigas y siempre tendré un momento para ti.

—Claro, y yo también. No me he expresado bien: quería decir que lo principal ahora es que te centres en tu trabajo.

—Sí, es lo que haré, pero ¿tú estás bien? ¿Cómo van las cosas en casa?

—Pues como siempre, pero eso es algo que ya tengo asumido. No te preocupes por mí, Paloma, soy más fuerte de lo que parezco.

Esa sentencia contundente me impactó. Por eso, durante los tres días que siguieron a aquella conversación tan tensa, la recordaba a menudo.

Mi inquietud por si había visto a Martín entrar en mi cuarto se disipó ante la nueva conducta altanera y desdeñosa de mi amiga. Me preguntaba si podía ser fruto del consumo de sedantes, lo cual me aliviaba y me preocupaba al mismo tiempo.

El vocerío de unos niños un par de asientos más atrás interrumpió mis cavilaciones. Me di cuenta de que el autobús se adentraba en lo que hasta hacía poco había sido la villa de Fuencarral y que ya formaba parte del enjambre de calles de Madrid.

La perspectiva de pasar dos días en casa me abrumaba. No era que no tuviese ganas de reunirme con mi familia, pero me exasperaba estar lejos de Martín. Desde nuestro último encuentro no habíamos vuelto a vernos a solas y, al igual que había sucedido en su despacho, nuestro deseo había quedado en suspenso. Ese afán me quemaba aún y me provocaba un ansia irreflexiva que apenas podía controlar. Y en ese anhelo, un dolor antiguo emergía, como un horrendo Leviatán.

Regresé a casa en domingo, por lo que pude aprovechar para hacer una salida familiar al Retiro. Desde que era niña siempre me había gustado pasear por ese parque magnífico para aislarse del bullicio de la ciudad. Sin embargo, aquel día mi agitación mental era tan intensa que no pude disfrutarlo. A pesar de la compañía y de la tranquilidad que emanaba de sus rincones sombreados por los árboles, mi mente volvía una y otra vez a sus desvelos.

Por si eso fuera poco, el recorrido por la Rosaleda me hizo revivir el recuerdo de Miguel. Aunque ya habían transcurrido cinco años desde mi último encuentro con él allí, el estallido cromático de las rosas entre el verdor hizo que experimentase la misma aflicción sin esperanza de entonces. Y, aunque había sido un suplicio necesario, no por ello había dejado de doler. El Retiro era, precisamente, uno de los lugares que solíamos visitar al principio de nuestro noviazgo. El palio verde oscuro de los abetos se convirtió en el escenario de largos paseos dominicales en los que yo me sentía la muchacha más feliz del mundo. Teníamos largas conversaciones y él se interesaba por mí: quería saber todo lo que me concernía, lo que me hacía sentir el centro de su universo. Yo tenía la convicción de que era una chica afortunada, y ya iba perfilando en mi imaginación cómo sería mi futuro a su lado.

Algunas veces venía a recogerme al salir del Instituto Femenino Beatriz Galindo, donde yo cursaba el último curso de bachillerato, y nos acercábamos al parque dando un paseo. Al verlo allí, esperándome, la ilusión me estallaba en el pecho y me alegraba ante la perspectiva de poder compartir con él mis pequeños logros. Disfrutaba explicándole lo que aprendía en las clases de ciencia y lo cerca que me parecía estar ya de la universidad. En esos instantes, él se mostraba tan pendiente de lo que le contaba y tan animado al ver mi emoción que no pude siquiera imaginar lo que vendría después.

A medida que pasaba el tiempo, esos buenos momentos fueron perdiendo su encanto. De manera casi imperceptible, la actitud de Miguel hacia mis progresos académicos cambió y llegó un punto en que su desinterés fue evidente. Como fue un proceso gradual, al principio no dije nada. Lo justificaba diciéndome que quizás yo le daba demasiado la lata con eso o que, tal vez, tuviese preocupaciones que ocupaban su atención. Fue al ver que de la indiferencia pasaba a la irritación cuando realmente me alarmé.

—¿No te parece que ya es suficiente? —me espetó cuando le comenté mi intención de hacer el

Examen de Estado para poder acceder a la universidad—. Sacas buenas notas en el Bachillerato y está muy bien, pero de ahí a estudiar una carrera...

—Quiero ser médico, lo sabes de sobra. Desde que era pequeña he soñado con eso y no voy a dejarlo ahora.

—Mira, Paloma, me parece muy bien que admires a tu padre y entiendo que como mujer te parezca que la vida de los hombres es más fácil, más libre y más gratificante económicamente, pero eso conlleva unas obligaciones que ni te imaginas. Por mucho que digáis, vosotras no tenéis las mismas capacidades que nosotros, es absurdo quererse equiparar. Tú solo ves la parte bonita de ser doctora, pero hay que tener estómago aparte de inteligencia. Seguro que a la que te planten un cadáver delante echas hasta la primera papilla...

—¡Sé de sobras lo que es ser médico! —Su ira se me contagió y por eso le respondí indignada—. No es algo que se me haya antojado de repente, ni ningún deseo de emular a mi padre. Sé a lo que me enfrento y, ¿sabes?, no me da ningún miedo.

Aquella fue la primera de las muchas discusiones que siguieron a mi decisión de matricularme en la Facultad de Medicina. Un período emocionalmente doloroso, ya que el recuerdo de los primeros días se transformó en una herida abierta. Añoraba aquel tiempo en el que me sentía como una reina y no podía entender cómo había llegado a convertirme en una bruja para él.

Aun así, seguía esperando que Miguel superase sus reticencias y todo regresase a la normalidad. Mientras tanto, me esmeraba en hacerle ver que mi futura autonomía económica e intelectual no influiría ni en mi forma de ser ni en mis sentimientos hacia él. Pero fue inútil.

Al ver que no conseguía hacerme desistir de mi empeño, empezó a controlarme y se volvió muy posesivo conmigo. Me llamaba a todas horas para interrogarme sobre lo que hacía, se presentaba con frecuencia en mi casa o a la salida del instituto, e incluso llegó a hablar con mi padre para intentar convencerle de que me sacara de la cabeza la idea de ir a la universidad. Ignoraba que mi progenitor sabía que mi vocación era auténtica y profunda y que, en el fondo, me admiraba por ello.

La presión a la que me sometía Miguel llegó a ser tan intensa que no tuve más remedio que poner fin a la relación. No podía seguir con una persona que no me aceptaba tal como era. Que no me permitía siquiera intentar perseguir mi sueño, por ridículo que a él le pareciera. Pero, por encima de todo, no podía continuar al lado de alguien que no me valoraba.

Un domingo de finales de octubre le dije sin preámbulos que le dejaba. Nos habíamos citado en la Rosaleda del Retiro, y el amorcillo que coronaba la fuente de Cupido me daba fuerzas para sacrificar esa pasión que se había vuelto tan nociva. Al principio, él no me tomó en serio y dejó caer frases sobre tomarnos un tiempo. Pero yo me mantuve firme y me limité a despedirme. Sabía que tenía que irme rápido de allí para evitar que lograra convencerme.

Durante los meses siguientes me costó recuperar la ilusión y la motivación que me había

animado tiempo atrás. No obstante, al cabo de unas semanas la pena por la ruptura dio paso a un sentimiento de liberación y a un alivio inmenso. Me había zafado de la presión de ser lo que Miguel esperaba, de hacer lo que él deseaba. Había recuperado mi epicentro y a partir de allí trazaría ahora mi camino.

Durante cinco años no volví a tener ninguna relación sentimental, a pesar de que me sentí atraída y tuve afinidad con un par de compañeros de facultad. Con esos dos chicos llegué incluso a ir al cine, pero la cosa no pasó de allí. A pesar de que sabía que no todos los hombres eran como Miguel, no conseguía confiar en ninguno de ellos.

A medida que pasaban los años, empecé a sospechar que ya nunca volvería a enamorarme. Esa conjetura me llenaba de tristeza, porque no quería renunciar a amar y ser amada, ni a tener una pareja que me apoyara en mis decisiones, que valorara mi autonomía e independencia y que estuviera orgullosa de mis logros profesionales.

Cinco años más tarde, lograba al fin vislumbrar esa posibilidad.

Al verme, su expresión cambió. Un fulgor le encendió las pupilas y sus labios se curvaron mostrando una emoción genuina.

—Paloma... ¿Ya has vuelto?

—Sí, acabo de llegar. Necesitaba verte, Martín.

No hacía ni veinte minutos que me había bajado del autobús. Había recorrido con premura el trecho de la parada al sanatorio con la maleta en la mano y había ido directa a mi habitación para dejarla allí y ponerme el uniforme. Un único pensamiento ocupaba mi mente: ver al director. Llevaba casi dos días pensando en él, recordando lo que me había dicho en el restaurante y acariciando la posibilidad de que fuese él la persona que yo había estado esperando durante tanto tiempo.

Faltaba casi una hora para que empezase mi turno pero, en lugar de deshacer las maletas y apurar los últimos minutos de descanso, opté por ir a su despacho. No podía esperar más tiempo a estar con Martín.

—Pues aquí me tienes.

El director se había levantado de su silla y bordeaba la mesa de escritorio. Yo avancé hacia él. La brillantez de sus ojos parecía contagiar su sonrisa radiante. Ese destello casi me hipnotizó porque, en lugar de abrazarlo como quería hacer, me quedé inmóvil. Martín, en cambio, siguió en su avance y me rodeó la cintura con los brazos. Nuestros cuerpos se pegaron con fuerza al igual que nuestros labios, que, más que besarse, se devoraban con avidez.

Noté un vigor muy potente en ese contacto, casi violento, pero lo atribuí a la pasión. Sin dejar de sujetarme, el director me hizo retroceder hasta topar con la pared. Con la espalda pegada al tabique, me cogió por las muñecas con una mano y las mantuvo en alto mientras con la otra me hurgaba por debajo del vestido.

Su urgencia me desconcertó un poco, pero lo veía tan entregado a mí que su ardor me contagió y dejé que siguiese con su exploración bajo mi falda.

Sus manos subieron por el rayón de mi combinación hasta alcanzar la faja elástica con ligero que sujetaba mis medias. Esta vez no intentó desabrocharlo, sino que acarició el raso de la prenda y, luego, introdujo sus dedos bajo la tela. Al sentir su contacto entre mis piernas no pude contener un gemido, pero él lo acalló con celeridad volviendo a besarme. Lo hacía con tal vigor que casi no podía moverme, mientras seguía notando cómo palpaba mi sexo con igual frenesí.

Mis manos, alzadas aún sobre mi cabeza, empezaban a dolerme y forcejeé un poco, lo que hizo que él las dejase ir. Entonces me acarició el busto por encima de la bata, pero enseguida me la desabrochó y hundió su cara en mi escote.

Yo notaba que su olor me iba inundando, cada caricia dejaba en mi piel una huella aromática que se adentraba en mí. Ese rastro cálido y fragante me recorría el cuerpo con una especie de vibración lúbrica que me hacía perder el sentido. Aquella sensación distorsionaba el tiempo para convergir en el impulso que nos encendía. Así, me dejé llevar por la oleada sensitiva que me erizaba entera y me fundía con él.

Martín soltó al fin mis pechos y tomó una de mis manos para colocarla entre sus muslos. Palpar su erección de manera tan directa me azoró tanto que me costó reaccionar. En décimas de segundo, un estallido de advertencias iluminó mi consciencia. Pero fue solo una traca que acabó convertida en una lluvia de estrellas.

Mientras él hurgaba en la carnosidad de mi sexo, yo acariciaba el suyo a través del pantalón. Al final, el director me tomó de la mano y me condujo hasta el sofá que había contra la pared. Nada más recostarme, me desabrochó el liguero y me quitó la ropa interior. Yo sentí vergüenza y miedo, pero el deseo era mucho más poderoso.

Solo al ver cómo se desabrochaba el pantalón y se sacaba el miembro erecto me asusté de verdad. Nunca antes había llegado hasta tan lejos y, de pronto, fui consciente de las implicaciones que podía conllevar. Me bajé la combinación y la falda y murmuré:

—Lo siento, Martín, no puedo hacerlo.

Él me chistó, mientras me besaba con suavidad el cuello.

—Te quiero, Paloma, déjame demostrártelo.

Sus labios descendieron sin dejar de susurrarme palabras dulces, declaraciones de amor y promesas de futuro. Sus manos fueron ascendiendo hasta alcanzar de nuevo el interior de mis muslos, treparon por su piel delicada y llegaron hasta mis genitales.

Una vez más, no pude evitar exhalar un suspiro. Aquello lo espoleó y sus caricias se tornaron vigorosas. Antes de que pudiese reaccionar, ya se había colocado entre mis piernas y noté la presión de su pene en mi sexo. Después, sentí una punzada y emití un débil quejido que él silenció tapando mi boca con su mano. A pesar de que me penetraba despacio, yo seguía sintiendo un dolor agudo. Pero duró muy poco. Al cabo de unos segundos, dejé de experimentar dolor y me relajé. Mis piernas rodearon sus caderas y me entregué al compás que me marcaban.

Tuve la sensación de que me deshacía en él.

La lluvia teñía el ambiente de una claridad metálica que se filtraba a través de los cristales de la ventana. Esa luz plomiza acrecentaba aún más el matiz grisáceo de la piel de don Higinio, por lo que supe, con toda certeza, que se acercaba su final.

Los síntomas del enfisema pulmonar que sufría se habían agravado y, a pesar de todos mis esfuerzos, no pude detener el avance de la enfermedad. Ni los inhaladores ni los antibióticos consiguieron reparar los daños que el consumo de cigarrillos había provocado en sus alveolos. Respirar le fatigaba tanto que sus labios y sus uñas se habían vuelto azules. Envuelto en la penumbra de esa noche de tormenta, ya mostraba un aspecto cadavérico.

La tristeza que sentía se antepuso a las emociones que me agitaban desde seis días atrás. Fue un lapso pesadoso, pero aun así reparador, puesto que llevaba casi una semana atormentada por un vaivén que me llevaba de la ilusión a los remordimientos.

Haber intimado con Martín me había producido unos sentimientos tan poderosos como contradictorios. Nada más salir de su despacho tuve una fuerte sensación de irrealidad. Como si cuanto había sucedido fuese parte de un sueño.

No podía creer lo que acababa de pasar. Sin embargo, su olor y la huella de sus caricias me acompañaban aún. Y esa certeza se reafirmaba en el ligero escozor que todavía sentía en mis partes.

Por unos instantes tuve miedo a que alguna señal me delatase. A pesar de que me había peinado y vestido con la máxima pulcritud, me parecía que emanaba un olor diferente. Una esencia hecha de sudor, saliva y humedades de la que no conseguía desprenderme.

Por suerte, nadie reparó en mí. Solo yo tenía la impresión de que palpitaba bajo otra piel. Y de que había entrado en un nuevo mundo en el que nada más existíamos él y yo.

Aunque aquel primer acto no resultó una experiencia demasiado placentera, no podía pensar en otra cosa. Sabía que la primera vez acostumbraba a decepcionar a las mujeres, y esperaba poder superar pronto ese escollo para surcar con él mares cada vez más estimulantes. Eso me provocaba una euforia que nunca antes había sentido. Por ello no podía evitar proyectar en mi mente mil posibilidades de goce junto a él.

A pesar de mi inexperiencia, el deseo era tan poderoso que fantaseaba con hacer de ese universo un paraíso solo para nosotros dos.

Di por supuesto que él sentía lo mismo que yo. Había visto brillar la felicidad en sus pupilas.

Su cuerpo entero proclamaba sin palabras su dicha. No obstante, los días fueron pasando y no lo volví a ver.

De la ilusión pasé a la incomprensión y al temor de lo que hubiese podido sucederle. No era normal que no se dejara ver, cuando yo me las ingeniaba para escaparme a cualquier lugar donde creía que podría encontrarle.

Para tranquilizarme imaginaba posibles motivos que justificasen su ausencia. Hasta que la inminencia de la muerte de don Higinio me arrancó de mis conjeturas.

—Doctora Sanz —susurró con esfuerzo—. Tengo que contarle algo...

—Es mejor que no hable, no conviene que se canse. Ya me lo explicará en otro momento.

—Tiene que ser ahora. Quiero irme con la conciencia... tranquila.

No era la primera vez que oía delirar a un moribundo, pero en esa ocasión me impactó. Su mirada era tan lúcida que costaba creer que desvariara.

El agonizante alargó una de sus manos gris azuladas y se aferró con ella a mi muñeca. Yo me incliné para que no tuviese que esforzarse al hablar.

—La monja... habla con el fantasma.

—¿La hermana Pilar?

—La seguí... hace tiempo, pero no se lo conté a nadie... Tenía miedo.

—No tiene nada que temer, don Higinio, me quedaré aquí con usted. Así que descanse y no se preocupe.

—Ahora ya no podrá hacerme daño.

—Claro que no —le dije para tranquilizarlo, aunque yo estaba más alterada que él, que parecía liberarse de una temible carga—. Nadie le hará nada, estamos aquí para cuidarlo.

—Dijo que no hablase.

—¿Quién?

—Sor Pilar... le dijo al fantasma... que no podía hablar.

—Bueno, pues así ya no se le oirá más y todos dormirán tranquilos.

Dije esto último para no contradecirlo, pero a él no le gustó. Aunque le faltaba el aliento y las energías, conservaba intacto su discernimiento y mi condescendencia le molestó.

—¡No se burle de mí!

—Lo siento, no pretendía ofenderlo.

—¡Esa monja es espiritista o... algo peor! —Un ataque de tos irrumpió en su vehemencia—. Se comunica con el fantasma... Yo lo oí... Le decía: «No debes hablar.»

El esfuerzo de toser hizo que me soltase y se desplomase en la cama. Una enfermera me ayudó a tranquilizarlo y a moverlo para que respirase mejor. Al cabo de unos minutos pareció calmarse y volvimos a escuchar su respiración sibilante.

Las gotas de lluvia chocaban contra los cristales y enturbiaban el paisaje, pero el interior no era

mucho más diáfano. Habíamos aislado con una mampara la zona donde se encontraba el moribundo y la iluminación que lo rodeaba era también agónica. Más allá, el resto de los pacientes dormitaban envueltos en la luz de unos pocos fluorescentes.

Al ver que don Higinio cerraba los ojos, preferí dejarlo descansar un instante y salí de detrás de la mampara. Julio me observaba atento.

—No pinta bien, ¿verdad?

Sacudí negativamente la cabeza. Él debió de ver mi disgusto, porque intentó animarme.

—Doctora Sanz, era cuestión de tiempo y usted le ha dado más del que esperaba. Llegó aquí con los pulmones negros por culpa del tabaco. Ha sido una suerte que le tratara usted, al menos ha vivido unos cuantos meses.

—Gracias, Julio. Sí, es el único alivio, pero aun así... Siempre esperas el milagro.

—Es comprensible, nos gusta aferrarnos a cualquier posibilidad. Pero también hay que ser realistas. A Higinio le llegó su hora, como nos pasará a todos.

Pese a saber que su intención era animarme rompí a llorar. Su última frase me había recordado la fugacidad de la existencia, lo que hizo que me doliese aún más la ausencia de Martín. Me parecía un derroche no exprimir hasta el último minuto nuestro amor, que nacía condenado e inviable. Maldito, como el espectro que penaba por los pasillos, empeñado en atormentarme.

Al verme llorar, Julio se levantó de su cama. Me sorprendió ver lo breve que era el trayecto que iba de su enfermedad a mi desconsuelo.

—Mi amigo Álvaro está de viaje y me ha dejado las llaves de su piso. ¿Te apetece que vayamos?

La propuesta de Martín me dejó sin palabras. Íbamos en su coche, de regreso al sanatorio, tras comer en el mesón de Alcalá al que me había llevado en nuestra primera cita. Yo no podía estar más feliz después de tantos días de incertidumbre sin saber de él. Pero, tras el fallecimiento de don Higinio, había venido a verme y todo fue como al principio.

Había aparecido en el pabellón de hombres, mientras certificaba la defunción de mi paciente, para darme su apoyo. Tuve que esforzarme mucho para que ni mis colegas ni las enfermeras ni mucho menos Julio, se diesen cuenta de la alegría que sentía al verlo. Fue una sensación extraña porque me afligía la muerte de don Higinio, y aún sentía la angustia que me había producido su inquietante confesión. A pesar de ello, tener a Martín a mi lado había surtido un efecto balsámico y, al mismo tiempo, estimulante.

En cuanto pudo, el director aprovechó para proponerme repetir la salida a Alcalá. No sé cómo conseguí disimular el júbilo que experimentaba ante esa perspectiva. Me costó mucho reprimir el impulso de abrazarlo, de tocarlo siquiera un poco para saciar mi ansia de él.

A partir de ese instante, el tiempo dejó de parecerme fugaz. Mi pensamiento se enfocó en el momento en que volveríamos a estar juntos, lo que cambió mi percepción e hizo que las horas se ralentizaran.

—No sé, Martín, no me parece apropiado —le respondí al fin.

—¿Por qué? Es mi mejor amigo y le he hablado de ti. Sabe mi situación en casa y se alegra mucho de lo nuestro, por eso me ofreció su piso.

—¿No dijiste que yo era la primera persona a quien le explicabas lo de tu matrimonio?

—Aparte de él, sí. Es como mi hermano y lo sabe todo de mí.

Que me incluyese en la intimidad que compartía con su mejor amigo me halagó. Lejos de verlo como una fanfarronería, me pareció una invitación a formar parte de su mundo privado. Porque llevarme a casa de alguien a quien consideraba casi un familiar era todo un gesto de confianza.

Al cabo de media hora llegamos al barrio de Valverde, el antiguo pueblo de Fuencarral incorporado a Madrid desde hacía pocos años. Su esencia aldeana se percibía aún en el conjunto de viejas casas que rodeaban edificios recientes, construidos tras la masiva llegada de inmigrantes procedentes del campo. A una de estas viviendas fue adonde me condujo Martín.

Unas nubes sombrías cubrían el cielo hasta entonces radiante. Se habían impuesto sobre el lozano sol de mayo y daban al inicio de la tarde un aire otoñal. Al sentir el descenso repentino de la temperatura me abroché la rebeca. Aun así, temblaba un poco ante la perspectiva de lo que podía suceder en la vivienda.

Al entrar en el portal, y a pesar de que la oscuridad me impedía ver con claridad, pude distinguir una cierta sordidez. En esa miseria descarnada percibía con claridad la huella de la impureza, y tuve la sensación de que me sumergía en un mundo indecoroso. Para tranquilizarme me convencí de que debía confiar en Martín. Me sentía ligada a él por una lealtad que se nutría de la atracción y la necesidad que sentía de su compañía.

Mientras lo seguía por la escalera, mis latidos se aceleraron. De pronto, sentí una oleada de calor y el impulso insensato de salir huyendo. Pero el deseo era aún más alocado, por lo que seguí ascendiendo.

Cuando extrajo la llave y la introdujo en la cerradura, sentí que las piernas me temblaban. A diferencia del encuentro que habíamos tenido en su despacho, en esa ocasión me sentía desvalida. Esa vulnerabilidad me acercaba aún más a él y, al mismo tiempo, me dejaba en su poder.

En cuanto abrió la puerta, entré en el piso con rapidez. No me pareció que fuese una vivienda, sino más bien una habitación, pero no tuve tiempo de decir nada porque el director me empujó contra la pared y me inmovilizó con su cuerpo.

La claridad del sol velado por las nubes se filtraba por las rendijas de la única ventana. Era una iluminación lánguida que lo teñía todo de un gris frío. Sin embargo, yo no sentía ese helor, sino una incandescencia que me inflamaba los sentidos.

Martín me había quitado la rebeca y acariciaba mis pechos desnudos tras liberarlos por el escote del vestido. Yo me dejé hacer, incapaz de resistirme.

Había pensado que conversaríamos un poco antes de entregarnos a la pasión, que me explicaría algo sobre su amigo y el lugar donde estábamos, pero no fue así. Por eso intenté sonsacarle mientras me entregaba a sus caricias.

—¿Aquí vive Álvaro? Parece un cuarto de alquiler.

Él hizo como si no me escuchase y empezó a desnudarme. Quise protestar pero me ignoró, por lo que me abandoné a ese tacto que tanto me encendía.

Era la primera vez que el director me veía desnuda, ya que en el despacho sus incursiones se habían producido bajo la ropa. Ahora, en cambio, mi cuerpo estaba expuesto ante Martín, a su total disposición, y se dedicó a palparlo a su antojo.

La rapidez con la que me había despojado de mis prendas me asombró, pero aún más el hecho de que él siguiese vestido. Se había quitado la chaqueta nada más entrar, no obstante, continuaba con la camisa y los pantalones puestos mientras manoseaba mi cuerpo desnudo.

En cierto momento, el director me pidió que me girase. De espaldas a él, sentía más que nunca

mi fragilidad; sin embargo, la seguridad que mostraba con sus actos me animaba a hacerle caso. Al ponerme de cara a la pared noté que se apartaba. Entonces me dijo que me inclinara un poco, que separase las piernas y apoyase las manos en el tabique. Yo sabía la perspectiva que le ofrecería desde ese ángulo. Mi sexo ofrecido, mi postración entregada a su deseo. Era consciente de la provocación dócil de ese vasallaje y, a pesar de ello, lo complací.

El primer azote, aunque suave, me sorprendió. Quise protestar, pero su voz grave me susurraba y supe, por su cadencia, cuanto disfrutaba con aquello.

—¿Te gusta? —preguntó—. ¿Quieres que siga?

Mis ansias de satisfacerlo se impusieron a mis reparos y asentí. Junto al deseo de complacerlo latía, además, una pulsión animal que me doblegaba. Esa fuerza primitiva me despojaba de mi voluntad como él me había despojado de la ropa.

Cuando dejé de azotarme, sus manos pasaron de mis nalgas a estimular mi sexo abierto. Notaba en la piel la quemazón de sus palmadas, pero el ardor que me provocaban sus tocamientos me abrasaba aún más. El placer que experimentaba era mucho mayor que el que había sentido en el despacho. Seguía apoyada en la pared, sin poder verlo, pero sintiéndolo más que nunca.

De pronto se detuvo y, por unos segundos, dudé si debía girarme. Entonces, noté la fricción de su miembro que recorría la hendidura situada entre mis muslos. Se deslizó varias veces por el pliegue de mis humedades antes de penetrarme con rudeza. Luego, me agarró por las caderas y me embistió con energía.

Se movía con tanto brío que tuve que hacer fuerza con las manos para evitar que sus envites hiciesen que me golpease contra la pared. La estimulación que hacía poco había sentido se perdió en el vértigo de ese movimiento febril. Parecía poseído por el mismo afán salvaje e instintivo que yo. Y en esa vehemencia irracional nos fuimos fusionando hasta que llegamos al clímax.

Cuando todo se detuvo, me di cuenta de que la penumbra era menos sombría. El sol debía de haberse abierto paso entre las nubes plomizas y su claridad traspasaba ahora los resquicios de la ventana. Esa iluminación discreta me devolvió a la realidad de mi desnudez y me apresuré a vestirme.

Mientras lo hacía me fijé en que estábamos en una estancia sencilla, como había intuido al entrar. Una habitación de apenas veinte metros con un armario, un par de sillas y una cama que ni siquiera habíamos utilizado. Pensé en decirle algo, pero no quería provocar una discusión y hacer el trayecto de regreso al sanatorio disgustados. Así que opté por callar y esperar un momento más idóneo.

Cuando Martín cerró la puerta con llave, unas voces en el rellano nos alertaron de que alguien subía las escaleras. Me sofoqué de vergüenza al imaginar lo que pensarían al vernos juntos. Pero enseguida me tranquilicé al darme cuenta de que la penumbra del descansillo nos proporcionaba una cierta ocultación.

Aun así, al cruzarnos con ellos pude ver con nitidez que no se trataba de ningún vecino, sino de una pareja vulgar y obscena que me encaró de golpe con la realidad. Él iba bien vestido, con traje cruzado y sombrero gris, pero ella llevaba un atuendo tan provocativo que rozaba la indecencia. Además de un escote excesivo y una escasez de tela que dejaba bien poco a la imaginación, iba muy maquillada. Los labios, de un rojo intenso, el lunar oscuro que se había pintado en la mejilla, y el pelo teñido de rubio la convertían en una esperpéntica imitación de Marilyn Monroe.

Al pasar por nuestro lado ni siquiera se molestaron en controlar sus instintos. Siguieron pegados como dos animales en celo, y ella no paró de reír de manera escandalosa mientras su galán le babeaba el escote y le magreaba las nalgas sin ningún pudor.

Yo no sabía hacia dónde mirar ni cómo ignorar el eco de sus risas ordinarias hasta que, de repente, me di cuenta de dónde estábamos en realidad. Una llamarada de bochorno prendió en mi pecho y la cara empezó a arderme. No podía contener tanta vergüenza. Martín me había llevado a un *meublé*, lo que nos convertía también en un par de pervertidos.

Entonces nos vi, a él y a mí, como la imagen especular de aquella pareja repugnante. Un reflejo que me mostraba como a una auténtica fulana.

Segunda parte

DIAGNÓSTICO

Cura a veces, trata con frecuencia, consuela siempre.

HIPÓCRATES

Un alma triste puede matar más rápido que un germen.

JOHN STEINBECK

Colmenar Viejo, 15 de junio de 1955

Querida familia:

Estos días tengo mucha faena, pero no quería dejar de escribiros ya que aún pasará algún tiempo antes de que podamos volver a vernos. Almudena ha cogido vacaciones y hasta que no regrese no tendré ningún día libre. Pero bueno, el verano acaba de comenzar y pronto yo también disfrutaré de mi merecido descanso.

Espero que por casa todo siga bien y mamá ya esté recuperada de ese dichoso catarro primaveral. Aquí las cosas continúan como siempre, aunque el hecho de que mi compañera no esté hace que tenga que ocuparme de algunos de sus pacientes, lo que me da más trabajo. La echo mucho de menos, no porque ahora esté más atareada, sino porque me apoya y me da buenos consejos. Es curioso, pero incluso añoro sus charlas sobre sor Pilar, cuando me explicaba las sospechas que tenía de sus viajes al sótano.

Por cierto, desgraciadamente, hace unas semanas uno de mis pacientes falleció. No pude hacer nada por él porque tenía los pulmones destrozados por el tabaco, pero aun así su muerte me afectó. Almudena fue de gran ayuda para animarme, sobre todo porque, antes de morir, el enfermo se empeñó en confesarme que había oído a la hermana hablar con el fantasma. Ya sé que los moribundos suelen desvariar, pero lo vi tan lúcido que me impresionó lo que me dijo.

Es curioso porque cuando se lo conté a la doctora Tejedor, esta no se sorprendió tanto como yo esperaba. Incluso admitió que sospechaba que la monja tenía algo que ver con la leyenda sobre el espectro. Para justificarse me dijo que la naturaleza está llena de fenómenos inexplicables para la ciencia, rarezas que escapan a nuestra comprensión y que diferentes doctrinas llevan estudiando desde la Antigüedad. Al principio me dejó de piedra que una persona con su formación y experiencia pudiese creer en prácticas como el espiritismo, los exorcismos y similares, pero ahora empiezo a verlo de otro modo. Aún no lo sabemos todo del universo y, entre sus secretos, podría hallarse la explicación a apariciones y ruidos espectrales como los que se escuchan en el sanatorio.

Por suerte hace ya mucho que no he vuelto a oír hablar sobre el fantasma. Los pacientes no han vuelto a mencionarlo y las noches son tranquilas. Confío en que esta situación se mantenga, ya que la relación con sor Pilar es algo tensa. Aún desconfía de mí por haber indagado sobre el pasado del sanatorio y por haberla visto en la zona de dormitorios del personal. Creo que sabe que me di cuenta de que me mintió al decirme que visitaba a la enfermera Puri, cuando, en realidad, a quien

había ido a ver era a Victoria. No sé el motivo que la llevó hasta su cuarto de noche y a hurtadillas, pero prefiero no indagar para no empeorar mi relación con ninguna de las dos.

La enfermera Victoria también está distante conmigo, a pesar de la simpatía que nos unió desde el principio, cuando me pedía consejo sobre temas médicos y yo la animaba a que siguiese su vocación a pesar de la oposición de su familia. He pensado en dejar pasar un tiempo antes de volver a intentar hablar con ella. Sería una lástima que por culpa de algún malentendido se acabase nuestra amistad.

Pero no os penséis que todo son preocupaciones y trabajo, ayer el director me llamó a su despacho para comunicarme que me suben el sueldo. Según me explicó, han valorado mi desempeño en el sanatorio y quieren compensarlo con un aumento de salario. Me halaga que reconozcan mis méritos con una mayor remuneración, pero también me gustaría que lo hiciesen dándome más responsabilidades. Mi colega, el doctor Guillermo Aguado, que es de mi edad y no lleva mucho más tiempo que yo aquí, tiene más competencias y sus opiniones son tenidas más en cuenta que las mías. Por eso, ahora me esforzaré aún más. Quiero que vean que estoy tan capacitada como él, así que seguiré poniendo todo mi afán en el trabajo.

Me da mucha seguridad el apoyo de mis colegas, pero en estos momentos solo cuento con el de Almudena. Por suerte ya me he ganado la confianza de muchos de mis pacientes, que han dejado de verme como a una joven inexperta. A ello han contribuido no solo los buenos resultados de mis diagnósticos, sino el ejemplo de Julio, el primer enfermo que traté. Es periodista y muy culto. Me sorprendió que conociese la historia de la doctora Aleu, la primera mujer licenciada en Medicina en España. ¿Recuerdas, papá, la cara que puse cuando me explicaste su historia? ¡A mí que me parecía durísimo estudiar para doctora siendo mujer! Pero comparada con la de ella, mi trayectoria hasta licenciarme fue un camino de rosas.

Bueno, me despido ya y aprovecho para enviaros todo mi cariño.

Vuestra hija y hermana que os quiere,

PALOMA

Era la primera vez que veía a Almudena callada durante tanto tiempo. Ni una sola vez me había interrumpido mientras me sinceraba con ella. Se limitó a escucharme con interés, sin escandalizarse, expresando con sus muecas su creciente preocupación.

Aquella misma mañana se había incorporado al sanatorio, después de pasar unas semanas con su familia. Yo habría querido esperar algo más antes de confesarle mi aventura con Martín, pero estaba tan angustiada que no pude reprimirme y se lo conté todo la misma noche de su llegada.

Desde que el director me había llevado al *meublé*, habíamos vuelto a intimar en un par de ocasiones. Y, al igual que la primera vez, tras tener relaciones, Martín se había distanciado de mí. No volvía a saber de él en días ni lo veía por ningún lado.

Por alguna extraña razón, parecía que necesitaba una ruptura abrupta entre cita y cita. Un alejamiento que sofocaba mi ilusión y convocaba mis dudas hasta que volvía a aparecer cuando menos lo esperaba.

—Doctora Sanz —me había dicho cinco días después de que me llevase al *meublé*—, cuando tenga un momento pase por mi despacho, por favor.

Me habría gustado decirle que de eso nada, ya que estaba disgustada con él. En el trayecto en coche hasta el sanatorio, tras haber estado en la casa de citas, le había preguntado por qué no me había dicho a dónde íbamos en realidad, a lo que él respondió con un tenso silencio. Luego me había evitado, privándome de la oportunidad de aclararlo.

Que volviese a mí de improviso, como si nada hubiese ocurrido, me desquiciaba, pero era mi superior y no tenía más remedio que obedecerlo.

—Voy a subirte el sueldo.

Esa declaración sin preámbulos me pilló por sorpresa. Ante mi estupefacción, siguió hablando.

—No hace falta que te diga lo satisfecho que estoy de ti, y no me refiero solo a lo profesional... Siempre he sabido lo inteligente que eres, aunque aún tienes que pulir algunas cosas.

—Por supuesto, y me esforzaré para que así sea. Muchas gracias.

—¿Te ocurre algo, Paloma?

—No me gustó cómo me trataste en el coche, y no me gusta que desaparezcas y de pronto actúes como si nada.

—Bueno, sabes de sobras cuál es mi situación y que tenemos que ser discretos, no te he engañado en ningún momento. Si queremos vernos tiene que ser así, a escondidas y en sitios que

tampoco son lo que yo querría. Lo hago más por ti que por mí, para proteger tu reputación. —Hizo una pausa y me miró de arriba abajo con deseo. Al volver a hablar su voz se suavizó—. Lo importante es que estemos juntos. Porque lo pasamos bien, ¿verdad? Sé que disfrutas y que estás deseando que volvamos a vernos a solas.

Sus palabras tenían un timbre almibarado y su mirada un brillo que me encandiló. Bastó con que me agarrase de la bata y tirase de mí hacia él para que cediese a su abrazo. En unos segundos tenía sus dedos bajo el nailon de mis bragas y conducía mi mano hasta el bulto de sus pantalones. Al acariciarlo pude notar la rapidez con la que crecía su erección. Martín no tardó en retirar sus dedos de mi sexo para desabrocharse y mostrarme su pene enhiesto.

Con una delicadeza firme, llevó otra vez mi mano hasta él para que lo acariciase. Era la primera vez que tocaba su miembro desnudo. Estaba caliente y húmedo. Empecé a friccionarlo con suavidad, pero él guio mi mano para darle el ritmo que deseaba. Sus jadeos avivaron mis ansias de complacerlo.

Al cabo de un rato, presionó mis hombros hacia abajo, indicándome que me arrodillara. Quise preguntar, pero me interrumpió antes de que pudiese decir nada.

—Ya te he dicho que estoy muy satisfecho de ti, pero sé que puedes mejorar. Y disfrutarás tanto como yo.

Su halago hizo efecto y accedí a lo que me pedía. Mi deseo de agradarle era mucho mayor que mis reparos, así que me incliné y puse mis labios sobre su glande. Noté su tersura, acuosa y vibrante, y pasé por ella la punta de mi lengua. No sabía muy bien qué debía hacer, pero él volvió a conducirme, esta vez apartándome el pelo de la cara y poniendo sus manos sobre mi nuca. La presión me hizo abrir la boca y noté cómo se introducía en ella parte del pene. Al notarlo sentí cierta repulsión, pero los movimientos pélvicos del director no me dejaban más alternativa que succionar. La imagen de la mujer del *meublé* cruzó mi mente, pero la aparté enseguida.

—Yo no habría hecho algo así por todo el dinero del mundo, Almudena —le dije a mi compañera la noche en que le confesé mi secreto—, pero lo quiero con todo mi corazón y me gusta que disfrute, que sea feliz conmigo.

—Me sabe mal decírtelo, pero no creo que eso sea amor. Ten cuidado, Paloma, porque me da muy mala espina y me temo que lo que quiere es que seas su querida. ¿Has vuelto a tener relaciones con él después de lo del despacho?

—Sí, la semana siguiente. Me pidió que me comprase un picardías y que me lo pusiese la noche en que él tenía guardia, aprovechando que tú no estabas.

—¿Os visteis aquí?

—Sí.

—¡Madre mía, Paloma! ¿No te das cuenta? Te quiere para lo que te quiere. ¡Si hasta te pide que te compres un *negligé* y que lo esperes en nuestra habitación!

Pensé en justificarme diciendo que yo también disfrutaba con aquello, pero sabía lo que Almudena quería decir. Martín me estaba utilizando y, si yo no lo detenía, acabaría haciéndome mucho daño.

—Tienes que dejar de verlo —me dijo mi compañera—. Hace un tiempo, Puri me contó que le parecía que su compañera de cuarto se entendía con él.

—¿El doctor Ramos y Victoria?

—Sí, tu amiga la del Veronal. No le hice mucho caso, porque son los típicos chismorreos que se cuentan sobre médicos y enfermeras. Pero ahora estoy segura de que tenía razón. Eso explicaría la adicción de la chica a los ansiolíticos.

—Y su cambio de actitud hacia mí...

—Exacto. Paloma, hazme caso, aléjate cuanto antes de ese hombre. Ya sé que trabajando juntos es difícil, pero tienes todo mi apoyo. Ponle distancia, ¿no ves lo fácil que le resulta a él? Pues tú igual, evítale cuanto puedas. Mantén la cabeza fría y, sobre todo, piensa en ti.

Hablar con Almudena me ayudó a ver con claridad lo que ya intuía. Hasta entonces, mis pensamientos habían oscilado entre la certeza de que Martín jugaba conmigo y las justificaciones absurdas que urdía mi mente para consolarme. No quería asumir que había vuelto a topar con una persona egoísta y embustera, por lo que ideaba posibles excusas que lo disculparan. Que su mujer era celosa y controladora, que el trabajo lo absorbía, que tenía miedo por alguna experiencia del pasado o, incluso, por el amor que sentía por mí eran algunos de los pretextos con los que me autoengañaba.

Además, intentaba ponerme en su lugar, verlo desde su perspectiva de padre de familia y mi superior, para ser aún más comprensiva. Temía asustarlo con mi deseo de cercanía, de confianza, de compartir, y que acabara por perderlo.

Me preguntaba si no sería yo demasiado exigente y si no debería conformarme con ese goce limitado, sin esperar nada más. Pero me apenaba pensar en renunciar a la ilusión. Porque, ¿qué es el deseo sin esperanza? Nada más que la satisfacción puntual de una necesidad. El cumplimiento de un anhelo al que se despoja de todo su ritual.

—Quería agradecerle lo que ha hecho por mí estos meses, doctora Sanz.

Ver a Julio vestido al entrar en su habitación del pabellón de hombres me pilló desprevenida. Desde que me había despertado la mañana siguiente a la conversación con Almudena, no dejaba de pensar en lo que habíamos hablado. El sobresalto hizo que volviese a aterrizar en la realidad.

Me fijé en que la ropa le hacía parecer más alto y robusto. Y vi que, a pesar de que me sonreía, en sus ojos flotaba una sombra de tristeza.

—¿Se marcha? —le pregunté sorprendida.

—Sí, el doctor Ramos me ha dado el alta. Pensaba que ya lo sabría.

—Bueno, he venido aquí directamente, seguro que cuando vaya a la sala de reuniones el director me pondrá al día. Me alegro mucho por usted, Julio.

—Sé que lo hace porque es gracias a usted que estoy curado. Le estoy muy agradecido. Además, he disfrutado mucho de las conversaciones con usted. ¡Es lo único que voy a echar de menos!

No pude evitar sonreírle. Yo también lo había pasado bien charlando con él. Pero mi antigua herida y la atracción por Martín me habían frenado hasta tal punto que había acabado por interponer un muro invisible de suspicacias entre Julio y yo.

—¿Le parecería bien que la invitase a tomar un café el próximo domingo? —me preguntó, rompiendo la tensión que se había instalado entre nosotros por unos segundos—. A la hora en que esté libre, por supuesto.

—Trabajaré por la mañana, pero estaré encantada de quedar con usted por la tarde.

—Estupendo. Podríamos ir al Café Comercial, su chocolate con churros es exquisito.

No me extrañó su propuesta, ya que ese local histórico y castizo estaba muy vinculado al mundo literario. El poeta Antonio Machado se contaba entre sus clientes ilustres, y me preguntaba si quizás Julio habría asistido a alguna de las tertulias de periodistas que se celebraban allí.

Durante el resto de la jornada dejé a un lado mi rabia hacia el director por haber dado el alta a un paciente mío y estuve valorando las consecuencias de un encuentro con el periodista. Aunque no se tratase de una cita, deseaba que fuese capaz de paliar la pasión arrebatadora que sentía por Martín. Pero lo cierto era que no me apetecía demasiado quedar con él y que solo había aceptado por cortesía.

—Necesitas distraerte, Paloma, haces muy bien en salir con ese chico si le tienes simpatía —me dijo Almudena más tarde, cuando se lo conté—. Por cierto, ¿cómo es que el director le ha dado el alta? Tendrías que haber sido tú.

—Lo sé... Y me ha molestado bastante, no te creas. Espero que me lo explique y que tenga un buen motivo.

—Ojalá me equivoque, pero tengo la impresión de que o quiere ningunearte o le molesta la competencia. Quizás sean las dos cosas...

—¿A qué te refieres?

—Pues que dándole el alta a Julio sin consultarte demuestra lo poco que respeta tu trabajo. Aunque también puede que lo haya hecho porque considera que eres de su propiedad y le fastidia que tengas buena relación con él.

Los argumentos de mi compañera me dolieron, pues me resistía a creer que Martín fuese tan mezquino. Una cosa era que fuese un tenorio y otra muy distinta, un canalla.

Opté por no decirle nada. No quería que pensase que estaba cegada por Martín, aunque lo más probable era que así fuese.

Estaba tan impresionada con las imágenes de la pantalla que acaparaban mi atención casi por completo. Era la primera vez que veía una película en Cinemascope, y su sistema panorámico conseguía envolverme como por arte de magia.

Había sido idea de Martín que fuésemos esa tarde a ver *Río sin retorno*, un film ambientado en el lejano oeste con Robert Mitchum y Marilyn Monroe como protagonistas. Me lo propuso el mismo día que fui a su despacho para preguntarle por qué había dado el alta a Julio.

—El doctor Aguado me ha dicho que el señor Aranda ya no necesita ni el tratamiento ni los controles hospitalarios. Así que hemos decidido que siga con la medicación en su casa. Le haremos revisiones periódicas.

—¿Qué? ¿Habéis tomado una decisión sobre un paciente mío sin ni siquiera consultarme?

—No te pongas así, Paloma. Tú has hecho un buen trabajo, por eso he decidido darle el alta.

—¡Sí, consultándolo con otro médico en lugar de conmigo!

—Es que entonces no habrías venido a verme... y ya sabes que las sesiones contigo las prefiero a solas.

Su sonrisa burlona me hizo dudar de si hablaba en serio o de si se trataba de una de sus ironías. Antes de que pudiera replicar, añadió:

—Para compensártelo te invito al cine esta tarde. ¿Te gustaría ver la última de Marilyn Monroe? Me han dicho que es espectacular, y no solo por ella...

Yo estaba tan indignada que ni le contesté. Me limité a dar media vuelta, ignorando su propuesta. Pero él no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente.

Antes de que llegase a la puerta, lanzó al fin una disculpa.

—Tienes razón, Paloma, me he precipitado y lo siento. Déjame que te compense.

Yo aún dudaba, porque seguía sin entender esos cambios de actitud y no estaba convencida de que su arrepentimiento fuese sincero. Habría querido seguir mostrándome fría y tajante, como me había aconsejado Almudena, pero eran tantas las ganas que tenía de estar con él que acabé por ceder después de unas cuantas frases zalameras.

Seguía aferrándome a la idea de que eran sus inseguridades y sus miedos los que lo impedían entregarse. Estaba segura de que era cuestión de tiempo que superase lo que fuese que lo frenaba y se abriese al futuro que yo vislumbraba para los dos.

Esa tarde canicular de julio me enfundé en un vestido blanco con lunares azul marino, muy

ceñido y que me dejaba los hombros al aire. Hasta entonces, mi forma de vestir había sido mucho más formal, pero mi deseo de agradar al director me empujaba a lucir modelos más sensuales y atrevidos.

Al llegar al vestíbulo me crucé con Victoria. Creo que le costó reconocerme, ya que me miró con asombro. Luego nos saludamos con frialdad y vi que una mueca de antipatía le deformaba el rostro. Esa mirada suya hizo que me estremeciese a pesar del calor. Pero la ignoré y salí en dirección a la parada del autobús.

Para evitar que nos viesan marchar juntos, Martín y yo habíamos pactado quedar directamente en el cine Dos de Mayo, en el barrio de Maravillas. No era la primera vez que quedábamos en algún lugar de la ciudad, ya que era imprudente que nos viesan juntos en su coche demasiado a menudo.

—Caramba, si te tiñeses de rubia parecerías Marilyn Monroe en *La tentación vive arriba* —me dijo nada más verme.

Haber logrado mi objetivo de gustarle me animó. Cuando estaba a su lado experimentaba tal transformación que hasta mis percepciones cambiaban. Era como si convocase a una nueva Paloma, más vital e irreflexiva pero, sobre todo, mucho más sensual y femenina.

No obstante, esa metamorfosis era tremendamente cambiante. Un gesto de desaprobación suyo o una evidencia de mi maleabilidad bastaban para desvestirme de ese vigor voluptuoso y salvaje y convertirme otra vez en la Paloma de siempre.

La envolvente visión del wéstern no fue suficiente para acallar del todo mis pensamientos. Tener a Martín tan cerca me alteraba, lo que hacía que de vez en cuando me evadiese de la película a pesar del sonido estereofónico y la pantalla panorámica.

Cuando menos lo esperaba, las dudas volvían a asaltarme. ¿Qué hacía en el cine con un hombre casado?, me preguntaba. ¿Por qué no había hecho caso a las advertencias de Almudena y lo había evitado?

Para reafirmarme me decía a mí misma que el director merecía otra oportunidad, que no debía rendirme tan pronto, dado que su situación era muy complicada. Para animarme recordaba que la atracción que sentíamos había surgido de manera inmediata y espontánea, y lo mucho que ambos teníamos en común.

Estaba convencida de que Martín tenía razón en lo que me había dicho en nuestra primera cita: que no había sido el azar quien había hecho que nos conociésemos, sino el destino. Y yo no podía desoír su llamada poderosa.

La voz dolorida de Marilyn se enredó en mis reflexiones. Parecía que su personaje sintonizase con mis desvelos para cantarme desde la pantalla:

Love is a traveler on the river of no return

*Swept on forever to be lost in the stormy sea.**

La cadencia de la canción y el semblante conmovido de la actriz me afligieron durante unos minutos. A pesar de no saber inglés, percibí un matiz clarividente en la tonada. Y tuve la certeza de que yo también navegaba por un río sin retorno.

Cuando la película acabó, yo arrastraba aún aquel malestar. Seguí a Martín hacia la salida, rodeada por el resto de los espectadores que iban en nuestra misma dirección. Había menos gente que los domingos pero, aun así, la sala estaba bastante concurrida. Fue una suerte.

No podíamos ni imaginar lo que nos esperaba fuera.

Aunque no la había visto en mi vida, descubrir su figura plantada ante la salida del cine me sobresaltó. Al principio no me fijé en que llevaba cogidas de las manos a dos niñas; el gentío que ocupaba la acera de la calle del Espíritu Santo me lo impidió. Pero en cuanto las vi, supe que era ella.

Me detuve, paralizada por la impresión. Alguien chocó conmigo por detrás y me increpó, pero era incapaz de reaccionar. Solo mi corazón latía acelerado, mientras yo contenía hasta el aliento.

De no haber sido por la reacción de Martín, no sé cuánto tiempo habría seguido así. Verle mantener la compostura me sorprendió casi tanto como la aparición de su esposa con sus hijas.

—¡Luisa! ¿Qué haces aquí con las niñas?

—¿Y tú? ¿Cómo es que no estás en el sanatorio?

—Acabé pronto y me apeteció ir al cine como hago muchas veces, ya lo sabes. Justo al salir me he encontrado con la doctora Sanz, que trabaja conmigo.

El director me hizo un gesto para que me acercase. Yo dudaba, porque veía la incredulidad en la mirada dura y fría de su mujer. Creo que de no haber sido por las crías, que nos miraban con un interés tímido, pegadas a su falda, habría montado un buen escándalo.

—Encantada, señora Ramos —dije, y luego seguí mintiendo—: Vivo cerca de aquí y vengo mucho a este cine. Ha sido una sorpresa encontrarme con el director.

Al igual que en el *meublé*, me sentí indigna y rebajada. Sabía que el fingimiento me envilecía, pero aún más la imagen que proyectaba ante la mirada infantil de las pequeñas. Noté que su pureza desconcertada caía sobre mí con el peso de una maldición.

Arrastré esa carga durante el trayecto de regreso al sanatorio. Sentada en el autobús, notaba una opresión en el pecho, a la vez que me envolvía y lo distorsionaba todo a mi alrededor. Aún no había anochecido, pero para mí la tarde era sombría y su luz daba al ambiente un matiz tenebroso.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Almudena nada más verme entrar en el dormitorio, mientras se cepillaba el pelo—. ¿Otra vez el fantasma?

Negué con la cabeza y me quité los zapatos. Dudaba si explicarle que había vuelto a quedar con Martín. Lo último que necesitaba era que me reprendiese por no haberla escuchado. Pero necesitaba desahogarme con tal desespero que al final se lo conté.

Por suerte se mostró más comprensiva de lo que esperaba. Sin duda, mi compañera intuía que en esos momentos lo que yo más precisaba era su apoyo.

—Bueno, mujer, tampoco ha sido para tanto. No os ha pillado en una situación comprometida, y la excusa es creíble. Ha estado muy bien que le dijese que vives cerca. Así parece aún más posible un encuentro casual.

—No se lo ha creído, Almudena. Se notaba que no quería montar una escena delante de las niñas.

—Y es lógico... Mira, no quiero recriminarte nada porque sé que te arrepientes y que lo estás pasando mal. Lo único que voy a decirte es que te tomes lo que ha pasado como un aviso y des gracias al cielo de que no haya sido peor. Yo de ti pensaría en Julio, que es un buen chico y puedes tener con él una bonita amistad. Y luego ¿quién sabe?... Es este domingo cuando os vais a ver, ¿verdad?

—Sí, por la tarde. Iremos al Café Comercial.

—¡Caramba! Es un sitio estupendo y el ambiente os va que ni pintado.

Decidí seguir el consejo de mi compañera, y durante los cuatro días que me separaban de la cita traté de no pensar a todas horas en Martín. No me resultó tan difícil ya que, como de costumbre, el director me evitó, lo que impidió que hablásemos del incidente con su familia y una posible discusión. Aun así, mis pensamientos revivían de vez en cuando ese momento y tenía que reconducirlos para ahuyentar los interrogantes que me azuzaban. Me moría por saber qué pensaba Martín, cómo había vivido aquella noche en su casa, cuál sería su actitud conmigo a partir de ahora y otras muchas dudas que luchaba por ignorar. Tenía que hacerlo si quería pasar página y encarrilar mi vida de forma decente.

La tarde del domingo llegó y yo me acicalé con un vestido de seda de raso azul claro, de escote cuadrado y falda de vuelo. Cuando llegué a la glorieta de Bilbao, Julio ya estaba delante de la puerta del café, esperándome. Acostumbrada a verlo en pijama, me chocó su imagen. Iba aún mejor vestido que cuando le dieron el alta, con un traje gris de otomán y un sombrero de fieltro del mismo color.

Por su expresión al verme, supe que a él también le había impactado mi imagen. Fue extraño conversar en un ambiente tan distinto al que estábamos acostumbrados; sin embargo, enseguida nos adaptamos. Yo ya conocía ese local que contaba con más de medio siglo de historia. Me gustaba su decoración distinguida, que me transportaba a otras épocas con sus viejos divanes, sus grandes espejos y sus mesas de mármol oscuro.

—Qué recuerdos me trae este sitio... —exclamó mi antiguo paciente nada más entrar—. En aquella mesa, junto a la ventana, despachaba mis colaboraciones para los diarios. Me gustaba ver cómo despertaba la ciudad mirando la glorieta.

—Le serviría de inspiración, supongo.

—Pues sí, la tranquilidad de la primera hora y ver Madrid despertando era muy inspirador.

Espero poder comenzar a trabajar otra vez lo antes posible. Por cierto, puesto que ya no estamos en el sanatorio, ¿no sería mejor que nos tuteásemos?

Asentí y Julio me explicó sus proyectos. Se le veía con ganas de recuperar el tiempo que le había robado su larga convalecencia. Según me contó, un par de amigos y antiguos colegas ya le habían ofrecido ayuda, y en pocos días tendría su primera entrevista de trabajo. Su entusiasmo me contagió y, por unos instantes, mis pensamientos dejaron a Martín en un segundo plano.

Tras explicarme sus proyectos laborales, cambió de tema.

—¿Aún siguen circulando los rumores sobre el fantasma?

—Hace tiempo que no, pero supongo que tarde o temprano volverán... La gente del sanatorio se aburre y necesita emociones.

—Pues sí, Paloma, por suerte o por desgracia es así. Ahora que lo dices, ¿sabías que aquí se cometió un crimen?

—¿En este café?

—Sí. Al poco de inaugurarlo, en 1887. Un policía mató a tiros a una joven modista. Por lo visto, él estaba casado y ella lo rechazó. Las gacetas de la época trataron el suceso como un amor desdeñado.

Tuve la sensación de que el pasado volvía para traerme el eco de los disparos. Y me vi reflejada en ese pretérito con la misma claridad profética con la que me había visto en el *meublé*.

Acordé con Julio que volveríamos a vernos a la semana siguiente. Al margen del sobresalto que me produjo la noticia del crimen en el café, lo habíamos pasado muy bien juntos.

Me sorprendió comprobar que la afinidad que nos había acercado en el sanatorio adquiría un matiz aún más cómplice fuera del ambiente hospitalario. Despojados de nuestra función de médico y paciente, resultaba mucho más natural la aproximación que nos permitiría conocernos. Y, a diferencia de lo que me ocurría con Martín, era agradable hacerlo.

En Julio no había recovecos ni ángulos oscuros que me inquietasen. Tenía mucho por descubrir sobre él, pero eso no me provocaba ningún temor. No me preocupaba molestarlo con mi interés por saber más de él, como me sucedía con el director, por lo que podíamos mantener largas conversaciones. Tampoco sentía la presión de tener que ganarme a cada momento su atención, ya que notaba cuánto me valoraba. En ese aspecto, no tenía duda alguna. Con el periodista todo era fácil y diáfano.

Ese domingo me quedé a dormir en casa de mis padres. Era la primera noche en mucho tiempo que lograba descansar con un sueño placido e ininterrumpido. Volvía a sentirme como años atrás. Con la tranquila despreocupación que da la serenidad.

Había creído que me costaría mucho más superar el desamor y volver a confiar en un hombre. No obstante, era tan poco lo que perdía que me resultaba fácil desprenderme.

A pesar de ello, todavía ansiaba experimentar una pasión correspondida que fuese tan poderosa como la que me había arrastrado hacia Martín. La experiencia había sido desastrosa, sí, pero había generado unas emociones tan espléndidas que me negaba a renunciar a ellas. Quizás, pensé antes de entregarme al sueño, el amor correspondido y real se gestaba de una manera mucho más lenta.

El lunes me desperté animada ante esa perspectiva. Sin embargo, temía el momento de toparme con el director. Era cuestión de tiempo que apareciese de nuevo. Siempre lo hacía cuando me necesitaba.

Por desgracia, no me equivoqué. Aquella misma tarde me hizo llamar para que acudiese a su despacho.

—¿Qué tal por casa? —me preguntó sin más.

—Todo bien, gracias.

—¿Y Julio? ¿También bien, supongo?

Me asombró que supiese que había quedado con él. Pero puesto que nuestra cita no era ningún secreto, supuse que se habría enterado por algún colega.

—Sí. Está buscando trabajo, y creo que lo conseguirá pronto.

—Me alegro por él. ¿Os habéis acostado ya?

—Pero, bueno..., ¿qué pregunta es esa? —La indignación me hizo estallar—. ¡Estás mal de la cabeza!

Di media vuelta para irme, pero él me replicó:

—Tienes razón, Paloma, me vuelvo loco al verte con otro. Sé que yo no puedo ofrecerte lo que quieres y lo entiendo, pero no puedo evitarlo.

—Eso no es excusa, me haces sentir como una fulana.

—Porque me pierdo la pasión que siento por ti. No quiero renunciar a lo que tenemos, aunque de momento sea poco. Tú sabes lo mucho que disfrutamos cuando estamos juntos, y estoy dispuesto a encontrar la manera de que podamos vernos más.

Mi razón quería imponerse y abandonar el despacho, pero la atracción era mucho más potente. Por eso seguí escuchándole.

—Huyamos juntos, Paloma. A Londres, a cualquier ciudad donde podamos ser felices.

—No sabes lo que estás diciendo...

—Claro que lo sé, lo he meditado a conciencia. Desde el día del cine. La reacción de Luisa me hizo ver que no quiero vivir así, escondiéndome de mi fracaso matrimonial. Es absurdo e insano. Si continúo con esta farsa no seré yo el único desgraciado, mi mujer y mis hijas también serán infelices. Vayámonos a Londres, Paloma, allí te valorarán más como profesional. No tendrás las limitaciones que tienes aquí por ser mujer. No necesitaremos ocultarnos ni te arriesgarás a perder tu reputación.

—Pero no es tan fácil, Martín... ¿Y mis padres? ¿Y tus hijas?

—Con el tiempo lo entenderán.

Acabó la frase rodeándome por la cintura. Y yo me rendí a su contacto.

Nos habíamos citado en la terraza de un bar cercano a la Puerta del Sol, y Julio llevaba la batuta de la conversación. A pesar de lo a gusto que me sentía con él, mis pensamientos volaban una y otra vez hacia Martín y tenía que disimular para que no se diese cuenta de mi estado distraído.

—¿Sabías que este callejón antes estaba cubierto?

Nos encontrábamos en el pasaje Matheu, una travesía que conectaba la calle Espoz y Mina con la de Victoria. El aire sofocante de aquel sábado estival se hacía más llevadero bajo el toldo que cubría las mesas en el exterior del local.

La pregunta de Julio avivó mi interés y clavé en él mi mirada, esperando que continuase.

—Por aquel entonces se le llamaba Pasaje Comercial de la Equidad y, según dicen, era el más ostentoso de la ciudad. Estaba cerrado por un techo de cristal y hierro y decorado con esculturas. Se le conocía como Bazar de la Villa, porque dentro había unas galerías comerciales.

—Ahora que lo dices... Algo había oído. Pero no sabía que fuese aquí. Debió de ser hace mucho tiempo...

—Pues sí, más de un siglo. Cuando demolieron el convento que había en esta zona, en la época de la desamortización, un inversor madrileño llamado Manuel Matheu compró el terreno. Por eso el pasaje lleva su nombre. Por aquel entonces estaban muy en boga las galerías comerciales y tuvo la ocurrencia de construir una especie de bulevar en el solar que había comprado.

—¿Un bulevar? ¿Como los que hay en París?

—Exacto, pero en el centro de Madrid. Es curioso, porque años más tarde, dos franceses abrieron sus cafés justo aquí. Los almacenes no habían tenido el éxito que se esperaba y la galería se había ido degradando, así que quitaron la bóveda de cristal, que estaba dañada, y el pasaje lo ocuparon el Café París y el Café de Francia.

—Da la sensación que el señor Matheu fue un visionario...

—Puede, o igual a los franceses les atrajo este sitio precisamente por haber albergado un bulevar como los de su tierra. Lo más gracioso fue que tenían ideologías políticas opuestas: uno de los dueños era monárquico y el otro revolucionario. Aun así, los dos querían imitar las tradiciones de su país y se esforzaron en convertir el callejón en un pequeño París. Una de las cosas que hicieron para conseguirlo fue sacar las mesas y las sillas a la calle, una típica costumbre parisina. Pero como aquí nunca se había visto, resultó muy chocante para los madrileños.

Una vez más, Julio me hizo viajar al pasado encandilándome con sus historias. No pude evitar preguntarle:

—Pero... ¿Y tú cómo sabes todo esto?

—Hará un par de veranos hice un reportaje sobre las terrazas madrileñas y me enteré de que habían surgido en este pasaje a finales del siglo pasado. En concreto gracias al Café París y al Café de Francia. A los franceses que visitaban Madrid les parecía estupendo y se pasaban por los dos establecimientos, ya que les recordaban a su ciudad. Pero a los madrileños no les gustaba eso de poner mesas y sillas en el exterior. De hecho, se burlaban.

—¿Cómo que se burlaban? ¡Tampoco es tan raro!

—En esa época, sí. Piensa que te hablo de casi cien años atrás, Paloma. La gente decía que el local tenía que ser muy pequeño si tenían que sacar las mesas a la calle. También se quejaban porque les parecía que el mobiliario era un estorbo para los transeúntes.

—Caramba, no tenía ni idea de todo esto... Pero, mira, con el tiempo la moda se impuso.

—Pues sí... Gracias a esos dos franceses podemos estar hoy tú y yo aquí, disfrutando del verano.

Sonreí. Era muy placentero estar sentados en el exterior, protegidos del sol por los edificios que enmarcaban una franja de cielo de un azul diáfano. Aquel bienestar sosegado nada tenía que ver con el inflamado deseo que me provocaba Martín. Un arrebato que siempre se producía a puerta cerrada.

La última vez que lo había visto fue la tarde en que me había propuesto que nos fugásemos. Nada más escucharle, olvidé de golpe toda mi desconfianza. El rencor acumulado durante los últimos días, así como las dudas que me ponían en guardia ante él, se derrumbaron como un castillo de cartas.

Yo quería creerle y contra ese empeño nada podían los recelos.

Cuando me cogió por el talle, me dejé hacer con docilidad. Había permitido que el director me diese la vuelta y se colocase detrás de mí para acariciarme, pegado a mi espalda. Sus manos se movieron con agilidad, primero sobre la bata y luego por debajo. Antes de que pudiese decir nada, me empujó hacia la mesa de su despacho y volvió a girarme para sentarme encima, de cara a él. Entonces, me arremangó la falda y la combinación y me separó las piernas. Sus dedos se deslizaron por la ropa interior antes de apartarla y colocarse entre mis muslos. Intenté protestar, porque tenía que visitar pacientes, pero él me dijo que estaría fuera unos días y que debíamos aprovechar el momento. Luego, se desabrochó la bragueta.

La penetración fue tan repentina que sentí una punzada aguda y gemí de dolor. Él se detuvo unos segundos, sorprendido, pero acabó por introducirme el pene a pesar de mis quejas. A pesar de lo mucho que lo deseaba, estaba tensa por las circunstancias. Solo su voz susurrante, diciéndome que

pronto iba a disfrutar, consiguió que me relajara y que me acoplara al fin a sus movimientos pélvicos.

—Paloma, quiero preguntarte algo.

La voz de mi antiguo paciente me devolvió al pasaje centenario que había albergado un pequeño París. Me incliné un poco sobre la silla para que viese que tenía toda mi atención.

—No sé tú, pero yo me lo he pasado muy bien estas dos veces que nos hemos visto fuera del sanatorio.

—Sí, yo también Julio. Es muy diferente estar así, relajados, en un ambiente más agradable. Y, la verdad, me encanta todo lo que me cuentas.

—Es bueno saberlo, aunque a partir de ahora tendré que prepararme anécdotas para cada vez que nos veamos. —Ante mi cara de circunstancias, el periodista se apresuró a añadir—. Si es que quieres que nos sigamos viendo...

—Pues claro que sí. Me encantaría seguir quedando de vez en cuando.

—A mí me gustaría que fuese a menudo, Paloma. Ahora que ya no somos médico y paciente, nuestra amistad podría ir un poco más allá.

—Bueno, es cierto que desde el primer día hemos tenido afinidad y, la verdad, yo estoy muy a gusto contigo. Pero prefiero que solo seamos amigos.

—Entonces... ¿eso es todo?

—Julio, me gustas mucho y disfruto al salir contigo. En otras circunstancias aceptaría sin dudar lo que me propones de ir más allá, pero ahora no es un buen momento.

Rechazarlo fue doloroso y perturbador. Tenía la sensación que daba la espalda a ese bienestar que siempre se instalaba entre nosotros. Él intentó enmascarar su decepción, pero pude ver con total claridad cómo se extinguía el brillo de la ilusión en su mirada.

—Vaya... No sé si te entiendo... ¿Quieres decir que más adelante sí sería posible?

—Me sabe muy mal decirte esto, pero no, no lo creo... Quiero hacer un cambio en mi vida. Un giro radical. Para eso tengo que irme fuera. Es un proyecto a largo plazo, por lo que no puedo empezar una relación aquí.

—¿Puedo preguntar adónde vas?

—Me ha surgido la posibilidad de trasladarme a Londres. Sé que no será fácil, porque tengo muchos vínculos en Madrid: familia, amigos, trabajo. Pero estoy muy animada con la perspectiva. Es una gran oportunidad profesional... y vital.

Ahora el periodista me miraba con una mezcla de interés y preocupación. Era evidente que no esperaba lo que acababa de contarle, porque vaciló antes de hablar.

—Lo entiendo perfectamente, Paloma, y me alegro mucho por ti. Se te ve ilusionada, eso es importante. Además, Londres es una ciudad donde podrás progresar. Seguro que te adaptarás enseguida. Si necesitas algo, yo podría ayudarte, tengo conocidos allí... ¿Cuándo te vas?

—Vaya, pues muchísimas gracias, Julio, eres muy amable. Pero todavía no he fijado la fecha, es todo muy reciente.

—¡Ah! Pensaba que te habían hecho una oferta profesional para trasladarte allí.

—Bueno, no exactamente. Ya te contaré cuando sepa más cosas, porque es un proyecto que aún se tiene que perfilar.

Su mirada se volvió de pronto escrutadora. Tuve la certeza de que sospechaba algo.

Estaba segura de que Almudena iba a hacerlo conmigo o sin mí, así que preferí acompañarla.

Me había puesto al corriente de lo que planeaba a mi regreso al sanatorio, dos días después de mi cita con Julio, por lo que mi malestar por haberlo rechazado pasó a un segundo plano.

—¡No me lo puedo creer! —le dije escandalizada—. Pensaba que lo habías dejado correr.

—De eso nada, Paloma. Te dije que la hermana Pilar escondía algo y que lo acabaría descubriendo. Este fin de semana, al haber menos personal, ha aprovechado para escabullirse al sótano. Como ya me lo imaginaba, la seguí para ver exactamente dónde iba. Por eso quiero volver esta noche.

—¿Vas a meterte en el cuarto donde la viste entrar?

—Claro, es la única manera de resolver el misterio —bromeó mi compañera.

—Ya, pero tú no eres Miss Marple. ¿Y si te pillan?

—No lo creo, esa zona está siempre desierta por la noche. Pero si te quedas más tranquila, puedes acompañarme.

Esa misma noche me convertí en la compinche de Almudena mientras avanzaba delante de mí buscando las sombras de los pasillos. La quietud sonámbula de los corredores vacíos tenía un aire espectral que me aterraba. Y ese miedo inconsciente se aliaba con mi temor a ser descubiertas.

Con suma lentitud, dejamos atrás la zona de dormitorios. Nos movíamos con sigilo en la penumbra, orientándonos por las formas apenas iluminadas por la claridad lunar. Ese avance fatigoso y paulatino hizo que el recorrido se me hiciese interminable.

Cuando, al fin, conseguimos llegar a las escaleras que conducían al sótano, respiré aliviada. Pero fue un desahogo transitorio, porque enseguida volvió la sensación de peligro.

Al ver a Almudena descender los escalones y perderse en la oscuridad subterránea, la congoja me oprimió el pecho. Aun así, quedó espacio para que mi corazón acelerase sus movimientos, agitado.

De nuevo, el tiempo pareció detenerse. Mientras la esperaba, vigilando para avisarla si aparecía alguien, mi nerviosismo se acentuaba por momentos. Sabía que no habría justificación posible si nos pescaban allí, y eso me llenaba de angustia.

Un rumor muy ligero me puso en alerta. Había percibido en el silencio algo parecido a un roce, un murmullo de tela que anticipaba la llegada de alguien. Con mucha rapidez asomé la cabeza por el umbral oscuro que daba acceso a las escaleras y le susurré a Almudena una advertencia. La oí

apresurarse, pero el bisbiseo se acercaba, así que opté por alejarme. Confiaba en que mi compañera estuviese lo bastante cerca para alcanzarme antes de que pudiesen verla.

Corrí, procurando deslizarme por el pavimento del vestíbulo para no hacer ruido, y llegué hasta el pasillo, jadeante y agitada. Apoyada en la pared umbrosa del corredor pude ver a Almudena detenerse a poca distancia de mí. Por desgracia la descubrieron antes de que pudiese alcanzar las sombras donde yo me ocultaba.

—¡Doctora Tejedor! ¿Se puede saber qué hace aquí a estas horas de la madrugada?

La voz de sor Pilar incrementó mi agitación. Mis latidos aumentaron su ritmo y un calambre me recorrió el cuerpo entero. Solo al escuchar el timbre pausado de mi compañera conseguí calmarme un poco.

—Perdone, hermana, me ha despertado un sonido extraño y me ha parecido que venía del sótano.

—Qué raro... Yo estaba despierta y no he oído nada. Pero, aun así, lo normal es avisar al médico de guardia, no ir a figonear.

—Sí, tiene razón, me ha podido la curiosidad.

—Pues ya sabe lo que dicen: que mató al gato. Le aconsejo que vuelva a su habitación y que ante cualquier problema que pueda surgirle avise al médico o a las enfermeras de guardia.

Pude ver cómo Almudena asentía y se iba sin decir nada más ni una simple frase de cortesía. La tensión entre ellas era más que tangible.

—¿Es que nunca duerme esta mujer? —me dijo una vez en nuestro cuarto.

—Parece ser que no. Quizás tengas razón y sí que esconde algo.

—¡No tengas la menor duda! La puerta del cuarto donde la vi entrar la otra noche está cerrada con llave. Estaba intentando abrirla con un clip cuando me has avisado.

—Espero que no se haya dado cuenta... No sé, Almudena, pero tengo la impresión de que tiene demasiado interés en que nadie se entere de lo que hace ahí abajo, y no sabemos de qué puede ser capaz.

—Sí, yo también lo pienso. Aunque ahora mismo es lo que menos me preocupa —declaró.

Su expresión sombría volvió a provocarme un sobresalto. Pero lo que dijo a continuación me congeló la sangre:

—Antes de que me avisases, mientras intentaba forzar la cerradura, he oído la voz del fantasma.

Me había acostumbrado a la falta de decoro al intimar con Martín, de la misma manera en que me había habituado a la sordidez del *meublé*. La lujuria del director se había ido imponiendo gradualmente, ayudada por mi ansia de complacerlo. Tenía tal temor de romper el frágil equilibrio que nos permitía estar juntos que facilitaba los encuentros y me sometía a sus deseos para no enturbiar los breves momentos en que nos veíamos.

Ante mi permisividad, él se crecía y sus demandas iban aumentando. Me proponía actos sexuales atrevidos, aduciendo que se trataba de juegos estimulantes para los dos, cuya finalidad era acercarnos aún más. Yo le creía porque me decía que eran prácticas que nunca había realizado con nadie y que le abrían por completo el acceso a mi intimidad. Por otro lado quería ser su cómplice en esas fantasías tuyas, ya que así no solo me vería más pasional e irresistible, sino que me vincularía de una manera única y especial a él.

A veces me pedía que fuese a verlo sin ropa interior. Otras, que me vistiese con alguna prenda mía que lo excitaba o con alguna de las que me hacía comprarme para él. Si tenía poco tiempo, nos quedábamos en su despacho para que lo masturbase. Se había aficionado a que lo hiciese con la boca y, a pesar de mis reticencias, con la excusa de evitar el embarazo acabó por conseguir que le dejase eyacular mientras lo lamía.

Los azotes que me propinó el primer día se convirtieron en otro hábito, al que añadió atarme las manos con un pañuelo. Aunque me sentía humillada, no eran sus palmadas en mis nalgas ni mi indefensión ante él lo que me dolía. Lo que seguía haciéndome daño era su frialdad.

Había acabado por aceptar el carácter evasivo de Martín, diciéndome que era producto de experiencias pasadas y que yo debía asumirlo si lo amaba. Sabía que la cercanía conmigo la consideraba amenazante, y que cuanto más intensa fuese, más distancia me pondría después. Pero saberlo y aceptarlo no eliminaba mi sufrimiento. Lo único que lo mitigaba era la esperanza de que aquella situación se resolviese con el tiempo. Mientras tanto, me consolaba fantaseando con Londres y cómo sería nuestra vida juntos una vez nos instalásemos allí.

Como estaba convencida de que Almudena no lo vería del mismo modo, evitaba hablar con ella sobre el director. Le había explicado lo sucedido con Julio y, aunque lamentó que no hubiese aceptado su petición de salir, no me cuestionó nada. Por absurdo que pudiera parecer, le preocupaba la cuestión del fantasma, a pesar de que se esforzaba en disimularlo.

—Estoy segura de que era la voz de un niño —me había dicho la noche de nuestra incursión

nocturna al sótano—. Al hurgar en la cerradura de la puerta lo oí... No entendí lo que decía, pero me pareció oír pasos también.

—A ver si sor Pilar tiene allí guardado un magnetófono y lo que se oye es la grabación de una cinta...

—Pues no se me había ocurrido, Paloma, pero ¿por qué lo haría? En todo caso, hasta que no consiga abrir la dichosa puerta no lo sabremos.

Me resigné al hecho de que mi compañera no cejaría en su empeño. Si ser descubiertas por la monja no había conseguido hacerla desistir, nada que yo dijese serviría.

La insistencia de Almudena me preocupaba, pero mis constantes pensamientos sobre Martín eclipsaban esa inquietud. Esperaba con afán su regreso al sanatorio tras sus vacaciones, y elucubraba maneras de sorprenderlo y satisfacerlo cuando por fin nos encontrásemos. Puesto que el sexo era la única vía de conexión que tenía con él, pensaba que complaciéndolo lograría que se enamorase de mí. Me negaba a aceptar que algo tan inmenso como lo que yo sentía no lo alcanzase también a él.

Volvió a finales de agosto. Un par de tormentas veraniegas habían barrido el calor sofocante, dejando el ambiente fresco y el aire transparente. Esas lluvias vigorizantes parecieron estimular también mi ánimo, feliz de reencontrarlo.

Cuando me propuso ir al *meublé*, lejos de incomodarme sentí que me inundaba una dicha colosal. Ya no me importaba que el lugar fuese sórdido y vulgar. Era uno de los escenarios de nuestros encuentros, una de las regiones del mundo oculto que habíamos creado, y no ansiaba otra cosa que volver a reunirme allí con él.

Como en cada cita, Martín me dijo lo que quería que me pusiese y yo me acicalé con esmero. En la privacidad de la habitación me despojó del vestido escotado y ya nada más me importó. Esa parte carnal que me despertaba hizo a un lado los prejuicios y se volcó tan solo en buscar nuestro placer.

Tras el orgasmo, el director se tendió boca abajo sobre la cama, como hacía siempre. Yo me coloqué a su lado para masajearle la espalda y ver cómo se relajaba.

—Cuando estemos en Londres, tendré mucho más donde elegir —le dije, refiriéndome al conjunto de sujetador y braguitas que acababa de estrenar para celebrar nuestro reencuentro—. Puri me ha dicho que en las tiendas de ropa de allí hay cosas preciosas.

—¿Te refieres a la enfermera? ¿Le has comentado algo?

—Pues sí... Como es lógico, no le he dado detalles, pero le he dicho que tengo previsto mudarme a Inglaterra.

Martín levantó la cabeza, se giró y me miró.

—No tendrías que haberle dicho nada, todavía es pronto.

—¿Pronto? Pero si me lo pediste hace más de un mes...

—Como un proyecto de futuro, ¿no para que nos vayamos enseguida!

—Bueno, pero en unos meses sí, ¿no? Tendré que irlo diciendo...

—Paloma, me encantaría irme contigo a Londres mañana mismo —dijo tomándose las manos

—. Pero mi situación es complicada, lo sabes perfectamente. No puedo coger las maletas y dejarlo todo en unos meses.

La luz balsámica de esa tarde estival se esfumó ante mis ojos. Una espesa formación de nubes había caído sobre mí, como caen las tormentas en los últimos días del verano. Su oscuridad no solo engulló mi alegría, también devoró sin piedad todas mis esperanzas.

Martín captó mi decepción e intentó animarme con excusas y justificaciones.

—Mis hijas son pequeñas aún, no puedo dejar a mi mujer sola con ellas. Tampoco quiero que piensen que las abandono. Hasta que no sean más mayores, no me entenderán.

—¿Pero si dijiste que las hacías infelices al ser desgraciado en tu matrimonio! Y que ya te comprenderían con el tiempo...

—Mira, tú no lo entiendes porque no tienes hijos. Lo verás de otra manera cuando los tengas.

Esa frase fue una estocada directa a mi amor propio. Martín no se conformaba con cuestionar mi capacidad de ponerme en el lugar de una madre, restregándose de paso mi soltería, sino que me anunciaba que no lo sería junto él. ¿Por qué, si no, no había dicho «tengamos» en lugar de «tengas»? Me sentí más humillada aún que cuando sometía mi cuerpo a su lujuria.

La afrenta me dejó aturdida. No podía asimilar tanto desprecio, y los pensamientos frenéticos me impedían organizar una respuesta coherente. Por eso preferí callar. Sabía que si replicaba me iría encendiendo hasta explotar en una tremenda discusión. Y yo no tenía ánimos para enzarzarme en una disputa en la que sabía que tenía todas las de perder.

El trayecto de regreso al sanatorio fue distendido y cordial. Martín conducía tranquilo mientras me hablaba del trabajo, ajeno al efecto que la conversación en el *meublé* había producido en mí.

Como yo nunca había tenido una relación de amantes, había acabado por convencerme de que esa actitud era normal. Las primeras semanas de nuestra relación me asombró mucho, e incluso me sentí dolida ante el desafecto que me mostraba el director después de intimar. Echaba en falta algún gesto cariñoso por su parte o que, al menos, aceptase los que yo le hacía en lugar de rechazarlos y comportarse como si solo fuésemos colegas. Al final lo asumí. Dicen que el amor es ciego pero el mío, además, era muy persuasivo.

No obstante, aquel día no pude aceptar su comportamiento. Eran demasiados los agravios y excesivo el esfuerzo que me demandaba cada vez más tolerancia con él. Mi parte racional había resurgido de improviso. Y me mostraba cómo, de tanto ceder, me había perdido en su deseo, olvidando cuáles eran mis anhelos.

—Paloma, no te vas a creer lo que ha pasado —me espetó mi compañera nada más verme entrar en nuestra habitación—. ¡Me han echado! Me mandan a un sanatorio antituberculoso en Navacerrada.

—¿Qué? Pero... ¿Por qué?

—El director me ha dicho que allí necesitan personal con mi formación y experiencia y que aquí pueden prescindir de mis servicios ya que hay menos enfermos. Es una excusa, sé que me echa porque la hermana Pilar le ha contado lo de la puerta cerrada. No quieren que descubra lo que hay allí, Paloma.

—¿Te lo ha comunicado el doctor Ramos?

—Mujer, es el director... ¿Quién me va a despedir, si no?

No me podía creer que Martín no me lo hubiese contado. Sabía que además de compartir habitación, éramos amigas. Una ira encendida se sumó a mi desengaño. Almudena se dio cuenta al instante.

—¿Has estado con él?

—Sí, esta misma tarde, y me siento fatal. ¡Soy tonta de remate! He dejado que me volviera a enredar con sus mentiras. Le creí cuando me pidió que nos fuésemos juntos a Londres para empezar una nueva vida. Me dijo que iba a dejar a su mujer, que no quería seguir escondiéndose de su fracaso matrimonial...

—No eres tonta, Paloma, no digas eso. Te has dejado llevar por las ganas de amar y de ilusionarte, es lógico. No te castigues por eso, a todas nos pasa alguna vez, o incluso varias veces. Lo que pasa es que has ido a topar con un perla. No dejará de decepcionarte, Paloma, porque no es como tú. No tiene nada que ofrecer.

—Me sabe tan mal todo, Almudena... Debería haberte hecho caso a ti en lugar de a él, pero ¡tenía tantas ganas de que saliese bien! Estaba convencida de poder ayudarlo, de que, al final, él se daría cuenta de lo bien que podríamos estar juntos...

—Si es incapaz de verlo, no es asunto tuyo. ¡Hasta un tonto vería que vales un potosí! Siento repetírtelo, pero es que es así: te quiere para lo que te quiere. Nada más. No le interesa cambiar su vida. Por mucho que se queje, ya le va bien así como está. Tiene a su mujer y a sus hijas, que le dan estabilidad, y contigo hace lo que le viene en gana cuando le apetece. ¡Piensa un poco en ti, chica! Olvídate de ser la salvadora o la sanadora de nadie, que una cosa es dar apoyo y ayudar y otra muy distinta dar manga ancha a quien no lo merece.

Sus reflexiones sacaban a la luz las evidencias que había luchado por ocultar durante las últimas semanas. Enfrentada a esas certezas, una inquina lacerante me rasgaba por dentro.

—No quiero que te vayas —empecé a decir, convocando la tristeza para que mitigase mi rabia—. Hablaré con la hermana Pilar, tenemos que aclararlo, seguro que se puede solucionar. Al fin y al cabo, no hemos descubierto nada que la comprometa.

—Da igual; la cuestión es que no se fía. Y si hablas con ella sabrá que tú también tienes sospechas. Fue una suerte que no te viese aquella noche. Seguramente intuya que algo sabes, pero mientras no tenga pruebas no creo que haga nada contra ti. Prométeme que no dirás ni harás nada, Paloma. Y, ¡sobre todo!, que vas a mandar a freír espárragos al sinvergüenza del director.

—Eso no hace falta que te lo prometa. Lo tengo que hacer por mi salud mental. Puedes estar tranquila, que no hablaré con la monja ni merodearé cerca de la puerta cerrada. ¡Pero te voy a echar muchísimo de menos!

—Ya ves, al final me quedo con las ganas de saber qué hay tras la dichosa puerta. Pero, bueno, confío en que algún día se resuelva el misterio. Y no te preocupes, que tampoco estaremos tan lejos como para no poder vernos de vez en cuando.

Al acabar de decir esto se sentó en mi cama y me abrazó. Mientras lo hacía, aprovechó para susurrarme al oído:

—Otra cosa que quiero pedirte es que vigiles a Victoria. Tengo la impresión de que ella sabe algo también, y es menos peligrosa que la monja.

Tras la conversación con Almudena me sacudieron multitud de sentimientos. Por un lado, la tristeza que me producía su marcha junto con la impotencia de no poder hacer nada y el miedo ante lo que sucedería cuando ella se fuese. Por otro, el rencor contra Martín, que espoleaba mi ira y alimentaba mi indignación.

El director no solo me había utilizado, sino que me subestimaba como profesional. Hasta ese momento había creído que sus halagos eran sinceros. No había querido ver que su actitud hacia mí tenía como único objetivo manipularme. Por eso, una vez tuvo la seguridad que siempre conseguiría lo que quisiese de mí, había dejado de fingir y me demostraba lo poco que me valoraba como médico.

La primera vez que me ridiculizó ante mis colegas fue el día en que decidió dar el alta a Julio, consultándolo con el doctor Aguado en lugar de conmigo. Después volvió a hacerlo en un par de sesiones clínicas en las que me permitió participar, para luego ignorar mi opinión sobre temas asistenciales delante del resto de los doctores. Ese trato denigrante me recordó lo que había vivido con Miguel y decidí que no lo toleraría. No había recorrido todo ese trayecto para volver a la misma situación de ocho años atrás.

Tomar esa decisión hizo que me sintiese aliviada. Saber que ya no tendría que invertir tantos esfuerzos para agradar al director y lograr que me valorase como compañera de vida y de profesión fue un inmenso desahogo. Sentía que había recuperado el rumbo de mi vida y que ya no tendría que luchar por mantenerme a flote en un río que ni tenía retorno ni conducía a ninguna parte. Ahora tenía la oportunidad de navegar hacia un océano lleno de posibilidades en cuyo horizonte vislumbraba a Julio, un hombre que me había demostrado de sobras su confianza. Tanto en mi intelecto como en mi profesionalidad.

Esa nueva perspectiva me ayudó a descansar aquella noche. Lo necesitaba, ya que tenía que estar fresca para enfrentarme al director. Cuando le comunicase mi decisión de romper precisaría de una gran serenidad que resistiese los envites de sus manipulaciones.

Estuve a punto de escribirle una carta para evitarme el mal trago. Con él era imposible tener un final digno, por lo que merecía que me despidiese así. Pero sabía que no se conformaría y que me buscaría para engatusarme de nuevo, así que preferí no alargar el proceso y cortarlo de raíz.

—Se acabó, Martín —le dije sin preámbulos aquella misma mañana, al entrar en su despacho. Su cara de sorpresa al verme mudó en una mueca de desprecio, pero la ignoré y seguí hablando—.

Como sé que no te gustan los reproches, solo te diré que a partir de ahora nuestra relación se limitará a lo profesional.

—Vaya, parece que lo tienes muy claro. Es curioso, porque ayer se te veía disfrutar. Por cierto, estabas guapísima.

—Lo tengo más que claro, doctor Ramos. Es cierto que lo he pasado bien, pero solo porque estaba ilusionada y me hacía feliz pensar en el futuro que planeaba. Pero no fue más que eso, una ilusión.

—Entiendo, es por lo de Londres.

—Es por ti. Por tu inconstancia, por tus desprecios, por tus mentiras, porque en lugar de apoyarme me ridiculizas...

—¿Cuándo te he ridiculizado yo? ¡Si incluso te subí el sueldo!

—Pues cuando no tienes en cuenta mi opinión, cuando antepones la del doctor Aguado o la de cualquier otro a pesar de que se trate de un caso de mi competencia o de un paciente mío.

—Antepongo la opinión de un colega porque los hombres sabemos tomar decisiones complejas. Eso es algo que no se enseña en la facultad ni lo da la experiencia, por más que tú te empeñes en cuestionarlo, Paloma.

—No lo cuestiono, lo afirmo. Las mujeres médicas no solo estamos tan bien preparadas como vosotros, sino que estamos igualmente dotadas. El doctor Aguado tiene mi edad y nuestros logros son muy parecidos. Su opinión es tan válida como la mía.

—Vaya, ahora resultará que estás celosa de él. Esto sí que no me lo esperaba.

—Me da igual lo que pienses, Martín; estoy acostumbrada a que se me exija más por el hecho de ser mujer, así que tus desprecios no lograrán que me rinda. Pero nuestra relación se limitará ahora a lo profesional. Estoy harta de ser yo quien siempre ceda y ponga de su parte.

—¿Pero es que no ves que tu situación es completamente distinta a la mía?! Es muy sencillo juzgar cuando se está soltero y los papás se encargan de todo. Pero los demás no lo tenemos tan fácil como tú, Paloma.

—Tuve que hacer un esfuerzo para no perder los papeles. Su desprecio me ofendió enormemente, pero no quería que viese que me afectaba.

—Hace años que no dependo de mis padres. Deberías saberlo porque te lo he explicado mil veces, pero no hay peor sordo que quien no quiere oír. Mi independencia económica y profesional me ha costado unos esfuerzos y un sacrificio impensables para ti. Así que no me digas que lo tengo fácil cuando eres tú quien busca la comodidad. Tu situación no era ningún problema cuando me perseguías y me insistías. Si no querías cambiarla, no tendrías que haber empezado nada conmigo.

—¡No pude evitarlo! Soy humano, Paloma. En esos momentos pudo más el hombre, pero soy padre de familia y mis hijas me necesitan aún. Lo único que te pido es tiempo, unos años hasta que las niñas sean más independientes.

—¿Años? Yo no puedo ni quiero estar viéndome a escondidas contigo un rato una vez al mes, aceptar que nunca podamos hablar con tranquilidad, no poder salir ni hacer nada juntos, soportar que luego me rehúyas...

—Pero también es excitante tener este secreto, no lo niegues. Yo sé que en el fondo te gusta. Disfrutas dejando que yo lo controle todo y desinhibiéndote conmigo.

Cuando vi que se levantaba de la silla para acercarse a mí, reulé hacia la puerta. Si dejaba que me tocara, volvería a caer.

—Me voy, que tengo mucho trabajo.

—¿Quieres que nos veamos una última vez? Todo lo que hemos vivido bien merece una despedida... O un hasta pronto, quién sabe...

—No, gracias; prefiero dejarlo aquí.

—¿Por qué eres tan radical? Deberías tomarte la vida menos en serio y divertirte. Sabes hacerlo muy bien cuando te lo propones.

Preferí no contestar. No podía permitir que viese hasta qué punto tenía poder sobre mí, pero estoy convencida de que lo sabía a la perfección.

La ciudad

CONSTANTINO CAVAFIS

*Dices: «Iré a otra tierra, hacia otro mar,
y una ciudad mejor con certeza hallaré.
Pues cada esfuerzo mío está aquí condenado,
y muere mi corazón
lo mismo que mis pensamientos en esta desolada
languidez.
Donde vuelvo los ojos solo veo
las oscuras ruinas de mi vida
y los muchos años que aquí pasé o destruí».
No hallarás otra tierra ni otro mar.
La ciudad irá en ti siempre. Volverás
a las mismas calles. Y en los mismos suburbios llegará
tu vejez;
en la misma casa encanecerás.
Pues la ciudad es siempre la misma. Otra no busques
—no la hay—
ni caminos ni barco para ti.
La vida que aquí perdiste
la has destruido en toda la tierra.*

Releí el poema con calma. Le había echado un vistazo cuando me lo dio Julio, pero en esa primera lectura apresurada no había percibido el alcance de sus versos. Por la noche, en cambio, la serenidad y el silencio me hicieron ver su trascendencia.

Nunca antes había oído hablar de su autor, Cavafis. Fue mi antiguo paciente quien sacó su nombre en la conversación que habíamos tenido tres días atrás, durante mi primer festivo tras la ruptura con Martín.

Julio me había citado en el barrio de Tetuán para invitarme a la fábrica de horchata que regentaba una pareja valenciana instalada en Madrid diez años atrás. Quería celebrar que había conseguido un empleo como colaborador fijo en el periódico *Ya*, uno de los diarios más populares por aquel entonces.

Me alegré de volver a quedar con él porque, aunque Almudena me ayudaba como sostén y

desahogo, pronto se iría, y necesitaba el apoyo de alguien más imparcial. Era absurdo, pero necesitaba la opinión de alguien del otro género que me diese la certeza de que yo no era inflexible, de que mis razonamientos eran lógicos y había hecho lo correcto. Además, me sentía en deuda con Julio por haberlo rechazado sin darle siquiera la oportunidad de conocernos un poco más.

—Al final no me voy a Londres —le dije mientras esperábamos que nos trajesen las horchatas.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo?

—Pues la verdad es que sí. Verás, los últimos meses he estado saliendo con alguien y habíamos planeado irnos allí, pero hemos roto. Tendría que habértelo dicho la otra vez, cuando me propusiste salir juntos, pero pensé que te haría sentir mal saber que te rechazaba por otro hombre.

—Te agradezco la sinceridad, Paloma, y lamento que las cosas no hayan ido como te esperabas. Ya me imaginé que había otra persona; es lógico, por eso no tienes que preocuparte. Además, no tienes que darme explicaciones.

—Es que quiero dártelas, Julio. No solo porque te aprecio y porque congeniamos mucho, sino porque en mi entorno no me relaciono demasiado con hombres y puede que no sepa bien cómo tratarlos.

—¿No irás a decirme que piensas que la ruptura ha sido por tu culpa?

Julio se inclinó hacia mí y clavó su mirada en la mía. La aparición de la camarera con las horchatas me dio tiempo a organizar mi discurso, que disfracé con algunas falsedades para no delatarme.

—No es que me considere culpable, pero quizás no he sabido ponerme en su lugar. Él tiene un puesto de trabajo de mucha responsabilidad y, además, sus padres son mayores y están a su cargo. Eso lo limita tanto que solo nos veíamos una vez al mes y apenas hablábamos. Lo de quedar poco lo habría aceptado si hubiésemos mantenido un cierto contacto por teléfono o carta, pero ponía tanta distancia que se me hacía una montaña.

—Bueno, Paloma, no creo que el problema sea que no sepas tratar a los hombres. Yo pienso igual que tú. Para mí es lógico querer pasar tiempo con la persona que te gusta y si, por lo que sea, no es posible, buscaría la manera de mantener el contacto. Míranos a nosotros: hemos quedado tres veces en algo más de un mes. Como dijo Maquiavelo: «No puede haber grandes dificultades cuando abunda la buena voluntad».

—Tienes razón. En realidad, no has dicho nada que no supiese ya... Supongo que aún busco algo a qué aferrarme; es absurdo, lo sé.

—Al contrario, demuestra tu capacidad de amar y que puedes experimentar esa emoción intensamente. La parte negativa tómatela como una lección de vida.

Sorbí la horchata mientras seguía escuchándole. Fue entonces cuando Julio pareció recordar algo y prosiguió:

—Hace poco, un amigo mío, que precisamente ha estado trabajando de corresponsal en Londres, me regaló un libro de poemas. El autor es un poeta griego que yo no conocía. De hecho, aquí aún no se le ha traducido. No publicó nada en vida y hasta hace unos años no vieron la luz sus poemas al inglés. Se llama Constantino Cavafis y ha sido toda una revelación para mí. No se parece a nada que hayamos podido leer, Paloma, pero estoy convencido de que te gustaría.

—Yo no sé inglés, Julio, ¿tú sí?

—Sí. No te lo he contado aún, pero yo también fui corresponsal y estuve viajando, así que aprendí inglés, francés y un poco de alemán.

—¡Caramba! Eso es estupendo, tendrás que contarme más.

—Por supuesto. De momento, deja que te traduzca uno de los poemas de Cavafis porque te ayudará a ver con perspectiva tu situación. Dentro de tres días tengo que ir al sanatorio a hacerme una revisión y te lo llevaré.

La semana que siguió a nuestra conversación, Julio me entregó la traducción del poema, pulcramente mecanografiada en una cuartilla que había metido en un sobre. Solo intercambiamos unas frases de cortesía, porque yo tenía que hacer mi ronda de visitas y él su revisión, pero mientras me alejaba por el pasillo eché un vistazo a los versos.

No sé por qué, pero la palabra *mar* me estremeció. Como si en esas tres letras se encerrase un mensaje remoto y cargado de futuro.

Me acostumbré a leer el poema de Cavafis cada noche, antes de acostarme. A pesar de su contundente final, sin esperanza, sus versos me proporcionaban consuelo e inspiración. Me confortaba reconocer mi error, porque era la manera de no volver a repetirlo.

Hasta ese momento había pensado que irme a otra tierra, hacia otro mar, era un camino a la felicidad. Y que haría ese trayecto junto a Martín, compartiendo los éxitos que nos brindaría una sociedad más preparada para reconocer los méritos de una mujer.

Desde que me licencié, o quizás mucho antes, había cargado con el temor de que cada esfuerzo mío naciese condenado. Luego, a pesar de mis progresos y de las esperanzas que había depositado en el director, su arrogancia y el modo en que me utilizaba habían herido mi corazón en lo más profundo. Así que en esos momentos en que volvía la vista al pasado, descubría que ya todo eran ruinas.

Me había costado reconocerlo, pero con Martín repetía el fracaso que ya había vivido con Miguel. Por eso sabía que no hallaría otra tierra ni otro mar y que la ciudad iría en mí siempre para hacerme regresar, una y otra vez, a las mismas calles. Porque la ciudad era yo y tenía, por tanto, que sanear sus suburbios desolados y lánguidos. Era absurdo malgastar la vida buscando nuevos caminos y barcos en una tierra destruida. A partir de entonces, me decía, pondría mi empeño en mejorar ese lugar que iba siempre conmigo. Esa casa en la que encanecería sin destruir más años y, sobre todo, sin volver a destrozarme el corazón.

Tras romper con el director, tuve que ir adaptándome a los cambios que se producían a mi alrededor. El que más me pesaba era la marcha de Almudena. Se me hacía extraño entrar en la habitación y ver ese orden vacío que ocupaba ahora su espacio. Su cama sin tocar, su mesilla despejada y su parte del armario llena de perchas que oscilaban en el aire deshabitado.

Por suerte o por desgracia, esa situación duró poco ya que, al cabo de un par de días, sor Pilar me anunció que me cambiaban a otro dormitorio.

—Puesto que no hay otra doctora con la que pueda compartir la habitación, la dirección ha decidido que se instale con las enfermeras.

—¿Se lo ha dicho el doctor Ramos?

—Sí, claro; espero que no le moleste. Él está muy ocupado y me ha pedido que se lo comunique yo. Me ha dicho que andamos escasos de espacio y que su antiguo cuarto se utilizará como despacho.

Asentí, resignada, procurando que no notase mi rabia. A pesar de que prefería no tener que hablar con Martín, me ofendió su actitud. Estaba claro que quería vengarse de mí. No le bastaba con haberme alejado de Almudena sabiendo que su partida acentuaría mi soledad, sino que pretendía hacer mi estancia en el sanatorio lo más incómoda posible.

Esa actitud rencorosa avivó en mí una furia desconocida. Me asombraba que, habiéndolo querido tanto, pudiese odiarlo con tal fiereza. Quizás fuese cierto que la trayectoria que iba del amor al odio consistía en un solo paso.

El cuarto donde me ubicaron fue, justamente, el de Victoria y Puri. Creo que a la primera no le hizo demasiada gracia verme allí. Era muy posible que le molestase el hecho de que le resultaría difícil tomar sedantes teniéndome tan cerca. Yo también me sentí violenta, porque no me gustaba que me viesen como a una especie de guardián o policía. Ahora que Almudena no estaba, necesitaba la complicidad de alguien, no que me considerasen una enemiga.

Cuando vi las tres camas comprimidas entre las paredes de aquel dormitorio y me enseñaron mi parte diminuta del armario, entendí la falta de entusiasmo de mis nuevas compañeras. Pero no podía hacer nada. Eran las víctimas colaterales de mi guerra con el director, una contienda que bajo ningún concepto debían descubrir.

—¿Es una carta de amor?

La pregunta de Victoria me desconcertó. Acababa de meterme en la cama y ella preparaba la ropa que se pondría al día siguiente, que libraba. Puri tenía guardia aquella noche, por lo que estábamos solas en el dormitorio.

—Me refiero a lo que hay en el sobre. He visto que lo has dejado en el primer cajón de la mesilla y me fijé que te lo dio el señor Aranda la otra mañana.

—Es un poema, pero no de amor, y como Julio sabe que me gusta la poesía me lo ha traducido, porque estaba escrito en inglés.

—¿Le llamas Julio? Sí que tenéis confianza...

—Pues sí, la verdad, es muy buen chico y muy culto. Ha sido corresponsal en el extranjero y habla varios idiomas.

—Me alegro por ti. —Noté que no lo decía como cumplido; en su sonrisa destelló un brillo de sinceridad—. Sí que es un hombre interesante y ya me fijé que estaba mucho por ti. Hacéis buena pareja.

—Solo somos amigos, Victoria, pero gracias.

—Bueno, por algo se empieza... Yo también estoy empezando algo, ¿sabes? En realidad, es una vieja historia, pero esta vez sé que va a salir bien y estoy muy ilusionada.

Recuperar la buena sintonía con Victoria no me tranquilizó. Lo que me había revelado durante mi primera noche en nuestro cuarto me dejó preocupada. A pesar de que no conocía las razones, veía algo inquietante en su nueva forma de actuar.

—Pero... ¿no ibas a casarte con aquel arquitecto? —le pregunté al recordar lo que me había contado sobre su prometido.

Ella se giró con brusquedad y clavó en mí una mirada retadora.

—Voy a romper con él. ¡Estoy harta de hacer todo lo que quieren mis padres! ¡De ser una hija modélica! Tuve que renunciar a ser médico por ellos, y no sabes lo que me costó que me dejaran estudiar enfermería en la Escuela Nacional de Sanidad. No soportan que trabaje, solo quieren que sea la «señora de». Por eso me presionaron tanto para que me prometiese con Eduardo, pero yo no lo quiero, no puedo evitarlo. Por eso he ido retrasando el momento de fijar fecha para la boda. No me veo con él, Paloma. Con el otro, en cambio, es todo lo contrario. Y no quiero casarme sin ilusión, ni ganas ni nada.

—Pues claro, mujer; casarse es para toda la vida. Tienes que estar muy segura. Supongo que habrás intentado hablar con tus padres...

—Les he dicho que no quiero casarme con Eduardo, del otro no saben nada. Intentan convencerme de que el amor verdadero llega con el tiempo. Me dicen que tenga paciencia y que confíe en ellos, que tienen más experiencia y saben lo que me conviene, que a la larga se lo agradeceré y cosas por el estilo. Están convencidos de que tienen la razón en todo, que su opinión es la única que cuenta. Les da igual que los valores de otras personas puedan ser distintos. Para ellos no hay nada más que la posición social, la buena imagen y el dinero.

—Lo siento mucho, Victoria. Quizás cuando conozcan al nuevo chico cambiarán de opinión...

Por un momento me pareció que la enfermera iba a echarse a reír. Pero se contuvo y movió la cabeza negativamente.

—¡Imposible! En cuanto se enteren me echarán de casa y no querrán volver a saber de mí nunca más.

—¡Que exagerada eres, chica! Seguro que no hay para tanto.

—Bueno, ya se verá. Al tiempo...

Me quedé con ganas de saber más, pero callé. No quería que mi curiosidad estropease nuestra amistad justo cuando acabábamos de recuperarla. Para que viese que respetaba su intimidad, no

hice más preguntas aquella noche. Con mi prudencia, quería demostrarle a la enfermera que estaba dispuesta a adaptarme al ritmo que quisiese dar a sus confesiones. Más adelante, pensé, ya compartiría yo también las mías con ella. Porque si algo había aprendido de Almudena, era que el apoyo mutuo entre compañeras era balsámico.

El día siguiente, Victoria lo pasó fuera. Se fue a media mañana hecha un pincel y volvió bastante tarde. No me costó adivinar que había quedado con su nuevo novio, no solo por lo acicalada que iba, sino por la brillantez que tenía su rostro. Estaba más radiante que cuando la conocí, antes de que el abismo voraz de la adicción la consumiera. Su melena rubia resplandecía incluso bajo la penumbra, y sus ojos chispeaban animados. Creo que también había ganado algo de peso, lo que dotaba a sus formas de una jovial exuberancia.

Toda aquella alegría se me contagiaba. Me alegraba ver cómo la enfermera había logrado recuperarse de la congoja que la había puesto al borde de la drogadicción. Con todo, un presentimiento similar al que me había alertado cuando conocí a Martín no dejaba de angustiarme.

Pensé que mi intranquilidad se debía a mi escepticismo ante una recuperación tan repentina. Superar la dependencia de sustancias requería un largo proceso, y Victoria parecía haberlo conseguido en muy poco tiempo. Para tranquilizarme me decía que yo no era psiquiatra y no podía valorar su grado de adicción.

Este último pensamiento acalló los presagios funestos que clamaban desde mi subconsciente. Aun así, mis instintos aleteaban bajo el alud de emociones que me provocaban las circunstancias. Por un lado, los sentimientos de decepción y rabia que me había dejado la relación con Martín. Por el otro, la incertidumbre que alimentaba mi nueva situación en el sanatorio, junto con el miedo ante posibles represalias por parte del director.

Unos meses atrás habría confiado en que nuestra separación fuese el resorte que le hiciese abrir los ojos. Al darse cuenta de lo que perdía, tal vez apostaría por un futuro juntos. Ahora, en cambio, sabía que eso jamás ocurriría.

Mi error había sido suponer que sus percepciones eran como las mías, pero no era así. Porque el suyo no era un goce compartido, sino un placer hermético derivado del control y del dominio. Fuera de eso, no le interesaba otra cosa que la satisfacción puntual de sus deseos más primarios.

Por eso, la reacción ante lo que él consideraba un desafío había sido castigarme.

Y estaba segura de que eso era solo el principio.

—Hace poco leí en el periódico que abrirán un sanatorio antituberculoso en Zaragoza.

Mi tío Emilio dio una calada a su Farias, esperando mi respuesta. Era mi primer domingo de vacaciones y había decidido pasarlas en casa, ya que coincidían con el cumpleaños de mi padre, el 18 de septiembre. Para celebrarlo, había invitado a su hermano y a su cuñada a comer con nosotros.

La pareja vivía sola, puesto que mis dos primos se habían casado con un año de diferencia, y mis padres acostumbraban a invitarla en todas las fechas señaladas. Durante las sobremesas, mi tío solía comentarme noticias relacionadas con mi profesión y la de mi progenitor. Su mujer, en cambio, era como la tía de Almudena y prefería martirizarnos con preguntas sobre supuestas enfermedades que no padecía. Los únicos trastornos que la aquejaban eran una hipocondría galopante y un incipiente alcoholismo, males reales que, como es lógico, no estaba dispuesta a reconocer.

—Sí —respondí—. Hace tiempo que lo terminaron, ahora el Patronato Nacional Antituberculoso ya no construye sanatorios. Lo que pasa es que no han podido inaugurarlos porque tienen problemas con el abastecimiento de aguas.

—Eso decía la noticia, sí, pero por lo visto ya lo tienen casi resuelto y van a abrirlo en breve. Dicen que será uno de los mejores sanatorios antituberculosos de España.

—Bueno, está claro que lo han diseñado con esa idea. He oído decir que tendrá cuatrocientas camas y los equipos más modernos de exploración. Según me han contado, hay una máquina sueca para el estudio fotorradioscópico que puede hacer más de mil exámenes diarios.

—¿Mil? —exclamó mi padre—. ¿En un solo día? ¡Qué barbaridad! Pues quizás deberías plantearte ir a trabajar allí, parece un buen sitio para progresar.

—Sí, papá, eso parece... Pero a mí no me va mal en Valdealmena, y allí también tenemos servicios de especialidades complementarias con equipos muy avanzados. Además, Zaragoza está muy lejos. En caso de que quisiese cambiar de puesto de trabajo, buscaría un centro cerca de casa.

—Tienes razón, hija; no te ha ido nada mal en el sanatorio y también es muy moderno en cuanto a maquinaria. Lo importante es que te encuentres a gusto allí donde estés. Siempre habrá gente a la que curar en cualquier parte.

Mi tía Herminia, que había aprovechado que el interés general se centraba en la conversación para meterse un par de lingotazos de anís, intervino entonces:

—Pues a mí me parece una buena idea lo que te dice tu padre, Paloma. Deberías considerarlo.

—¿Lo de irme a trabajar al sanatorio antituberculoso de Zaragoza? ¡Caray! Sí que tienes ganas de perderme de vista —bromeé.

—¡No, mujer! Ya sabes que no. Te lo digo porque he leído en *El Caso* que en Valdealmena se produjo un crimen espantoso hace muchos años, y que el fantasma del fallecido se pasea por sus pasillos desde entonces.

—Te dije que no le contases eso a la chica... ¿Cómo se te ocurre mencionar la noticia de una publicación a la que llaman el «periódico de las porteras»? Mi hermano y mi sobrina están por encima de esos chismorreos.

—Bueno, tío Emilio, ese semanario no es una publicación muy seria que digamos, pero algo de verdad hay. Lo que pasa es que no fue un crimen terrible, sino un accidente.

Mi tía estiró su largo cuello y sus ojos se hicieron más grandes en su rostro escuálido.

—¡Ah! Entonces, sí que pasó algo...

—Sí, pero hace muchísimo tiempo. Donde está ahora el edificio, antes hubo un hospicio que tuvieron que clausurar durante una epidemia de cólera. Cuando tapiaron las puertas y las ventanas no se dieron cuenta de que uno de los niños se había quedado encerrado; al notar su ausencia, lo buscaron durante días, pero no apareció. Encontraron sus restos por casualidad, casi cien años después, cuando derribaron el orfanato para construir el sanatorio.

—Eso es, ¡ahora me acuerdo! La noticia hablaba del huerfanito y decía que, recientemente, han vuelto a oírse los lamentos de su alma en pena. ¿Es cierto?

—¡Qué va a ser cierto, tía Herminia! Siempre que se oyen ruidos por la noche se relacionan con fantasmas y aparecidos. Pasa en el sanatorio y en todos los edificios viejos, pero no deja de ser una leyenda más.

El poco rigor científico del semanario *El Caso*, junto con el olor a anís que comenzaba a despedir mi tía, restaba fuerza a su argumento. Aun así, el recuerdo de mis vivencias relacionadas con el espectro me intranquilizó. Era evidente que había algo enigmático en todo aquello, un secreto custodiado por la hermana Pilar y que le había costado el puesto a Almudena. Y, aunque me negase a aceptar que se tratase de un fenómeno paranormal, no dejaba de verlo como un misterio.

La conversación de aquella sobremesa derivó hacia otros derroteros, pero yo seguí angustiada. No dejaba de pensar en la puerta cerrada del sótano y en lo cerca que había estado de saber qué se escondía allí.

Julio tenía la prodigiosa habilidad de librarme del malestar. A su lado, mis preocupaciones quedaban adormecidas bajo su influencia balsámica. Por eso me alegraba cada vez que me proponía quedar, aunque temía que esos encuentros hicieran que se ilusionase, porque aún no tenía claros mis sentimientos hacia él. Sobre todo porque no estaba segura de haberme recuperado al cien por cien de los estragos que Martín había producido en mí.

La tarde en que nos habíamos citado, pocos días después de la comida con mis tíos, la preocupación aún no me había abandonado del todo. Aprovechando que aún me quedaba casi una semana de vacaciones, mi antiguo paciente me había propuesto quedar en el Café Gijón. No me sorprendió, porque era un punto de encuentro de intelectuales y de tertulias literarias. Lo raro era que no me lo hubiese sugerido antes, pero supuse que su trabajo en el periódico lo mantenía ocupado.

Decidí ir andando hasta el café, que estaba bastante cerca de la casa de mis padres, y en menos de cinco minutos me planté en el paseo de Recoletos. Avanzar por aquella avenida, que discurre con elegancia entre las plazas de Cibeles y Colón, me hizo recordar la Feria Nacional del Libro. Cada primavera, sus andenes arbolados, las terrazas y sus tres calzadas se convertían en un alegre bulvar libresco que me encantaba visitar. Las casetas que se alineaban a lo largo de la vía ofrecían a los transeúntes un colorido espectáculo de volúmenes nuevos y viejos, pulcras ediciones, rarezas literarias y todo tipo de publicaciones.

Aquella tarde, el paseo mostraba un bullicio aún estival. La proximidad del otoño pasaba casi desapercibida bajo el derroche de luz que se filtraba a través de las hojas de los árboles. Y esa claridad alegre se sumó a la felicidad que siempre me producía ver a Julio.

—Supongo que ya habías estado aquí antes —me dijo nada más sentarnos a una de las mesas de mármol junto a un ventanal.

—Sí, alguna vez, aunque imagino que tú debes de frecuentarlo más a menudo.

—Ahora hacía mucho que no venía... al estar ingresado. Por cierto, uno de sus parroquianos, Camilo José Cela, también pasó un tiempo en un sanatorio, ¿lo sabías?

—Pues sí. Antes de incorporarme al de Valdealmena, mi padre me regaló su novela *Pabellón de reposo*. Me explicó que cuando la publicaron, hará unos diez años, la prohibieron en los sanatorios antituberculosos para no desmoralizar a los pacientes. La verdad es que el panorama que describe no es muy halagüeño... Menos mal que ahora ya no es así.

Julio se mostró sorprendido. Quizás esperaba poder desvelarme él ese dato, así que, en compensación, decidí provocarlo con una pregunta que le diese pie a explicarme alguna anécdota más.

—Lo que no sé es por qué motivo este café se llama Gijón...

—El fundador era de allí. Gumersindo García, o Gómez según algunos, vino a Madrid a hacer fortuna y escogió un pequeño local en una zona que por aquel entonces no era céntrica. Le pondría el nombre por nostalgia o porque era un romántico, vete tú a saber.

—Pues si la zona no era céntrica, no entiendo cómo pudo tener tanto éxito.

—Porque en verano había mucha afluencia de gente. Eran muchos los que venían a pasear a Recoletos y se tomaban algo en el local. Pero, aun así, no dejaba de ser un simple café de barrio. Lo que pasa es que, con el tiempo, empezaron a frecuentarlo personajes ilustres: políticos como Canalejas, y escritores como Valle Inclán o Pérez Galdós. Luego surgieron tertulias políticas y literarias que se consolidaron y que atraían a personalidades destacadas de esos mundillos.

De pronto recordé lo que solía contarme mi abuelo, un hombre culto y muy viajado, que había sido asiduo del Café Gijón.

—Dicen que hasta la espía Mata Hari lo visitó una vez, pero dudo de que sea verdad. Me lo explicó mi abuelo hace mucho tiempo.

—Eso dicen, sí, aunque creo que es solo una leyenda. Supongo que nació a raíz de que por esa época, durante la Primera Guerra Mundial, muchos exiliados, diplomáticos y espías frecuentaban el café. Lo que sí es seguro es que el Gijón ha sido siempre uno de los cafés preferidos por los literatos: Federico García Lorca, Jardiel Poncela, Eugenio D'Ors...

—Mis padres coincidieron aquí una vez con Celia Gámez —recordé de pronto, emocionada.

—Ah, ¿sí? Bueno, no es extraño, si incluso actores de Hollywood han pasado por aquí. Y el escritor americano Truman Capote, también.

—¡Caramba! Pues, por lo visto, este sitio es un imán para los intelectuales. Seguro que dentro de unos años alguien comentará que aquí solía venir Julio Aranda.

Mi compañero soltó una carcajada. Se lo veía exultante. Tanto que, de no haber sido yo su médico, no habría sospechado que dos meses atrás ocupaba la cama de un sanatorio antituberculoso.

—¿Sabías que hace seis años se creó un premio literario? —continuó—. Lo impulsa el actor Fernando Fernán Gómez.

—Sí, sí, el Premio de Novela Corta Café Gijón. ¡Qué tonta! Mira que no acordarme de eso. Pero si a mi hermana le regalaron el año pasado el libro del ganador y lo he leído hace poco.

—Ganadora. Se llama Carmen Martín Gaité.

—Vaya, no acierto ni una... De lo que sí me acuerdo es que se titula *El balneario*. Menos mal que te tengo a ti para refrescarme la memoria.

Julio sonrió, pero esta vez con cierto nerviosismo. El tiempo que se tomó para contestar bastó para que me contagiase su inquietud. Y lo que me dijo a continuación acabó de alterarme.

—Podrías tenerme para algo más, Paloma.

—Lo he dicho en broma, Julio; pero si te refieres a salir juntos, como novios...

—A eso me refiero, sí. Ahora que no te vas a Londres, me gustaría que reconsiderases mi propuesta.

—Es que es todo muy reciente... Aún no he asimilado mi nueva situación y en estos momentos no sé por dónde tirar.

—Bueno, no tengo prisa; puedo esperar el tiempo que necesites.

—Pero no me parece justo para ti. No quiero que te quedes esperando mientras yo me lamo las heridas.

—Tú me cuidaste cuando estaba convaleciente. Esta vez me toca a mí cuidar de ti —bromeó—. Ahora en serio, Paloma: es decisión mía esperar y quiero hacerlo. Siempre me has gustado, desde el primer día, y no me voy a rendir si me dices que tengo alguna esperanza... ¿La tengo?

Desvié la mirada, que se clavó en la hilera de columnas de estilo griego que aportaban elegancia y clasicismo al local. No quería alentar sus ilusiones, aunque tampoco cerrarle la puerta. Intuía que podía conducirme hacia lo que tanto ansiaba: un amor correspondido en una relación franca y equilibrada.

Pero tenía miedo de que esa puerta fuese tan solo una salida.

Las vacaciones llegaron a su fin y el paréntesis estival se cerró en el momento en que subí al autobús. Al igual que siete meses atrás, hice el trayecto hacia el sanatorio llena de angustia, aunque en esa ocasión por motivos del todo justificados. Porque la incertidumbre que sentía no me la provocaba lo desconocido, sino el saber lo que me esperaba allí.

Estaba convencida de que la actitud hostil del director y de la monja, que ya se había manifestado en decisiones como echar a mi compañera y cambiarme de habitación, proseguiría e incluso se intensificaría. Me había granjeado dos enemigos en el centro sanitario que, además, tenían poder para hacerme la vida imposible. Especialmente el primero.

Por si aquello fuera poco, mi situación sentimental no era más alentadora. Solo había transcurrido un mes desde mi ruptura con Martín, y tenerlo cerca no me facilitaba el proceso de pasar página. Si al menos hubiese podido contar con el apoyo de Almudena, el trance se me habría hecho más llevadero. Pero él ya se había encargado de que eso no sucediera.

Por suerte, me decía, tenía en Julio un nuevo apoyo. Su afecto sincero y su firme interés en mí me daban confianza en el futuro. Aun así, todavía no podía imaginarme un porvenir compartido con el periodista.

Por un lado, desconfiaba de que si salía con él nuestra relación fuese tan idílica como hasta entonces. No acababa de creermelo que las cosas no acabasen torciéndose, como pasaba siempre. ¿Y si el enamoramiento de mi antiguo paciente se esfumaba en cuanto me hubiese conquistado?

Por el otro, me preocupaba no sentir la atracción ardiente e insensata que había experimentado por Martín. Ahora que sabía lo que era amar hasta la locura, me moría por volver a hacerlo siendo correspondida. Y aquello me parecía una gesta inalcanzable.

En cuanto el autobús inició su trayecto ascendente, apoyé la cabeza en el respaldo de mi asiento y cerré los ojos. No me apetecía ver cómo se acortaba la distancia que me separaba de Martín. Porque, muy a mi pesar, seguía enamorada de él y eso me hacía vulnerable.

Para expulsarlo de mis pensamientos, evoqué la última conversación que había tenido con Julio. La tarde en que, sentados a una de las mesas del Café Gijón, me había preguntado si tenía esperanzas.

Habían pasado ya seis días, pero continuaba sintiendo la misma confusión. No porque dudase de los sentimientos del periodista, sino porque la parte insensata de mi mente que aún creía en Martín se esforzaba en dominar mis pensamientos.

—Si te soy sincera —le había dicho al fin, contrarrestando mi azoramiento con una dosis de franqueza—, quiero pensar que sí, que tienes esperanzas. Eres un buen chico, tienes cualidades que admiro, me divierto contigo y ya ves lo a gusto que estoy. Pero, siendo justa, eso no es suficiente para comenzar una relación. Y no es que no me gustes; al contrario, yo también me fijé en ti el primer día que nos vimos. Creo que eres guapísimo.

—Pues no hace falta decir más, Paloma. No te estoy pidiendo matrimonio, tan solo salir más a menudo para conocernos y ver qué pasa. Tampoco tenemos nada que perder.

—No, claro que no. Lo que me preocupa es que ahora mismo estoy dolida. Soy mucho más susceptible y desconfiada, y me da miedo pagar mi desengaño contigo.

—Insisto: puedo esperar. Si prefieres empezar a salir cuando estés más animada, yo no tengo ninguna prisa. Además, ahora con el trabajo ando bastante atareado; tendré en qué ocuparme, no te preocupes por eso.

Los razonamientos de Julio me convencieron. No podía renunciar a algo que apenas había comenzado tan solo por inseguridad. Además, saber que estaba dispuesto a esperarme le daba aún más valor. En el camino hacia mi recuperación, el periodista se perfilaba en el horizonte como una línea de luz.

Y la claridad prometedora de ese confin eclipsaba el sanatorio.

Desde la conversación con mis tíos, cuando mi padre había sugerido que fuese a trabajar a Zaragoza, empecé a considerar la posibilidad de dejar Valdealmena. Aparte de mi recuperada relación con Victoria, lo único que me retenía en el sanatorio era mi vinculación con los pacientes. Pero más pronto o más tarde, me decía, estos acabarían yéndose, y había muchos otros centros donde yo podía seguir ejerciendo mi profesión. Dispensarios y hospitales en los que mi situación personal no estuviese tan comprometida.

Además, sabía que sería mucho más eficiente en un entorno en el que me sintiese a gusto. Compartía la opinión de aquella sentencia de Salomón que decía que «la mejor medicina es un ánimo gozoso». Y el mío hacía tiempo que no lo era. No allí.

El contorno formidable del edificio del sanatorio se perfiló al fin a lo lejos. Acababa de abrir los ojos cuando lo vi, a través de la ventana del autobús. Una vez más, volvió a recordarme a una fortaleza.

Solo que esta vez me sentí como Jonathan Harker ante el castillo de Drácula.

Un impacto brutal e inesperado me golpeó el tórax. Lo que acababa de ver hizo que, por unos instantes, se detuviese el bombeo de mi sangre. Luego se produjo el efecto contrario. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Aun así, estaba tan sobrecogida que tardé en poder apartarme de allí.

Diez minutos antes, el doctor Aguado me había transmitido un mensaje de Martín que, aunque me desconcertó, no me hizo sospechar lo que me esperaba. Según me explicó, el director le había pedido que me dijese que necesitaba que yo revisase los análisis de un paciente.

—Dice que vayas a recogerlos al fichero del laboratorio clínico y que mañana se los lleves a su despacho.

Me extrañó que Martín me hiciese esa petición, ya que conocía al paciente y no era un caso complicado. Su demanda me despertó el temor de que quisiese manipularme de nuevo, cuando nos quedásemos a solas.

Mientras me dirigía hacia el ala izquierda de la planta baja, donde se encontraban los servicios adyacentes, fui repasando en mi mente los síntomas del enfermo. De pronto, había comenzado a pensar en la posibilidad de haber cometido un error en mi diagnóstico o, quizás, en el tratamiento que le había prescrito. Y esa inquietud hizo que, por un momento, me olvidase de las dudas que me asaltaban desde hacía unos días. Justo desde que había vuelto de vacaciones y de que Julio me pidiese una nueva oportunidad.

Sin embargo, nada más pisar el sanatorio me había asaltado el temor ante el inevitable encuentro con el director. Era algo que sucedería más tarde o más temprano, por lo que me preparaba para poder superar el mal trago. Estaba convencida de que Martín intentaría manipularme y que me resultaría difícil escapar a sus maniobras de persuasión. No solo por su experiencia en esas artimañas, sino por la ventaja que le daba su falta de empatía y la ausencia de sentimientos hacia mí.

Las más de dos semanas sin verlo me habían hecho mucho bien. Poner distancia me había reafirmado en lo correcto de mi decisión y me había permitido saborear una libertad que casi había olvidado. Esa sensación confortable e independiente ponía de relieve lo nocivo que era el carácter del director. Al menos, para mí.

Cuando llegué a la sección donde se ubicaban las salas de radioscopia, radiografía y reconocimiento, fui consciente de que pronto tendría que enfrentarme a él. Fuese lo que fuese lo

que tenía que decirme sobre mi paciente, la tensión sería inevitable y no sabía con exactitud que táctica utilizaría para presionarme.

Ignoraba que estaba a punto de descubrirlo.

Nada más entrar en el laboratorio me topé con una escena que me turbó. Enseguida me di cuenta de que había pillado a dos colegas en un encuentro amoroso, por lo que me detuve, vacilante, sujetando aún el pomo de la puerta. Fue entonces, justo cuando estaba a punto de recular y cerrarla como si no hubiese presenciado nada, cuando los vi.

Eran Martín y Victoria.

Ella se sobresaltó. Su rostro ardoroso emergió tras los hombros del director, que quedaba de espaldas a mí, cubriéndola casi por completo, y de golpe dejó de abrazarlo. Él, en cambio, tardó algo más en soltarla y girarse para clavar en mí una mirada cáustica.

Comprendí al instante que todo aquello lo había orquestado él. Se trataba de una nueva estocada para castigar mi insubordinación hiriendo mi orgullo. Un desafío destinado a demostrarme tres cosas: lo poco que le había afectado la ruptura, su indiferencia hacia mis sentimientos y su facilidad para encontrar una sustituta.

En cuanto me recuperé de la impresión, di media vuelta y me alejé de allí con tanta rapidez como pude. Mi ritmo cardíaco aún seguía acelerado y notaba una quemazón subiéndome por el esófago. Ese fuego prendió también en mi rostro, que sentía arder de indignación.

Caminaba con tanta rapidez y en un estado tan alterado que un par de enfermeras con las que me crucé me preguntaron si ocurría algo. A pesar de mi negativa, se quedaron inmóviles en el pasillo con un aire dubitativo y preocupado. Pero me daba igual. Estaba tan trastornada que nada que no fuese huir me importaba.

El problema era que no sabía hacia dónde.

Al darme cuenta de que mi marcha inconsciente me llevaba hasta la zona de dormitorios, me detuve. No podía ir allí, porque era también el cuarto de Victoria. Necesitaba con urgencia un refugio y no lo tenía.

No había allí un solo lugar donde poder esconderme. Ni tampoco nadie que me pudiese consolar.

Los días siguientes tuve que hacer un gran esfuerzo para disimular la rabia que sentía. Estaba tan disgustada que me costaba conciliar el sueño, y cuando lo conseguía, dormía de manera fragmentada y angustiada.

También perdí el apetito y mis pensamientos se volvieron aún más obsesivos. Repasaba en mi cabeza todos mis errores porque, aunque no eximía a Martín de su responsabilidad, me culpaba por no haberlo calado mucho antes.

Puse todo mi empeño en lograr que nadie se diese cuenta de mi sufrimiento, especialmente Victoria. No quería que advirtiese el efecto que su relación tenía sobre mí, porque podría levantar sus sospechas.

—Siento que hayas tenido que enterarte así, Paloma —me dijo la misma noche en que la sorprendí con el director. Puri tenía turno de noche y estábamos solas en nuestra habitación—. Iba a contártelo más adelante.

—Pues ojalá lo hubieses hecho. Me he quedado de piedra, Victoria, en serio; esto sí que no me lo esperaba...

—Lo sé, y te entiendo... ¿Comprendes ahora lo que te dije de mis padres? ¿Que me echarían de casa y no querrían volver a saber de mí si supieran con quien estoy?

—Bueno, está claro que no puedes contárselo...

—No puedo esperar que lo comprendan, porque ni yo misma lo entiendo. Intenté dejarlo por el qué dirán, los remordimientos, todas esas cosas... Pero no puedo, ¡es superior a mí! Como la canción de la Piquer ¿te acuerdas? —Hizo una pausa antes de tararear—: «Eres mi vida y mi muerte, te lo juro, compañero, no debía de quererte, no debía de quererte y, sin embargo, te quiero.»

La sinceridad de Victoria me dejó sin argumentos. Sabía a la perfección de lo que me hablaba.

De pronto entendí por qué la enfermera había recurrido a los sedantes. La adicción que sufría no era al Veronal, sino a Martín. Los efectos que le había producido su idilio con él eran similares a los míos y, al perderlo por mi entrada en escena, se había aferrado a los fármacos como a una tabla de salvación. Ahora que yo le había dejado el campo libre y volvía a recibir su dosis se la veía eufórica, capaz incluso de cantar una copla a pesar de lo vergonzoso de la situación.

Aquello me hizo ver también por qué la mañana en que Almudena y yo la encontramos drogada

nos había hablado de la existencia de un monstruo. Me estremecí al pensar en cuántas más habrían caído en las garras de aquella bestia.

Me mentalicé ante la posibilidad de que aquel desalmado volviese a tantearme. Había conseguido recobrar a su antigua presa y era muy probable que esperara el momento propicio para hacer lo mismo conmigo. Era evidente que aquel juego le proporcionaba la sensación de poder que tanto necesitaba.

Por suerte o por desgracia no tuve que esperar mucho. Una semana después del incidente en el laboratorio, cuando todo el personal se había incorporado ya al sanatorio y se habían recuperado las rutinas, el director me hizo llamar a su despacho.

—¿Cómo estás? —me preguntó desde detrás de su mesa de escritorio, sin siquiera levantarse de la silla.

Su mirada mostraba esa afabilidad fingida que tan bien sabía interpretar.

—Estupendamente, gracias.

—Me alegra oírlo. No me gusta que las personas cercanas a mí lo pasen mal, y como hace tiempo que no hablamos me preocupaba cómo llevabas nuestra separación.

—Pues ya lo ves, no puedo estar mejor, así que puedes quedarte tranquilo.

—Parece que lo dices con retintín. ¿No estarás celosa por lo que viste el otro día?

Para no entrar al trapo con esa provocación, musité una despedida y me giré en dirección a la puerta. Pude verlo levantarse, como impelido por un resorte, y le oí replicar:

—No hace falta que te pongas así, mujer. Ese es tu problema, que no escuchas y no sabes ponerte en la piel de los demás.

—¿Me has llamado para decirme eso? ¿Tú, precisamente? ¡Esta sí que es buena! Debes de tener muy buen concepto de ti mismo para permitirte juzgarme tan a la ligera.

—No puedo olvidarte, Paloma —dijo cambiando de tercio; su habilidad para modificar su estrategia era admirable—. Lo he intentado, aunque no te lo creas. Por eso volví a refugiarme en los brazos de Victoria. Ya te habrá contado que tuvimos un *affaire* hace tiempo, pero solo fue un desliz, nada comparado con lo nuestro.

—Tienes razón: no te creo; y si te queda algo de decencia, deberías dejarla en paz a ella también. Es una buena chica y no merece que te aproveches.

—Sí, sí; es una santa, como tú... ¡No me hagas reír!

—Por favor te lo pido, Martín: no le hagas más daño. Victoria es muy vulnerable y puede tener una conducta autodestructiva.

Enseguida me arrepentí de haber dicho eso. Aquella información podía poner a Victoria en una situación muy comprometida. Si el director se enteraba de que consumía ansiolíticos, tal vez la echara de inmediato.

Por suerte, pareció no haberme oído porque no me contestó. Se limitó a mirarme y descubrí en

sus ojos un destello procaz. Aquella mirada me asustó, por lo que me giré de nuevo hacia la puerta; pero, antes de que pudiese alcanzarla, noté que me agarraba del brazo. Intenté desasirme, pero tenía más fuerza que yo y lo único que conseguí fue que me arrastrase hacia él. Entonces me sujetó con ambas manos y me puso contra la pared. Haciendo presión con su cuerpo logró inmovilizarme, a pesar de que yo no dejaba de resistirme.

—Si no me sueltas, te juro que gritaré —le dije al ver que intentaba desabrocharme el ligero.

—¿Ah, sí? ¿Quieres que todos vean que eres una furcia?

—¡Quiero que vean lo que eres tú!

—Yo soy un pobre padre de familia seducido por una pelandusca. Diré que llevas provocándome mucho tiempo para conseguir favores, como tu aumento de sueldo. ¿De parte de quién crees que se pondrán todos?

A pesar de que tenía razón y yo estaba en desventaja, acabó por soltarme. Supongo que no le atraía la idea de quedar en evidencia, aunque la mayoría lo habría disculpado mientras toda la culpa y la vergüenza habrían recaído sobre mí.

No dije ni una palabra mientras me recolocaba la falda y las medias. Un temblor incontrolado se había apoderado de todo mi cuerpo y entorpecía mis movimientos. No sé de dónde saqué fuerzas para no romper a llorar.

—Ándate con mucho cuidado, Paloma —me advirtió—. No olvides quién manda aquí. Ya viste lo que le pasó a la doctora Tejedor por meterse donde no la llamaban...

Antes de que me fuera, me lanzó una última amenaza.

—Si no quieres que tu querido Julio se entere de lo furcia que eres, será mejor que cambies de actitud conmigo.

No sé si lo que más me aterró de su advertencia fue lo que me podría obligar a hacer o que mencionase a Julio.

Si ya me resultaba angustioso que mi antiguo paciente llegase a saber que había perdido la virginidad antes de tiempo, la idea de que se enterase de lo bajo que había caído al liarme con un hombre casado me resultaba insoportable. Y estaba segura de que si Martín se decidía a revelarme mi turbio secreto, lo haría incluyendo los detalles más escandalosos y obscenos.

Vi con claridad que tenía que marcharme de allí. No tenía alternativa. Sin embargo, me daba pánico pensar en las consecuencias. El director me consideraba de su propiedad, y creo que le daba tanto placer utilizarme para su disfrute carnal como para humillarme. Ser consciente de esa realidad me horrorizaba, a la vez que me preguntaba cómo podía generar tanto odio hacia alguien a quien habría podido amar con todo mi ser.

Aquella noche me concentré en dejar reposar los pensamientos que bullían en mi cabeza. Eran reflexiones alteradas por el miedo, así que, si quería actuar con acierto, debía sofocarlas de algún modo.

Entonces se me ocurrió que podría escribirle una carta a Julio. Si le contaba mi versión de los hechos, no solo contrarrestaría el efecto de una posible delación de Martín, sino que, además, pondría en orden mis ideas.

Mis compañeras ya dormían y el edificio entero reposaba en una calma letárgica. Era el momento perfecto para hacerlo.

Recostada en mi cama, alumbrada por la tímida luz de la lámpara de la mesilla de noche, me puse a escribirle:

Colmenar Viejo, 5 de octubre de 1955

Querido Julio:

¿Cómo estás? Te sorprenderá que te escriba, puesto que nos vimos hace quince días, pero no tendré fiesta hasta dentro de un par de semanas y necesito explicarte todo lo que estoy viviendo últimamente y que tanto me preocupa.

Antes de empezar, quiero que sepas que tú y Almudena habéis sido lo mejor que he sacado de mi estancia en el sanatorio. La experiencia profesional también, pero a lo que yo me refiero es a ganancias personales y humanas. Muchas veces nos negamos a hacer caso de la intuición, esas corazonadas que tenemos de repente y que nos advierten de la proximidad de cosas buenas y malas. Pues la mía, la que me guio hacia vosotros, acertó

plenamente. No solo congeniamos enseguida, sino que hemos establecido una sólida amistad que estoy segura que durará toda la vida.

Por desgracia, tanto ella como tú ya no estáis aquí y me doy cuenta de cuánto os necesito. Vuestro apoyo y consejos me serían muy útiles ahora que me siento terriblemente angustiada por lo que ocurre a mi alrededor. No quiero parecer egoísta, porque el motivo de tu marcha ha sido un hecho afortunado y no puedo estar más contenta de que hayas recuperado la salud y de que ya vuelvas a trabajar. Pero el caso de Almudena es harina de otro costal y me preocupa muchísimo.

Perdóname por no habértelo dicho en su día, pero su traslado tuvo que ver con algo turbio que quieren ocultarnos. En el sótano hay una puerta cerrada con llave a la que solo tiene acceso sor Pilar. La doctora Tejedor se percató de que la hermana iba allí a menudo, y pensó que igual tenía que ver con el estraperlo. Yo no le di importancia, convencida de que debía de haber alguna explicación y de que Almudena exageraba. Ahora sé que me equivoqué, porque cuando se puso a indagar la mandaron lejos de aquí.

El día en que volvamos a vernos te lo explicaré con detalle. De momento, yo me mantengo al margen y evito a la hermana, ya que tengo miedo de acabar como Almudena o, incluso, de que las represalias sean aún mayores si se me ocurre meter las narices en ese asunto.

Por si todo lo que te he contado fuera poco, aún hay otro tema que, aunque es menos misterioso, quizás sea peor. Me avergüenza mucho, porque no es agradable, pero tengo que explicártelo por la gran confianza y amistad que tenemos. Estoy segura de que serás capaz de ponerte en mi lugar, como hiciste el día en que te dije que estaba superando la ruptura con un hombre con el que planeaba irme a Londres.

Fue aquella tarde en que me hablaste de Cavafis y luego tuviste el detalle de traducirme un poema suyo, muy adecuado para el momento por el que pasaba. Por cierto, lo leo a menudo porque me recuerda el calvario que he vivido y así evito caer en la tentación. No puedes ni imaginarte lo que trastornan este tipo de personas. Son capaces de enredarte una y otra vez con sus artimañas. Pero no te preocupes, he aprendido la lección y sé que, como dice Cavafis, «no hallaré otra tierra ni otro mar», por lo que he aprendido a valorar mi «ciudad», que soy yo misma, y me voy recuperando del desengaño. En ese sentido, puedes estar completamente tranquilo.

Lo que realmente me preocupa es que este «señor» me ha amenazado con explicar cosas sobre mí si no hago lo que él quiere. Ya te puedes imaginar que es el tipo de persona que no tiene ningún escrúpulo en decir mentiras o tergiversar. Pero es que, además, hay otro problema. No te lo quise decir en su día por discreción, y vuelvo a disculparme por ello, pero es que se trata de un compañero de trabajo. Sí, un médico, como yo.

Tú más que nadie sabes lo difícil que lo hemos tenido las mujeres para que se nos tenga en cuenta y se nos respete fuera del hogar. Tu artículo sobre la doctora Dolores Aleu lo explica muy bien. Pues imagínate si a eso se le añaden cuestiones sentimentales... Sea cual sea el conflicto, ella tendrá siempre las de perder. No solo porque tiene más peso la palabra de un hombre, sino porque nosotras somos las malas por definición. Desde Adán y Eva se nos atribuye el papel de llevar al hombre por el mal camino y a la mínima nos pueden colgar el sambenito de frescas, busconas o pilinguis.

No quiero ni imaginarme lo que pasará si a él le da por airear trapos sucios o inventarse cosas. Porque tiene bastante influencia en el sanatorio, ya que lleva más tiempo que yo y es muy respetado en la comunidad médica. A mí, como a las pocas mujeres médicos que hay en nuestro país, me ha costado mucho esfuerzo y sacrificio llegar donde estoy. Más que a mis colegas, porque nosotras tenemos que demostrar constantemente nuestra valía. Y, aunque quizás no fuera buena idea salir con un compañero, no es justo que tenga que pagar por ello y él no. Pero como se cree con poder sobre mí y sabe perfectamente que yo estoy en desventaja, estoy casi segura que intentará desacreditarme y perjudicarme.

A consecuencia de todo lo que te explico, me estoy planteando dejar el sanatorio. Lo que me frena es que

dudo de si es una buena idea, ya que si lo hago es como darle la razón. Si me voy, él podrá decir que huyo por vergüenza o porque no he conseguido los objetivos que perseguía al seducirlo, vete tú a saber.

Estoy muy angustiada y confundida, Julio. No sé si tú, con tu experiencia y el mundo que tienes, lo verás de otra manera y podrás aconsejarme. Te agradecería que me escribieses dándome tu parecer.

Agradeciendo de antemano tu apoyo, se despide de ti con mucho cariño tu amiga,

PALOMA

Julio no me respondió. Tres días después de haber enviado la carta se presentó en el sanatorio.

—Me has dejado muy intranquilo, Paloma, no podía contestarte y quedarme esperando —me dijo nada más verme, en el pabellón de hombres, adonde fue a encontrarme.

—Me sabe mal haberte preocupado, pero la verdad es que me alegra que estés aquí. Pero mejor vamos fuera, podremos hablar con más tranquilidad.

Preferí hacer una pausa durante mi ronda de visitas. Con la excusa de que se trataba de un antiguo paciente, me disculpé ante los enfermos y salimos al corredor. Luego conduje a Julio hasta un rincón solitario del jardín.

Al ser sábado, algunos pacientes paseaban junto a los familiares o amigos que habían venido a visitarlos. La temperatura benévola invitaba a salir a disfrutar del ambiente en el que flotaba una claridad otoñal.

Nos sentamos en un banco solitario flanqueado por una hilera de setos que empezaban a amarillear. El verdor se resistía aún a abandonar la vegetación, pero era cuestión de días que el dorado rojizo se hiciese con el cetro de la estación.

Al sentarme me fijé en que la sombra de un olmo gigantesco se derramaba sobre las losetas que cubrían esa parte del jardín, dibujando un encaje de penumbras.

—Gracias por haberte sincerado conmigo, Paloma. Hiciste bien en escribirme contándome todo.

—Bueno, aún hay alguna cosa más, pero ya te la explicaré con calma. —Dudé si debía hablarte también de Victoria, pero me pareció mejor dejarla al margen de momento—. En diez minutos tengo que volver si no quiero que me llamen la atención.

—No hay problema, simplemente he venido para cerciorarme de que estás bien. Transmitías tanta angustia en la carta que me preocupé por tu salud.

—Vaya... Pues no era mi intención. Aunque es cierto que cuando la escribí estaba hecha un manojo de nervios. Nunca antes me había pasado algo así...

—Bueno, Paloma, ahora lo principal es que nadie te note nada. Tú sigue con tus rutinas, haciendo bien tu trabajo y comportándote con naturalidad. Es muy importante que hagas lo que me decías de no indagar. No hables con nadie ni preguntes sobre nada que tenga relación con esa puerta del sótano. Por lo que me cuentas, es mejor ser precavido.

Se detuvo un instante, como dudando. Creo que le costó expresar lo que me dijo a continuación.

—En cuanto a lo de las amenazas de tu colega, no te preguntaré quién es. Si hubieses querido que lo supiese, ya me lo habrías dicho. Además, creo que es mejor así. No me gusta cómo te ha tratado y aún menos que te intimide. Me dan ganas de romperle la cara.

—Por eso no te lo he dicho. Ahora, en caliente, no; quizás con el tiempo...

—De todos modos, tengo la sensación de que a este tipo de individuos lo que más daño les hace es que los ignores. Si quieres un consejo, Paloma: no le des la oportunidad de saber que te importa lo que hace o deja de hacer. Evítale tanto como puedas, no hagas caso a nada de lo que te diga, no le prestes atención, haga lo que haga.

—Trabajando juntos no es fácil... Ya te expliqué que tiene influencia en el sanatorio. De momento consiguió que trasladasen a Almudena y que me cambiasen de habitación. Por eso me estoy planteando ir a trabajar a otro centro sanitario.

—Pues cuenta conmigo para lo que sea. Si necesitas ir a vivir a otro sitio que no sea en casa de tus padres, donde él podría localizarte, yo acabo de alquilar un piso en Ciudad Lineal. No es gran cosa, pero estarías segura y yo ya me iría a una habitación de alquiler el tiempo que hiciese falta.

—Eres muy amable Julio, no sé qué decirte... Te lo agradezco mucho, eso sí, pero no quiero poner tu vida patas arriba.

—Yo encantado de que lo hagas, Paloma, por eso no te preocupes. Tú piénsalo. Pero que sepas que no estás sola en esto.

Su muestra de apoyo me conmovió. Ante mí se abría una brecha gigantesca que me encaraba al abismo que separaba la generosidad de Julio del egoísmo de Martín. Casi me resultaba doloroso ver cuánta luz y cuánta sombra puede haber en las personas. Las que vuelan y las que se arrastran.

Me hubiese gustado poder seguir el consejo de Julio y continuar con mis rutinas como si nada hubiera sucedido, pero la actitud de Victoria me lo impidió.

Cuando ya empezaba a vislumbrar mi futuro lejos del sanatorio, la enfermera empezó a comportarse de manera extraña. El nerviosismo que me producía la perspectiva de una nueva vida lejos de allí me dificultaba el sueño. Eso me permitió darme cuenta de que Victoria, apenas creía que Puri y yo andábamos en brazos de Morfeo, se apresuraba a salir del dormitorio.

En un principio pensé que se citaba con el director, pero enseguida lo descarté. No era propio de Martín entregarse tanto, ya que su manipulación se basaba en hacer el vacío después de intimar para crear inseguridad.

Temí entonces que las salidas nocturnas de la enfermera tuviesen relación con los ansiolíticos. Quizás su estado de ánimo alegre y esperanzado, me dije, se debiese a la ingestión de algún tipo de sustancia. Esa posibilidad me angustiaba tanto que acabé por rebuscar entre sus cosas.

Mientras lo hacía, no dejaba de evocar las palabras de Julio cuando me aconsejó que no indagase. Más que el temor a que me descubriesen, me pesaba la mala conciencia de no hacerle caso, pero no podía dejar que Victoria volviese a coquetear con sedantes tan peligrosos. Porque además de crear una tremenda dependencia, bastaba una pequeña sobredosis para provocar la muerte. Ni los remordimientos ni los escrúpulos podían anteponerse a un riesgo de tal magnitud.

Una mañana, cuando hacía apenas una semana que se habían iniciado las incursiones nocturnas de la enfermera, me rezagué expresamente para quedarme sola en nuestra habitación. Mis dos compañeras salieron juntas para desayunar mientras yo fingí entretenerme repasando el historial de uno de mis pacientes.

Tras dejar pasar un tiempo prudencial, empecé con el registro. Lo primero que hice fue abrir con cautela todos los cajones de la mesilla de noche de la enfermera. Aunque me tranquilizó ver que allí no había ni rastro de medicamentos, sabía que ella no era tan ingenua como para dejarlos en un lugar tan visible. Entonces, palpé el papel que forraba cada gaveta y las fui extrayendo de sus guías, una a una, palpando hasta el último rincón.

Cuando constaté que no había nada en ese mueble suyo, me dirigí al armario que compartíamos. Rebusqué meticulosamente entre sus prendas, hurgando dentro de los bolsillos de su abrigo y de sus chaquetas y escudriñando el interior de sus zapatos y de sus bolsos. Aquella inspección me

hizo sentir miserable. A pesar de la nobleza de mis intenciones, era del todo consciente de que estaba violando su intimidad.

Al terminar, me senté aliviada en mi cama. No solo por haber cumplido con el molesto registro, sino porque aquella búsqueda infructuosa me demostraba que Victoria no escondía ningún fármaco. Mis latidos, todavía acelerados por el temor a que me sorprendiesen, se iban serenando a medida que yo también retomaba mi sosiego.

Pero, de pronto, una última posibilidad cruzó mi mente y salté como impulsada por los muelles del colchón.

De un manotazo retiré la colcha que cubría la cama de Victoria y, al apartar la almohada, hallé lo que me temía. Bajo el cojín descubrí un curioso envoltorio. No tenía la forma que yo esperaba encontrar, pequeña y de ángulos rectos, como las cajitas de los medicamentos, sino que se trataba de un paquete mucho más voluminoso, envuelto en papel de seda blanco.

Al cogerlo, noté que era mullido al tacto, lo que me calmó y me alarmó a un tiempo. Pensar que podía tratarse de una pieza de ropa era más tranquilizador que toparse con unos sedantes, pero el hecho de que la escondiera bajo la almohada me hizo recordar los sugerentes conjuntos de lencería que a menudo compraba para Martín.

Dudé si debía abrir el paquete. No me apetecía ver aparecer un picardías que me evocase momentos de mi intimidad con el director, pero si no lo hacía, no podría ayudarla. Sin saber qué era lo que se esforzaba en ocultar, me resultaría imposible adivinar qué la motivaba a escaparse a hurtadillas cada noche.

Con sumo cuidado, empecé a abrir el envoltorio. El crepitar del papel de seda espoleaba mi nerviosismo. A pesar de mi esmero, el silencio de la habitación hacía que pareciese el rugido estridente de un motor, por lo que cada movimiento que hacía para desenvolver el paquete aceleraba mi ansiedad.

De pronto, unos ojillos negros aparecieron bajo los pliegues y me pareció que clavaban en mí una mirada acusadora. Enseguida me di cuenta de que no eran más que un par de bolitas de vidrio cosidas en la cabeza de un osito de felpa.

El hallazgo me asombró. No esperaba descubrir nada semejante, por lo que no conseguía entender qué hacía ese juguete allí. De todas mis posibles conjeturas, no encajaba con ninguna.

Necesité varios segundos para que se me ocurriese una explicación factible. Un escalofrío siguió a mi razonamiento.

¿Y si la enfermera obsequiaba con regalos al niño fantasma?

Esa posibilidad encajaba con lo ocurrido un par de días atrás, cuando, al devolver a su sitio un suéter que le había cogido prestado, me topé con un cuento infantil.

—*Tarzito y Bombín* —leí espontáneamente en voz alta, y, al oírme, Victoria se apresuró a aclararme que era un regalo para su sobrino.

—Va a cumplir tres añitos y creo que esta historia le gustará mucho.

—Qué gracioso el niño con el pañal de leopardo y el tirachinas.

—Sí, bueno, es como un Tarzán chiquitito. Como no tiene hermanos y pasa mucho tiempo solo, he pensado que le gustará identificarse con él.

Esa declaración me presentaba ahora una realidad perturbadora. Ya no tenía duda alguna de que la enfermera sufría una psicosis que le hacía creer en la existencia del fantasma. Ignoraba su alcance o qué se la había provocado, ya que yo no era psiquiatra, pero estaba convencida de que debía de actuar de inmediato.

Aquella misma tarde llamé a Almudena. Era la persona idónea para ayudarme, puesto que conocía el caso y podía actuar con más libertad que yo. No pude explicarle apenas nada por teléfono, pero ella captó el alcance de mi urgencia y accedió a que nos viéramos enseguida.

Una semana más tarde, aprovechando mis días libres, quedé con ella en su casa, cercana al Retiro. La alegría que sentí al verla, cuando me abrió la puerta del piso, duró el tiempo justo de abrazarnos y de que me mostrara la vivienda. Pero en cuanto me invitó a sentarme en el sofá, el nerviosismo afloró al pensar en lo que tenía que explicarle.

El hecho de que estuviese sola, ya que tanto su marido como su hijo se hallaban en la escuela donde el primero ejercía de maestro, me facilitó la labor. Antes de revelarle mi último descubrimiento sobre Victoria tomé una bocanada de aire. Después, le expuse directamente la situación y concluí:

—No tengo ninguna duda, Almudena... El osito y el cuento son regalos que le lleva al fantasma.

—Eso parece, sí —me confirmó tras dar un sorbo al café con leche que acababa de depositar sobre la mesita.

Por la ventana del comedor, donde nos encontrábamos, se filtraba la claridad de la tarde. Esa hora tranquila me aplacaba un poco, pero no era suficiente para alejar mis temores. Solo lo que me dijo a continuación consiguió calmarme:

—Lo mejor será consultarlo con un psiquiatra, porque yo tampoco sé si es por los ansiolíticos o por algún trastorno mental. Tengo un amigo que es una eminencia, ha publicado un par de libros y también artículos en revistas extranjeras especializadas. Se lo contaré todo a ver qué dice.

—Eso sería de gran ayuda, pero no tenemos mucho tiempo... Si alguien más se da cuenta, no sé lo que puede pasar.

—Sí, Paloma, pero no podemos hacer otra cosa. Tú, de momento, síguete la corriente y disimula todo lo que puedas. Si aparece algún juguete más o cualquier otra cosa, haz como si nada. Y en caso de que te comente algo, dale la razón en todo.

—Sí, es lo que pensaba hacer... Más vale no alterarla, así no lo notará nadie.

—¡Exacto! No te preocupes, porque mañana mismo llamo al psiquiatra para que nos diga lo que tenemos que hacer. Supongo que querrá verla, pero ya pensaremos cómo organizarlo. Tendremos

que confiar en él, que es quien tiene experiencia. Estate tranquila, Paloma, que seguro que lo arreglamos.

La capilla era uno de los espacios del sanatorio que menos había frecuentado, a pesar de que ya llevaba ocho meses en el centro. Aparte del funeral de algún paciente, pocas veces me acercaba a aquel oratorio situado en la zona oeste del edificio y alejado de las áreas con mayor ajetreo.

Mientras caminaba hacia allí, no podía estar más alterada. Esa misma mañana, sor Pilar me había pedido que nos reuniésemos en ese lugar discreto. No me dio tiempo a preguntarle de qué se trataba porque, nada más fijar la hora y el emplazamiento, la hermana se despidió y se alejó por el pasillo, dejándome perpleja y alarmada.

Las horas siguientes, mi cabeza no dejó de cavilar. No me cabía ninguna duda de que la monja había descubierto el apego de Victoria a los somníferos y que se disponía a tomar medidas. Lo que no acertaba a discernir era cuáles serían ni el papel que yo tendría. Si pensaba denunciar a la enfermera ante el director, ¿por qué me citaba en la capilla? ¿Intuía, quizás, que yo conocía su adicción y me culpaba por no haberla delatado? ¿Creía que yo tenía alguna relación con el suministro de los fármacos?

Fuera lo que fuese que urdiese la hermana, aquella reunión no presagiaba nada bueno, por lo que me preparé para lo peor. No obstante, conservaba la vaga esperanza de que se tratase de un sermón sin mayores consecuencias. Un toque de alerta que no afectase el plan de ayuda que había puesto en marcha con la colaboración de Almudena. De lo contrario, la salud de Victoria correría un grave peligro.

La oscuridad caía con mansedumbre sobre las copas de los árboles cuando llegué a la capilla. Su ubicación apartada y el entorno vegetal hacían que pareciese arrancada de cuajo del pasado, como un injerto atemporal. Una sensación que se acrecentó al abrir la puerta.

La penumbra se descolgaba desde el techo y las paredes, en las que solo se distinguían las altísimas ventanas. La claridad lunar que asomaba desde esas aberturas alcanzaba a iluminar muy débilmente la doble hilera de bancos de madera encarados al altar. En la vasta soledad de la nave, un movimiento y un rumor de tela me revelaron la presencia de la hermana, a la que vi avanzar por el pasillo en dirección a mí.

—Se preguntará por qué la he hecho venir aquí —me dijo justo después de saludarme. Sin esperar a que le respondiera, siguió hablando mientras me conducía hacia uno de los bancos delanteros, donde nos sentamos—. A esta hora no hay nadie y es el lugar más reservado de todo el sanatorio. Necesitaba un sitio así, lejos de oídos indiscretos.

—Pues usted dirá, hermana...

—Verá, lo que le voy a contar es muy delicado y comprometido, me resulta muy difícil explicárselo, pero no tengo alternativa. Si se lo cuento es porque, aunque no lo crea, confío en usted. Y sé que aprecia a la señorita Cano.

—Desde luego que sí, Victoria es una buena chica —me apresuré a confirmar, temerosa de que fuese a revelarme el castigo que había decidido imponerle.

—Lo es, no tengo ninguna duda, pero a menudo son, precisamente, las buenas personas quienes cometen los mayores errores. Y es nuestro deber ayudarlas.

—Sí, hermana, yo también lo creo. La chica lo está pasando muy mal con la presión de su familia para que se case. Ella adora su profesión y es una excelente enfermera, es una lástima que la obliguen a renunciar a ello.

—Así es, doctora, pero, por desgracia, no es solo eso lo que afecta a la señorita Cano. Hay algo más, una circunstancia mucho más grave y complicada que todos desconocen excepto yo. Es por eso por lo que la he hecho venir, porque necesito que me ayude.

El matiz que tomaba la conversación me iba llenando de asombro. Sin embargo, eso no era nada comparado con los cambios que observaba en el rostro de la hermana.

Tenía la impresión de haberme convertido en el espejo ante el que la actriz se desviste para despojarse de su personaje.

—Como ya le he dicho, doctora, confío en usted y por eso voy a explicarle la verdad. Le ayudará a comprender muchas cosas, sin duda, pero le ruego que no nos juzgue. Nuestro Señor ya se encargará de ello cuando nos llegue la hora.

—Por supuesto, hermana. Puede contar con mi discreción y con mi ayuda en todo lo que esté en mi mano.

—Se lo agradezco mucho, no se imagina lo que han sido estos tres últimos años... Desde que la señorita Cano se incorporó al personal del sanatorio.

—Ella me dijo que entró aquí recién salida de la Escuela de Enfermería.

—Así es. Aún no había cumplido los veinte años y estaba contentísima de poder trabajar en un centro de tan buena reputación. Por desgracia, su juventud y su inocencia jugaron en su contra y la hicieron ir por muy mal derrotero.

En ese momento dudé si decirle que conocía la afición a los ansiolíticos de la enfermera, para facilitarle la confianza. Pero preferí dejar que la monja siguiera expoliándose.

—Me resulta muy desagradable tener que decir esto, puesto que no me gusta airear trapos sucios, pero no tengo más remedio... Supongo que ya se habrá dado cuenta de qué pie cojea el director. Por su expresión veo que sí. Pues bien, como era de esperar, tardó muy poco en fijarse en la enfermera. Yo me di cuenta enseguida, ya que no era la primera vez que sucedía algo parecido, y decidí advertir a la señorita Cano, porque estaba en una situación muy vulnerable. Su candidez,

junto con el afán de escapar de las presiones de su familia, la hacían una presa fácil, si me permite la expresión. Cuando la puse sobre aviso, ella me lo agradeció mucho y rechazó al director. Pero él no se arredró y siguió insistiendo en sus galanterías hasta que consiguió lo que quería de ella.

—¿Me está diciendo que el director sedujo a Victoria? —pregunté, fingiendo escandalizarme.

En realidad, lo que me preocupaba era si la religiosa estaba al tanto de mi aventura con él.

—Por desgracia, sí, doctora. Y lo peor es que la dejó encinta. Así que imagínese la situación de la pobre chica... Estaba tan asustada ante la reacción que tendría su familia que acudió a mí para que la ayudase. Sé que le sorprende, pero yo ya había intentado protegerla avisándola y, además, por esa época yo me mostraba mucho menos arisca que ahora. Pronto entenderá el por qué.

—He prometido no juzgar, comprendo que debe de tener sus motivos para ser reservada.

—Los tengo, desde luego, y enseguida los sabrá. Verá, cuando el director se enteró de que la señorita Cano esperaba un hijo suyo, quiso desembarazarse de la criatura. Pretendía hacerlo en el mismo sanatorio, ayudado de un colega suyo, pero ella se negó. Como buena cristiana, se oponía a esa idea. Al final, tuve que hablar con él porque la enfermera habría acabado por ceder a sus presiones. ¡No se imagina cómo se puso! Me acusó de entrometida e incluso blasfemó contra la Iglesia. De haber podido me habría echado del sanatorio, pero no estaba en su mano hacerlo y, además, tenía miedo de lo que yo pudiese decir. Me costó mucho convencerlo de que guardaría el secreto y que los ayudaría a ocultarlo.

—¿Y cómo lo consiguió?

La monja clavó su mirada dolorida en mí. El peso de esos años de silencio se reflejaba en su expresión compungida. Al cabo de unos segundos, su boca se abrió y dejó ir un suspiro.

Fuera, el viento exhaló también, haciendo gemir la espesura.

Tercera parte

SANACIÓN

Donde quiera que se ama el arte de la medicina se ama también a la humanidad.

PLATÓN

Esa noche me di cuenta de la rapidez con la que puede transformarse el concepto que nos hemos formado de una persona. Cuando sor Pilar prosiguió con su relato, la imagen que hasta entonces había tenido de ella desapareció por completo. Revestida de humanidad, no veía en ella ni un ápice de severidad o rigidez.

Después de suspirar, siguió confiándose a mí:

—Propuse al director habilitar un espacio en el sótano donde esconder a la señorita Cano cuando su estado fuese demasiado evidente. Yo misma me encargaría de traerle alimento y de atender sus necesidades, incluido asistir en el parto. Después del alumbramiento, dejaríamos la criatura en la inclusa del Instituto Provincial de Puericultura. Al doctor Ramos no le agradaba nada la idea, ya que era muy arriesgada y precisaba de una vigilancia constante. Aun así, acabó por ceder. Supongo que pensaba que podría controlarme mejor si me implicaba. Y sabía que no podría contar conmigo en caso de que practicasen un aborto a la enfermera, lo cual es pecado mortal.

—Claro, era mejor convertirla en su cómplice.

—En efecto. Los tres nos compinchamos para que nadie en el sanatorio se diese cuenta de lo que pasaba, ni siquiera la compañera de cuarto de la señorita Cano. Llegado el momento, el director concedió un permiso especial a la enfermera por un supuesto problema familiar y la ocultamos en un cuarto del sótano durante casi dos meses. En cuanto a su familia, ella misma se encargó de comunicarles que debía cubrir el turno de una compañera que se había despedido de repente hasta que le encontrasen una sustituta y que, mientras tanto, no tendría días libres. Les pidió que no fueran a visitarla porque trabajando tantas horas acababa rendida y necesitaba descansar.

—¿Nadie sospechó?

—¡Nadie! A mí también me sorprendió, y le aseguro que los primeros días fueron un sinvivir. Me parecía imposible que no viesen en mi cara la culpabilidad. Me atormentaba el hecho de actuar de manera clandestina, de mentir, de proteger a unos adúlteros... Pero sentía tanta pena por Victoria...

Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila. Sus emociones habían acabado por imponerse a la formalidad de su discurso. Le pedí que continuase.

—Yo misma la asistí en el parto. No sé si sabe que me doctoré en Medicina antes de vestir el

hábito.

—Sabía que era médico, sí.

—En mis tiempos, las mujeres lo teníamos más difícil que ahora para ejercer la medicina. Tomar los votos me permitió dedicarme a tratar y cuidar enfermos, que era lo que yo anhelaba desde chica. Pero no me malinterprete, yo ya tenía vocación espiritual.

—No lo pongo en duda, hermana. Pueden tenerse varias vocaciones y la religiosa es perfectamente compatible con la médica.

—Así es, doctora. Pero me he desviado del tema. Como le digo, asistí a Victoria cuando dio a luz. Por fortuna no hubo complicaciones, porque eso hubiese sido un gravísimo problema. También fue una suerte que el niño naciese perfectamente sano.

—¿Cómo hizo para llevarlo a la inclusa?

La hermana clavó sus ojos en mí y declaró:

—No lo llevé, doctora. No pude.

—¿Lo entregó a alguien?

—Tampoco.

Por mi mente cruzó una última posibilidad atroz y desalmada. Un calambre recorrió mi espina dorsal, haciendo que mi sangre se congelase.

Me negaba a creer que la religiosa, cuya humanidad se me revelaba ahora, hubiese podido deshacerse del niño tras permitir que naciese. Pero ¿y Martín? Su carencia de escrúpulos lo capacitaba para realizar cualquier aberración. Incluido el sacrificio de su propio hijo.

Volví a estremecerme al imaginarlo así, como una horripilante parodia, narcisista y majadera, del patriarca Abraham. Por suerte, la hermana me liberó de esa visión aterradora:

—Victoria me pidió que esperase unos días, me suplicó que no la apartase tan pronto de su hijo. Yo intenté convencerla de que era muy peligroso tenerlo allí. Le dije que si nos descubrían se armaría un escándalo y podría incluso acabar en la cárcel. Pero ella no atendía a razones, estaba convencida de que el director sabría cómo mantener el secreto y que yo lo ayudaría a evitar a toda costa que sus padres se enterasen, porque si no, la obligarían a dejar de trabajar o le quitarían al niño. Ella quería ser una madre trabajadora, a pesar de lo mal visto que está, y la única forma de conseguirlo era que todo lo ocurrido fuese un secreto que no traspasara las paredes del sanatorio. Sus ruegos fueron tan insistentes y desesperados que no tuve valor para imponerme.

El ruido metálico de la llave al entrar en la cerradura pareció conjurar el tiempo. Mientras bajaba las escaleras hacia el sótano, precedida por sor Pilar, tuve la sensación de que me disponía a ensamblar retazos de momentos vividos allí para dotarlos de su auténtico significado.

No hacía ni un par de horas que me había reunido con la religiosa y todo tenía ahora un aspecto distinto. Descubrir la relación que sor Pilar había establecido con Victoria me hacía verla desde un prisma más humano. Pero lo que más me conmovía era el papel que había ejercido en relación con el niño.

—A medida que pasaban los días —me había confesado un rato antes— se me hacía más y más difícil decidirme a abandonar al recién nacido en la inclusa del Instituto Provincial de Puericultura, a pesar de que sabía que era la mejor solución. Y no era solo por el dolor que sabía que le provocaría a Victoria, sino por mi propio sufrimiento. Había ayudado a traerlo al mundo, a alimentarlo, a mantenerlo limpio y abrigado, y todo ello me había hecho crear un poderoso vínculo afectivo que me veía incapaz de romper.

—Me lo imagino hermana, tiene que ser durísimo...

—Lo es, doctora, mucho. Así que cuando llegó el momento de que la señorita Cano volviese a incorporarse al sanatorio, el niño seguía en el sótano. Entre ella y yo acordamos dividirnos para atenderlo y vigilarlo, mientras el director se ocupaba de mantener esa zona poco frecuentada. Era un niño buenísimo que comía y dormía bien pero, aun así, algún llanto era inevitable. Por suerte, las paredes de este edificio son gruesas, y también nos ayudó la leyenda del niño fantasma.

—¡Claro! —exclamé sorprendida de no haber caído en ese detalle mientras me relataba la historia—. Son los llantos que oyen los pacientes, si hasta yo los he oído. Pero... entonces, el niño sigue aquí.

—Sí. Por una cosa o por otra, nunca encontré el momento de liberarlo, si es que se puede llamar así a abandonar a la pobre criatura en una institución benéfica. Primero, Victoria sufrió una depresión nerviosa y no me pareció buena idea quitarle a su hijo. Luego, el crío enfermó de gastroenteritis. Aunque, en realidad, todos esos inconvenientes no dejaban de ser excusas que yo misma utilizaba porque me resistía a separarme de él. En todos estos años, mi prioridad ha sido que estuviese lo mejor atendido y lo más cómodo posible, pero no estoy tan ciega como para no darme cuenta de que no puede seguir así.

—Desde luego que no, eso sería muy cruel. Lo que no entiendo, hermana, es por qué me lo

cuenta justo ahora.

—Los motivos son varios. Como ya le he dicho, Victoria cayó en una depresión y, aunque ha tenido mejorías, no ha acabado de curarse. Creo que usted ya sabe de su inclinación hacia los sedantes, algo que me preocupa muchísimo.

—Sí, a mí también, y a la doctora Tejedor.

—Lo sé, lo sé... Ya me di cuenta de que, a pesar de haber descubierto su problema, no la delataban. De hecho, fue al ver que deseaban ayudarla cuando empecé a considerar la posibilidad de revelarles este secreto. Fue una pena que trasladasen a su compañera, estoy convencida de que nos habría sido de mucha ayuda.

Esa última frase me dejó perpleja. No me esforcé en ocultar a la religiosa lo chocante que me resultaba, ya que la consideraba responsable de la marcha de Almudena.

—¿Cómo? ¿No fue usted quien hizo que la enviasen a Navacerrada? Pensaba que le contó al director que nos había descubierto husmeando en el sótano aquella noche, y que por eso él la trasladó a otro sanatorio.

—En absoluto, doctora. Yo no tuve nada que ver y no le dije nada a nadie. De hecho, me sorprendió mucho que decidiesen prescindir de una profesional tan eficiente como la doctora Tejedor. Aunque más adelante comprendí lo que había pasado. En todos estos años he llegado a conocer muy bien al director. Sé cómo piensa y cómo actúa, y me he dado cuenta de que está furioso contra usted. Apartarla de su compañera fue una manera de castigarla. Pero no se preocupe, doctora; no es necesario que me dé explicaciones. Lo que importa es sacar al niño de aquí cuanto antes. Y, respondiendo a su pregunta sobre por qué ahora, como le decía, me inquieta la salud mental de Victoria. El doctor Ramos ha vuelto a seducirla y le ha prometido que se los llevará, a ella y al crío, a otro país. Cuando él la decepcione, porque lo hará, no sé cuál puede ser la reacción de la pobre chica... Por eso la he hecho venir hasta aquí: porque confío en usted y sé que quiere bien a Victoria.

—Pues sí, le tengo un gran afecto. Además, he estado muy angustiada estos últimos días, ya que su comportamiento me hacía pensar que sufría delirios provocados por algún tipo de trastorno mental. De hecho, hace poco fui a visitar a la doctora Tejedor para pedirle ayuda y me dijo que consultaría con un psiquiatra amigo suyo. Pero gracias a sus confianzas, hermana, me doy cuenta de que las salidas nocturnas que hace son para ir a ver al niño. Supongo que ya sabrá que le compra regalos.

—Por supuesto que lo sé, y no me agrada que sea tan imprudente. Menos mal que ha sido usted la única que se ha dado cuenta... Me alegra saber que puedo contar con su ayuda y con la de su antigua compañera de cuarto.

—¡Faltaría más! Pero antes, quisiera saber cómo está el niño —le rogué—. ¿Qué edad tiene ahora? ¿Cómo lo han hecho para que pueda desarrollarse intelectualmente?

—Cumplirá tres años en un par de meses, el 6 de diciembre. Su salud es buena, aunque apenas le toca la luz del sol, solo a través de una claraboya cubierta por visillos que da al jardín. Las únicas personas que ha visto en su vida somos Victoria y yo, y al director en contadas ocasiones. Le hemos enseñado a hablar, a caminar... Pero comprenderá que no es suficiente.

—Desde luego que no, pero al menos no es como esos casos de niños criados por animales. — De pronto entendí por qué Victoria le había comprado el cuento de *Tarzito y Bombín*.

—¡Uy, no! Moisés camina perfectamente erguido y sabe hablar.

—¿Moisés?

—Sí. Lo llamamos así porque, aunque yo no tenga poder para bautizar, quería al menos darle un nombre hasta que llegara el momento en que recibiese el sagrado sacramento. Yo le habría puesto Nicolás, ya que era el santo del día en que nació, pero como el niño dormía en un cesto, Victoria me dijo que le recordaba a Moisés, que, además, también estuvo escondido tras su nacimiento. Me pareció que era el nombre más indicado para él.

El cielo se había ido oscureciendo y la claridad lunar ya no bastaba para iluminar la capilla. Fue entonces cuando sor Pilar me propuso que visitásemos al niño.

—Victoria vendrá a verlo más tarde, y a esta hora casi todo el personal está ya en sus habitaciones. Aun así, tendremos que actuar con la máxima discreción.

Al salir de la capilla vi que, tal como había dicho la monja, el ambiente estaba tranquilo. Ya no quedaba nadie en la zona ajardinada que rodeaba el sanatorio, y en su interior solo nos topamos con una de las enfermeras de guardia.

Si una hora antes me hubiesen dicho que iría al sótano acompañada de la monja para que me abriese la misteriosa puerta que tanto intrigaba a Almudena, no me lo habría creído.

Aunque mis pupilas se habían dilatado para acostumbrarse a la oscuridad de aquel recinto subterráneo, cuando sor Pilar abrió la puerta no pude distinguir al niño.

Recorrí con la mirada la estancia rectangular, de unos cinco metros de largo por tres de ancho, y lo primero que me llamó la atención fue el tragaluz del que me había hablado la hermana. Estaba en lo alto de una de las paredes más largas y quedaba justo enfrente de la puerta. La luz lechosa que lo atravesaba difuminaba un poco las sombras que ascendían desde el suelo, pero bastaba para distinguir los bultos que estaban esparcidos aquí y allá.

De golpe, un haz de claridad emergió de entre las manos de la religiosa. Me sorprendió ver que acababa de encender una pequeña linterna con la que enfocó lo que nos rodeaba mientras me decía en voz baja:

—Debe de haberse quedado dormido, pobrecito. Normalmente, me espera para que le traiga la cena, pero son casi las diez... Voy a despertarlo; quédese aquí un minuto, por favor.

Me quedé inmóvil más o menos en mitad del cubículo. La limitada luz de la religiosa me permitió ver un par de taburetes y una caja de madera cubierta por un hule. Imaginé que aquel debía de ser el diminuto comedor donde el niño hacía sus colaciones. Un poco más allá había una estufa eléctrica y, pegado a una de las paredes, un colchón en el que sobresalía una pequeña silueta que no ocupaba ni la cuarta parte de su superficie.

Sor Pilar se inclinó sobre el jergón y la oí susurrar. Su tono tenía una dulzura desconocida que me conmovió. Pero lo que realmente me emocionó fue escuchar, al cabo de unos segundos, el agudo bisbiseo de una voz infantil.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo entero.

Sentí que se me erizaba el vello y una pena infinita se me agarró al pecho. Me costó un gran esfuerzo no romper a llorar al pensar en esa pequeña vida contenida en un diminuto espacio ceñido de sombras y silencio.

—Acérquese, doctora Sanz. —La voz susurrante de la hermana me hizo recobrar la compostura.

Respiré hondo y avancé con cautela hacia donde estaba la monja. Al acercarme vi que el niño se había incorporado, envuelto en una manta, pero todavía no podía distinguir bien sus facciones. La parte del suelo que ocupaba el colchón estaba cubierta por una alfombra para evitar que ascendiese el frío. No muy lejos había un pequeño orinal y un barreño.

—Mira, Moisés, esta señorita es amiga de tu mamá, se llama Paloma. Ha venido a conocerte,

porque le he dicho que eres muy bueno.

—Sí, me han contado que te portas muy bien —dije, tratando de contener la emoción—, por eso he venido a verte.

Nada más oírme hablar, el pequeño se escondió tras la monja. Su gesto, normal en chiquillos de su edad, me llenó de una tristeza tan desgarradora que se me humedecieron los ojos.

La religiosa siguió actuando con naturalidad, permitiendo que él se relajase y que a mí me diese tiempo a recobrar la compostura. Al cabo de unos segundos, volvió a invitarme a intervenir.

—Puede sentarse en uno de los taburetes si quiere, mientras Moisés cena. No se ha acabado las croquetas que le traje esta mañana y eso que estaban riquísimas...

—Sí que lo estaban, hermana —la apoyé—, yo me he comido cuatro.

—¿Lo oyes, Moisés? ¡Cuatro! Date prisa porque igual se come las tuyas...

Al oír eso, el niño saltó del colchón y corrió hacia uno de los taburetes, en el que se sentó dando un brinco. Pude ver una sonrisa traviesa en su rostro y ese gesto candoroso borró de golpe toda mi aflicción.

El pequeño seguía sin abrir la boca, pero sus ademanes indicaban que quería cenar. Arrimó el taburete hacia el cajón que hacía las veces de mesa y puso los dos puños cerrados sobre el hule. Al ver que vestía un pantaloncito corto de lana y un pullover de punto comprobé que, tal como me había dicho la monja, se había quedado dormido esperándola.

La luz de la linterna me permitió examinarlo disimuladamente. Era menudo para su edad, pero teniendo en cuenta la reclusión en la que vivía, su delgadez no me pareció alarmante. Tampoco me preocupó en exceso el tono blancuzco de su piel, ya que se correspondía con sus ojos claros y un cabello liso y casi rubio. Tenía una belleza cándida y angelical y un gran parecido con Victoria. Un pensamiento fugaz me hizo evocar a Martín, y sentí alivio al ver que no se le asemejaba en nada.

Mientras la monja daba de cenar al pequeño, me hablaba de manera que él pudiese comprendernos y se animase a intervenir. Me conmovió ver el cariño con el que lo trataba, así como sus ganas de hacer que yo sintiese la misma ternura que la había llevado a implicarse hasta ese punto.

—La señorita Paloma dice que no conoce a ningún niño que se porte tan bien como tú. Me ha contado que no saben estarse quietos, pero yo le he dicho que tú sí. Te quedas muy quietecito y sin hablar cuando no estamos ni mamá ni yo, ¿a qué sí?

De pronto, el crío volvió a dar un brinco y bajó del taburete. Correteó hacia un rincón para regresar cargando algo. Cuando se detuvo ante mí y me lo mostró, la emoción volvió a golpearme. Era el cuento de *Tarzito y Bombín*.

—Mira. De mi mamá.

—¡Qué bonito! —exclamé, y señalando al niño rubio con calzón de leopardo que se veía en la

portada añadí—: Se parece a ti.

—Nooooo, es Tarzito.

—Sí, es verdad; además, tú eres más guapo.

—No está quieto —me dijo señalando los dibujos que aparecían en las páginas interiores.

—Bueno, es que vive en la selva y juega con sus amiguitos.

Nada más decir eso, me di cuenta de mi error. No podía hablar con Moisés como con cualquier otro niño de tres años. Su expresión extrañada me hizo ver lo lejos que estaba de comprender lo que le decía. Por suerte ignoró mi comentario y continuó pasando las páginas hasta que se detuvo en una y me señaló el sol.

—Está allí. —Su dedo diminuto apuntaba hacia el tragaluz.

—Sí, es verdad, en lo alto del cielo.

—¿Cielo?

—Sí, es esto azul, ¿ves? —Pasé mis yemas por la superficie dibujada alrededor del astro.

El niño me observaba con gran interés mientras la hermana nos contemplaba en silencio.

De pronto, Moisés desvió su mirada del cuento a la claraboya y me preguntó:

—¿Allí?

—Sí, tesoro, el sol y el cielo están ahí fuera.

—Fuera es malo.

Almudena removi6 Roma con Santiago para que nos pudi6semos ver.

—Necesito tu ayuda urgentemente —le hab6a dicho por tel6fono, cubri6ndome la boca con la mano para que no se me oyese—. No puedo hablar por aqu6, tenemos que vernos cuanto antes.

No hab6an pasado ni doce horas desde que me hab6a despedido de sor Pilar despu6s de nuestra visita al s6tano, y hab6a dormido con un sue6o agitado, despert6ndome a cada momento.

Hacia las ocho de la ma6ana telefone6 a Almudena al sanatorio de Navacerrada. Mi antigua compa6era de cuarto se sobresalt6 al o6rme, pero no pude tranquilizarla demasiado. Convinimos en que ir6a a su casa dos d6as m6s tarde para explicarle los motivos de mi intempestiva llamada.

—Me tienes muy intrigada, Paloma —me dijo nada m6s abrir la puerta del piso—. En cuanto te colgu6 me puse a suplicar a mis colegas que me cambiasen el d6a libre para poder venir. Me he tenido que inventar una milonga para que al final uno me hiciese el favor.

—S6, yo tambi6n he tenido que poner una excusa para conseguir un intercambio, pero ya sabes que no te hubiese pedido vernos si no se tratase de algo vital. De todos modos, te lo agradezco mucho. Ser6 mejor que te sientes...

Ni siquiera esper6 a que me ofreciese un caf6. Apenas nos hubimos aposentado en el sof6 del comedor, la puse al tanto de todo lo que hab6a ocurrido desde mi cita con sor Pilar en la capilla.

A medida que hablaba, ve6a aflorar en el rostro de Almudena expresiones que deb6an de ser muy parecidas a las que experiment6 yo mientras la monja se sinceraba conmigo. La primera que emergi6 fue la sorpresa. Asom6 en sus ojos justo cuando le cont6 que la religiosa me hab6a citado en la capilla. Pero ese adem6n maravillado no fue nada en comparaci6n con las muecas que lo siguieron.

Cuando le desvel6 que el director hab6a dejado en estado a Victoria resopl6 de indignaci6n. Y su enojo fue en aumento al enterarse de cual hab6a sido su reacci6n al saberlo.

Solo al conocer la actuaci6n de la monja se relaj6 la tensi6n de sus m6sculos faciales. Ya no apretaba los labios ni sus ojos brillaban de ira, pero estaba tan conmocionada que se limit6 a escucharme mientras le contaba c6mo hab6a subsistido esos a6os el ni6o y mi emotivo encuentro con 6l.

—¿No dices nada? —le pregunte al terminar mi relato, al ver que me miraba en silencio.

—Es que... me he quedado de piedra, Paloma. T6 sabes que siempre pens6 que la hermana escond6a algo, pero jams6 habr6a imaginado una cosa as6. Y ahora me siento fatal por haber

pensado mal de ella. ¡Por amor de Dios, si se comportaba así era solo para proteger a Victoria y al crío! Y yo no dejaba de azuzarla...

—No te culpes, Almudena, si a mí me pasó lo mismo. Yo también pensé que era un mal bicho. Pero si la hubieses visto dándole de cenar... Parecía otra persona, te lo prometo. Se comportaba con él de una manera tan tierna y maternal... Suerte han tenido de sor Pilar los dos, la enfermera y el chico.

—¿Victoria sabe algo?

—No. ¿Crees que debemos hablar con ella?

—Por el momento, no. Comenté su caso con el psiquiatra del que te hablé ¿recuerdas? Y, como suponía, me dijo que tendría que visitarla para valorar su caso y elaborar un diagnóstico. Me aconsejó que, mientras tanto, hagamos todo lo posible para que se sienta bien, comprendida y querida. Si ahora le contamos que estamos al tanto de su situación y que sabemos lo de su hijo es muy posible que se sienta culpable, y si se hunde volverá a caer en las garras del Veronal.

—Tienes toda la razón, Almudena. Por lo menos es un alivio saber que no desvaría, como pensé al ver que guardaba cositas de niño.

—Pues no sé que es peor, chica, si estar loca o que te consideren una mujer de dudosa moral. En cualquiera de los dos casos pueden enchironarte. A Victoria no la encerrarán en un manicomio, pero lo más probable es que acabe en alguno de esos internados para mujeres caídas que tiene el Patronato de Protección a la Mujer, y entonces ya se puede olvidar de seguir trabajando de enfermera. Quedará marcada de por vida.

Aproveché ese momento para abordar una cuestión que me había mortificado a lo largo de los últimos dos días, desde que había sabido de la existencia de Moisés.

La preocupación por rescatar al niño se había impuesto sobre cualquier otro pensamiento. Había aplacado, incluso, la rabia sorda que sentía hacia Martín. Tras el choque que me había supuesto descubrir su vida clandestina, licenciosa y despiadada, solo podía pensar en ayudar a su principal víctima: Moisés.

Organizar su salida del sanatorio no me parecía excesivamente complicado. La monja y yo no solo estábamos familiarizadas con los horarios y rutinas del centro, sino que conocíamos a la perfección el edificio. Una vez fijásemos el momento indicado, no nos resultaría muy difícil sacar al niño de su escondite.

Pero después, ¿adónde lo llevaríamos? Necesitábamos un lugar donde cobijarlo hasta ver cómo solucionábamos la situación.

Yo no podía pedirles a mis padres que acogiesen a la criatura sin desvelar el secreto vergonzante de sus orígenes. No solo sería demasiado bochornoso para mí ponerles al tanto de las bajezas del director, sino que temía que viesan cuánto me afectaban. Y por nada del mundo quería que sospechasen que yo había tenido alguna relación con él.

Almudena tampoco podía hacerse cargo del pequeño. Si lo acogía, tendría que darle explicaciones a su marido e inventar una excusa para que su hijo de siete años lo entendiera.

Por otro lado, Moisés no estaba habituado a las personas. Convivir con tanta gente podría ser contraproducente para él. Sería mucho mejor llevarlo a un lugar tranquilo, para que pudiese habituarse gradualmente a vivir en sociedad.

Y no se me ocurría mejor sitio que el piso de Julio.

—Si le pido que acoja al niño unos días, estoy segura de que me dirá que sí —le comenté a Almudena—. Entonces valoraremos qué hacer para ayudar a Victoria. El problema es que tendré que contárselo todo a Julio y, como no tiene ni un pelo de tonto, atará cabos. Sabrá que a mí también me sedujo el director.

—Pues sí, no hace falta ser un lince para llegar a esa conclusión.

—Lo más seguro es que se lleve una decepción, Almudena. Dudo mucho que haya podido imaginarse lo bajo que caí —dije avergonzada—. Cuando se entere de que me lie con él, me verá como una fulana y no querrá saber nada más de mí.

—Me sabe mal tener que darte la razón, pero es lo más probable, Paloma.

—Tendré que arriesgarme y apechugar con lo que hice. No me perdonaría nunca haber dejado desamparada a esa criatura por preservar mi reputación.

Acordé con Almudena hablar con Julio para asegurarnos de tener un sitio donde llevar al niño cuando sor Pilar y yo lo sacásemos de su escondite. Mi antigua compañera me había garantizado su ayuda en todo cuanto fuese necesario para llevar a cabo la operación, excepto acoger al pequeño. Por eso era imprescindible contar con la implicación del periodista.

Cuando le llamé por teléfono, Julio se alarmó casi tanto como Almudena. Aunque su estupefacción tenía más de felicidad que de preocupación, por lo que estuvo encantado de quedar conmigo al día siguiente en el sanatorio. Era arriesgado que nos viésemos allí, pero el tiempo pesaba más que la prudencia.

—Me he llevado una alegría cuando he oído tu voz al descolgar —me dijo nada más verme.

Yo disimulé y fingí serenidad hasta que llegamos al rincón del jardín donde habíamos conversado la última vez que nos encontramos en el centro. Las hojas de los árboles tenían ya un tono entre rojizo y dorado que contrastaba en el grisáceo cielo otoñal.

Antes de que él pudiese decir nada, empecé a narrarle lo sucedido en los últimos cuatro días.

—¿Recuerdas lo que te expliqué sobre la puerta del sótano?

—Claro, la que vigila sor Pilar y que le costó el traslado a la doctora Tejedor. ¿Ha pasado algo?

—Pues sí. La hermana me contó porqué tiene tanto interés en ese cuartillo.

—¿La propia monja? ¡Esta sí que es buena!

A medida que avanzaba con la historia, Julio se mostraba cada vez más interesado y maravillado. Especialmente al enterarse de que el doctor Ramos era el galán de aquella trama, algo que jamás habría imaginado.

Percibí que le sorprendía no haberse dado cuenta de nada en los meses que estuvo allí internado. Los comentarios que me hacía evidenciaban que le asombraba no haber notado nada raro en el comportamiento de la monja ni en el del director. A Victoria preferí dejarla en el anonimato y me referí a ella como «una de las enfermeras».

Aprovechando que tenía toda su atención, continué con mi relato hasta el escabroso final.

Cuando acabé, el periodista se tomó unos segundos para meditar. Empezaba a anochecer pero la temperatura mantenía una tibieza confortable. A pesar de ello, me recorrió un escalofrío. Sabía que esa pausa era el preludio a sus conjeturas.

—La enfermera es Victoria, ¿verdad? —me preguntó, confirmando mis temores. Tras ver que

asentía, exclamó—: ¡Menuda le ha caído encima!

—Bueno, ahora está como en una nube porque el director la ha convencido de que va a dejar a su esposa para irse con ella y el niño. Sor Pilar quiere que la ayude a sacarlo de su escondite antes de que la enfermera cometa alguna locura.

Julio hizo una pausa para tomar aire y, después de exhalarlo, clavó su mirada en mí. Al empezar a hablarme, noté en el timbre de su voz una honda decepción.

—Entonces... el doctor Ramos es el colega del que me hablaste... El que prometió llevarte a Londres.

—Sí, Julio, es él. Fui tan ilusa como Victoria. Tan tonta como para caer en sus zalamerías y creerme sus promesas.

—Ese doctor del demonio debe de tener un don mágico para haber conseguido enredaros a las dos, porque ambas sois mujeres muy preparadas. Me parece inconcebible, la verdad.

—Tienes razón, no hay una explicación razonable. Pero ya sabes lo que dicen: que el corazón tiene razones que la razón ignora.

—Eso lo dijo el filósofo Blaise Pascal y, perdona, pero no creo que se aplique en este caso. Mira, yo no entiendo de filosofía ni de psiquiatría, pero de una cosa estoy seguro: lo que os provoca el director no tiene nada que ver con el corazón ni con el amor. Es solo una atracción provocada por sus malas artes para manipularos.

La decepción de su tono al hablar se había convertido en una cólera contenida. Esa ira encerraba un resentimiento personal, por lo que deduje que a Julio también le escocían las heridas que me había producido Martín.

—Siento en el alma haberte decepcionado, Julio.

—No lo has hecho, Paloma. Si de algo me he dado cuenta en esta vida es que cuanto más sensible y bondadoso es alguien, más atrae a este tipo de sabandijas. Lo único positivo de pasar por esta experiencia es lo que decía Friedrich Nietzsche: «Lo que no te mata, te hace más fuerte.»

Esa vez fui yo la que abrió un paréntesis. El nerviosismo temeroso que había sentido durante toda la conversación había dado paso a una intensa sensación de alivio al liberarme de todo lo que me pesaba en la conciencia.

—Me dejas sin palabras, Julio. Ni te imaginas lo que significa para mí que perdones mi gran equivocación.

—No soy yo quien debe perdonarte, sino tú misma. Estoy convencido de que serás más severa contigo misma de lo que pueda serlo yo. Además, ¿quién soy yo para juzgar a nadie? Lo único que me molesta es que hayas esperado tanto a decírmelo. Si no llega a ser por toda esta historia con sor Pilar, ¿me lo habrías contado?

—La verdad es que no lo sé, Julio. Tenía pánico a que te enfadases y no volver a saber de ti.

—Pues vaya concepto tienes de mí... —se limitó a decir con una sonrisa cansada.

Tras brindarle una mirada agradecida, decidí abordar el tema por el cual lo había citado. Faltaba poco para que comenzase una Junta de Médicos y no quería que notasen mi ausencia.

—Sé que es abusar de tu confianza, Julio, pero necesito que me ayudes a sacar al niño de ese sótano. La hermana y yo solas no podemos. Almudena ya me ha dicho que nos ayudará desde fuera, pero no puede acoger al crío en su casa, y en la de mis padres tampoco se puede quedar. No me atrevo a explicarles todo esto. Me avergüenza muchísimo, como comprenderás.

—¿Quieres que el crío se quede conmigo? —preguntó sin ocultar su sorpresa.

—No se me ocurre otro sitio... Será por poco tiempo, porque en cuanto denunciemos el caso a la policía, imagino que se harán cargo de él.

—Cuenta conmigo, Paloma. Ese niño no puede seguir así. Vamos a fijar ya un día y un lugar para reunirnos los cuatro y trazar un plan para sacar a esa pobre criatura del sótano.

Tuvo que pasar todavía una semana más para que se pudiese concretar la reunión entre los cuatro. Hacer coincidir un día libre mío con una salida de sor Pilar habría resultado sospechoso para Victoria y para Martín, así que esperamos a que Almudena tuviese disponibilidad para conseguir desplazarse hasta el sanatorio.

Lo importante era que el plan de rescate se había puesto en marcha, y era cuestión de días que Moisés abandonase al fin su reclusión.

El pinar donde nos citamos esa mañana de noviembre nos acogió con una mullida alfombra ocre. Las agujas de pino caídas sobre la tierra crujieron levemente cuando me adentré en el rincón arbolado que habíamos escogido como punto de encuentro. La pinada se abría al otro lado de la carretera que pasaba por delante del sanatorio y nos pareció el lugar más discreto para encontrarnos.

Los días previos a la cita me había resultado difícil comportarme con naturalidad ante la enfermera. Por suerte, ella seguía manteniendo un ánimo exultante y apenas se fijaba en mí. No obstante, esa actitud desenfadada me provocaba sentimientos contradictorios.

Por una parte me proporcionaba tranquilidad, ya que su estado de euforia hacía que se interesase poco por cuanto sucedía a su alrededor. Esa indiferencia ante cualquier cosa que no fuese el radiante futuro que perfilaba en su imaginación facilitaba mi disimulo. Y, de paso, las maniobras que llevaba a cabo para liberar a su hijito de su reclusión.

Por la otra, su entusiasmo me llenaba de angustia porque se me antojaba una peligrosa munición que explotaría en el momento del desengaño. Y cuanto más grande fuese su ilusión, mayor magnitud tendría el estallido.

Al final resolví no angustiarme por algo que no podía controlar y centré mi atención en el principal objetivo: la liberación de Moisés. Llegado el momento, me dije, ya solucionaríamos los posibles problemas.

A la dificultad de convivir con la alegría de Victoria se le sumó la incomodidad del trato con el director. A pesar de que no eran muchas las ocasiones en que coincidíamos, era inevitable que me cruzase con él de vez en cuando. Si eso sucedía, la tensión era tan palpable que me maravillaba que nadie lo notase.

Para suavizar esos embarazosos momentos, yo eludía su mirada, y si no me quedaba otro remedio que dirigirme a él lo hacía con la máxima formalidad. Más de una vez se hizo el

encontradizo para abordarme, pero yo lo evité de la manera más tajante. Mi actitud resoluta e inflexible me hizo ser consciente de que esa fortaleza provenía del inmenso dolor que me había provocado y contra el cual ahora me protegía con un ahínco inusitado.

Cuando me adentré en el pinar sentí que me abrazaba una calma antigua. La placidez que descendía desde el cielo despejado se entrelazaba con la quietud que rodeaba las coníferas. Era un silencio venerable en el que solo se oían mis pisadas y el arrullo de alguna paloma torcaz.

Al detenerme, vi cómo la luz se deslizaba a través del bosque. Un aroma intenso a pino vivificó mis pulmones y aproveché para inhalarlo con fuerza. El rumor de unos pasos me arrancó de ese momento de intimidad silvestre para hacerme ver que se acercaba Julio. Mi dicha se duplicó al instante.

—Tan puntual como siempre —le dije después de saludarlo.

En lugar de contestarme, el periodista me respondió con un ademán que me pareció condescendiente. Quizás fuesen figuraciones mías, pero me dejó intranquila. Desde nuestra última conversación no habíamos vuelto a vernos, y no sabía hasta qué punto había afectado a nuestra amistad.

A pesar de que llevaba una semana preguntándome qué pasaría entre nosotros, me limité a sonreírle. No era el momento de aclarar nuestra situación. Antes de que pudiese enhebrar otra frase de cortesía, una figura surgió de entre los troncos parduzcos.

—He visto a la hermana al otro lado de la carretera —anunció Almudena—. No tardará en llegar.

En efecto, tal como nos había avisado mi excompañera, a los pocos minutos vimos aparecer a la monja. Me sorprendió la agilidad con la que se movía entre el bosque, como si se tratase de una excursionista experimentada.

En cuanto estuvimos los cuatro juntos, me di cuenta de que no quedaba ni rastro de la antigua rivalidad que había habido entre ella y Almudena. Las dos se saludaron como si nada hubiese ocurrido y fuesen viejas colegas que volvían a reencontrarse. Aquella camaradería me insufló seguridad. Era justo lo que necesitaba para seguir adelante con nuestro objetivo, sin importar la opinión que Julio tuviera ahora sobre mí y sin pensar en lo que me depararía el futuro.

—Ni la señorita Cano ni el doctor Ramos albergan la menor sospecha de que tramamos algo —nos tranquilizó sor Pilar—, por eso es preciso que actuemos cuanto antes. El mejor momento será de noche, cuando todos duerman.

—Pero corremos el peligro de ser descubiertos al menor ruido —intervino Julio—. Si alguien se despierta y la ve a usted por los pasillos con una criatura... ¿Cómo lo va a justificar? ¿No sería mejor hacerlo a la luz del día y fingir que acompaña al hijo de alguna visita que se ha escapado de la vigilancia de sus padres?

—En un primer momento lo pensé, señor Aranda, pero eso nos obligaría a evitar a Victoria y al

director, lo cual es bastante complicado. Además, me temo que esa explicación resultaría muy extraña, ya que aquí nunca vienen niños. Ya sabe que la gente tiene un miedo espantoso al contagio.

—Es verdad, hermana, no había caído... En ese caso, será mejor hacer lo que usted sugiere. ¿Ha pensado en alguna estrategia concreta?

—Por supuesto. La doctora Sanz se encargará de vigilar que la zona del vestíbulo esté despejada para que yo pueda sacar al niño. Otro motivo por el cual es conveniente que lo hagamos de noche es que Moisés tiene un sueño muy profundo, y será mucho más fácil trasladarlo estando dormido. El trayecto entre el sótano y la salida es corto, con lo que bastará con aprovechar el momento en que no se encuentre allí ningún médico ni enfermera de guardia.

—Será fácil porque conozco las rutinas nocturnas —me apresuré a decir, justo antes de la intervención de Almudena, que había estado escuchando con atención.

—Yo también creo que no les resultará difícil, hermana. Además, si tapa bien al niño, en el hipotético caso de que se tope con alguien podría parecer que es un fardo de ropa. Mantas para los pobres que usted trajina porque tiene problemas de insomnio. Es increíble lo que llega a tragarse la gente... Lo que me preocupa es lo que haremos una vez que el niño esté fuera. ¿Se encargará usted, Julio?

—Lo mejor será que alquile un coche para llevarlo a casa. Pero necesitaría que usted, doctora Tejedor, me acompañara por si el niño se despierta durante el trayecto. También tendría que quedarse a pasar el resto de la noche con él, hasta que sor Pilar pueda venir, porque el chico no me conoce y lo más probable es que se asuste cuando me vea.

—¿Yo? A mí tampoco me ha visto nunca. Me parece bien acompañarlo, pero dudo que yo pueda hacer que el chiquillo no se asuste si se despierta en un lugar desconocido.

Antes de que la hermana pudiese intervenir, el periodista se apresuró a preguntarme.

—¿Y usted, doctora Sanz? ¿Podría acompañarnos y quedarse a pasar la noche? Por lo menos a usted la ha visto una vez y sabe que es amiga de su madre.

—Por supuesto que sí. Lo organizaré todo para poder estar con el niño hasta la mañana siguiente, cuando la hermana me releve.

—Muy bien, entonces. Así, mientras usted se ocupa de él, yo me encargará de las gestiones con la policía.

—Aguarde un momento, joven —se apresuró a decir sor Pilar. Aunque mantenía la calma, su voz sonó alarmada—. Si avisamos a la policía, lo primero que hará será detener a la señorita Cano y al doctor Ramos. Incluso es posible que a mí también.

—No se inquiete, hermana, soy consciente de ello y por eso he pensado en llamar a un antiguo compañero de mi padre, que era inspector de la Brigada de Investigación Criminal. Mi padre se retiró hace un año, pero el comisario Salcedo sigue en el Cuerpo.

—¿Y cree que nos ayudará?

—Estoy seguro de que hará cuanto le sea posible. Si hay alguien capaz de evitar que Victoria vaya a prisión es él. Y también espero que nos aconseje sobre cómo evitar que la consideren una mujer caída y que acabe internada en alguno de los centros que gestiona el Patronato de Protección a la Mujer.

—No sabe cómo le agradezco su ayuda —dijo la monja con un temblor de emoción en su voz—. Temo por la salud mental de la señorita Cano y sé que no resistiría la prisión, ni tampoco uno de esos internados para madres solteras.

—Lo evitaremos a toda costa, hermana, pero Victoria tendrá que estar dispuesta a renunciar a su hijo...

—Me encargaré de convencerla, no se preocupe. Ahora concretemos el día. ¿Les parece bien la noche del viernes? Si cojo el primer autobús podría estar en su domicilio, señor Aranda, sobre las ocho de la mañana del sábado.

No era la primera vez que me escurría por los corredores vacíos del sanatorio de manera clandestina y, sin embargo, jamás había sentido una excitación semejante.

La desazón que me encogía el estómago era mucho más intensa que la que había experimentado junto a Almudena cuando la había acompañado en la incursión nocturna. Pegada a la pared del pasillo que comunicaba el vestíbulo con el sótano, observaba la enorme sala, desierta a esas horas, intentando controlar el temblor que me trepaba por las piernas.

Desde aquel ángulo tenía una visión total de la antesala y de la puerta que daba acceso al sanatorio. Durante unos instantes que se me hicieron interminables estuve atenta a los movimientos del celador nocturno, esperando el momento en que abandonase la recepción para avisar a sor Pilar.

Tal y como habíamos acordado, la monja aguardaba mis indicaciones no muy lejos, oculta entre las sombras de las escaleras que conducían al sótano, cargando con el niño dormido. Lo había sacado de su escondite poco antes, envuelto en unas mantas, y desde donde yo estaba podía ver el rostro expectante de la religiosa enmarcado en la penumbra.

Cuando, por fin, el celador salió del vestíbulo en dirección a la zona de laboratorios, hice una señal a sor Pilar. El momento que esperábamos había llegado y teníamos que actuar con rapidez. Consciente de ello, la monja no tardó ni cinco segundos en recorrer el espacio que nos separaba. Con el niño entre los brazos, bien oculto bajo las mantas, sin mediar palabra conmigo pasó de largo y se dirigió a la puerta de salida.

Yo me quedé inmóvil unos instantes, vigilando que nadie se acercara. A pesar de la velocidad a la que caminaba la hermana, tuve la sensación de que el tiempo no avanzaba. Mis latidos bombeaban a un ritmo mucho más rápido que el de las agujas del reloj que presidía el vestíbulo, cargando con un peso de siglos.

Tras aquel lapso que se me hizo eterno, vi al fin que la monja alcanzaba la puerta. Abandoné mi puesto inmediatamente y la seguí tan deprisa como pude. No sé cómo, mis piernas consiguieron recobrar su entereza y dejaron de temblar, para unirse a la carrera que nos llevó a los tres hasta el enorme portalón del jardín.

Unas nubes densas y oscuras absorbían la luz estelar. La luna apenas se intuía bajo ese muro de tinieblas que hacía la negrura aún más opaca. Esa oscuridad nos protegía, aunque también nos

obligaba a avanzar con cautela, tan rápido como nos era posible, guiadas tan solo por el resplandor lejano de las farolas de la calle.

En cuanto llegamos al enrejado que rodeaba el jardín, sor Pilar se detuvo en seco y, sin dejar de sostener al pequeño, extrajo una llave de su hábito. Sin siquiera darme tiempo a recuperar el aliento, la introdujo en la cerradura y abrió la cancela. Su destreza seguía maravillándome, ya que yo no conseguía deshacerme del todo de mi torpeza. Las rodillas volvían a temblarme y el corazón me golpeaba con fuerza en el pecho.

La trascendencia de lo que estaba a punto de suceder ocupaba todo mi pensamiento. Era consciente de que esa verja no solo separaba la enfermedad de la salud. Ahora era el umbral que conducía de la reclusión a la libertad.

Y una vez lo cruzásemos, ya no habría marcha atrás.

—Si se despierta, dígame que vendré enseguida —me susurró la hermana al depositar la criatura en mis brazos; parecía mentira que pesase tan poco—. Y recuerde que le gusta mucho que le expliquen cuentos y dibujar, puede entretenerlo así hasta que yo llegue. Haré lo imposible para que sea temprano. Hasta mañana, doctora, y que Dios los bendiga por todo lo que están haciendo.

Su mano estrechó la mía para infundirse ánimo. La pobre luz de las escasas farolas de la calle no me permitía verle el rostro, pero estaba segura de que luchaba por contener las lágrimas. El tacto extrañamente cálido de sus dedos me inculcaba el torrente emocional provocado por la separación de su protegido.

De hecho, unos días antes ya me había aleccionado sobre cómo debía tratarlo cuando me encontrase a solas con él. Y fue inevitable pensar que actuaba igual que lo haría una madre al dejar a su hijo al cuidado de otra persona.

Sin pensarlo más, crucé la cancela y caminé en dirección a la parada del autobús. No miré atrás. A esas horas de la noche ya no había servicio, por lo que no se veía ni un alma en la explanada que dominaba el sanatorio que acababa de dejar a mis espaldas.

Tal y como habíamos convenido, el coche en el que nos esperaban Julio y Almudena se había detenido no muy lejos de la marquesina del autobús. Se trataba de un FIAT 1400 de un azul metalizado que se mimetizaba con las sombras que se cernían a su alrededor.

Al acercarnos, el motor rugió rompiendo el silencio nocturno. El periodista acababa de encenderlo, dispuesto a emprender la marcha, mientras Almudena se bajaba del vehículo para abrirnos la puerta trasera.

—Lo he conseguido en un concesionario de la calle Aduana, donde alquilan vehículos sin chofer —nos explicó Julio en un susurro, para no despertar a Moisés.

Cuando el coche arrancó, nos sumimos en un silencio que duró casi todo el trayecto. El temor a interrumpir el sueño del niño, acomodado en el asiento trasero, junto a mí, era demasiado grande.

Si abría los ojos y se descubriría en un lugar totalmente desconocido, rodeado de extraños, se asustaría muchísimo y no queríamos provocarle esa conmoción.

La carretera que conducía al sanatorio estaba prácticamente desierta. La noche nubosa y sin estrellas ocultaba el monte, que era apenas una sombra que se intuía a ambos lados del asfalto. Solo al cabo de media hora, cuando ya nos acercábamos a Madrid, empezamos a cruzarnos con algún vehículo. Algo después, el tráfico se intensificó y las luces callejeras deshicieron la oscuridad, evidenciando así que entrábamos en el bullicio de la ciudad.

Fue entonces cuando el periodista rompió el silencio.

—Voy a desviarme para acercar a la doctora Tejedor a su casa. No tardaremos mucho. ¿El niño sigue durmiendo?

Asentí. Moisés ni siquiera había cambiado de postura desde que lo habíamos dejado tendido sobre el asiento trasero. Parecía la encarnación de la placidez, con sus ojitos cerrados y los labios entreabiertos por los que dejaba escapar una respiración profunda.

Me fijé entonces en que abrazaba con fuerza el osito de felpa que yo había descubierto unos días atrás bajo la almohada de Victoria. Y esa imagen me llenó de ternura.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo entero al imaginar lo que sucedería cuando esos párpados se abriesen.

—Voy a avisar al comisario Salcedo de que ya hemos sacado al niño. Creo que ya te comenté que había sido compañero de mi padre cuando trabajaba en la Brigada de Investigación Criminal, ¿verdad?

De pie en medio de la cocina, Julio no esperó siquiera a que me sentase para informarme de sus intenciones. No hacía ni quince minutos que habíamos entrado por la puerta de su casa, y yo me había quedado un rato junto al crío, que seguía profundamente dormido tras acostarlo en uno de los dormitorios.

Antes de responderle, me senté en una silla de la pequeña mesa de cocina y comenté:

—Esperemos que no tenga despertares nocturnos, la mayoría de los niños de su edad acostumbran a tenerlos. ¿Qué has dicho de avisar a la policía?

—Que podría llamar al comisario del que os hablé, el que nos ayudará a proteger a Victoria por la amistad que tiene aún con mi familia.

Por unos instantes me supo mal haber estado tan pendiente de mí que apenas había prestado atención a lo que decía el periodista. No obstante, mi malestar se disipó enseguida y se impuso la preocupación por el pequeño Moisés.

—¿No crees que es demasiado tarde para llamar al comisario?

—Tienes razón, son más de las doce de la noche... Le llamaré temprano por la mañana. Además, él ya está al corriente porque fui a verlo al día siguiente a nuestra reunión. No os dije nada por prudencia.

—¿Y qué piensa de todo este embrollo? ¿Ayudará a Victoria?

—Esa es su intención, pero tendrá que abrir una investigación primero e intentar que no se arme demasiado escándalo. Me dijo que confiase en él y que, sobre todo, mantuviésemos la calma y la boca cerrada.

Estuve de acuerdo con él. Habíamos dejado atrás el mayor peligro, que era sacar al crío del sanatorio sin que nadie se diese cuenta, y ahora el pequeño estaba a salvo, descansando a pocos metros de nosotros. A partir de ese momento se imponían la discreción y la tranquilidad. El problema era que yo arrastraba todavía la inercia de la huida y me resultaba imposible relajarme.

Julio pareció leerme el pensamiento.

—¿Te apetece un café? Aún nos quedan unas cuantas horas por delante.

—Sí, por favor, aunque no lo necesito para mantenerme despierta...

—Bueno, si luego te entra el sueño siempre puedes echarte un rato. En la habitación donde hemos acostado al niño hay dos camas. Yo me quedaré despierto, soy bastante noctámbulo.

Empecé a darme cuenta de que apenas sabía nada de la vida de Julio, así que aproveché para interrogarlo sobre su nueva vivienda:

—¿Qué tal la nueva casa? ¿Ya te has adaptado al barrio?

—La verdad es que no paso mucho tiempo aquí... El trabajo me absorbe mucho, y como la redacción del periódico no queda lejos del piso de mis padres, la mayoría de las veces como o ceno con ellos, dependiendo del día.

—Da la sensación de que esta zona es bastante tranquila. He visto algunas casitas y villas que hacen que parezca que estás fuera de Madrid.

—Bueno, esa era la idea del ingeniero que proyectó Ciudad Lineal, Arturo Soria. Quería construir una ciudad alargada que rodease Madrid. Una gran avenida con viviendas a ambos lados que tuviesen un pequeño terreno. Pero al final el resultado no fue el que esperaba. La Guerra Civil hizo que en lugar de cincuenta kilómetros acabase teniendo solo cinco.

—Vaya... De todos modos, este piso me parece muy bonito, Julio.

—Gracias. Para mí es casi un lujo, aunque algunas calles no están ni asfaltadas. Aun así, a veces tengo la sensación de estar en un barrio residencial.

El borboteo del café interrumpió la conversación. El periodista apagó el fuego azulado del fogón sobre el que hervía la cafetera, mientras yo aspiraba su aroma estimulante. Un perfume que para mí era sinónimo de hogar y de bienestar.

Cuando Julio depositó ante mí una tacita humeante sentí que me ofrecía un pedazo de su intimidad. A pesar de lo formal de nuestra charla, me gustaba estar en su cocina y compartir el mismo café que se preparaba cada mañana. Además, nos unía un mismo propósito: la salvación del pequeño Moisés.

Nunca antes me había sentido tan unida a quien ya consideraba más que un amigo. Una especie de embriaguez me animó a sincerarme:

—Julio, siento mucho no haberte tratado mejor estos últimos meses.

—¿Cómo? ¿Pero qué estupidez es esa? ¡Si eres el médico que me ha curado!

—Ya sabes a qué me refiero... —repliqué ante su expresión guasona—. Te oculté mi relación con el doctor Ramos, y ahora me doy cuenta de que apenas sé nada de ti. He estado tan ofuscada con mis problemas que me he comportado como una egoísta. Y me sabe mal haberte usado como paño de lágrimas.

—Bueno... No tienes que disculparte de nada, Paloma. Es comprensible que estuvieses preocupada y no pensases en nada más. A cualquiera en tu lugar le pasaría lo mismo. Y a mí me gusta escuchar. Desde que tengo uso de razón, siempre me ha interesado conocer las venturas y

desventuras de la gente. Puede que sea deformación profesional, no lo sé, pero hay algo seguro: cuanto más me importa alguien, más me interesan sus preocupaciones.

Al decir esa frase, puso su mano sobre la mía. Fue un acto amistoso, desprovisto de cualquier connotación que no fuese infundirme ánimos, un ademán similar al que me había hecho sor Pilar, justo antes de entregarme al niño. Sin embargo, ese contacto amable pronto se transformó en una caricia.

El tacto de su piel sobre el dorso de mi mano me llenó de una calidez agradable. Como si su epidermis derramase sobre la mía un bálsamo que se extendía desde las puntas de mis dedos hasta mi cuero cabelludo. Esa sensación tan agradable hizo que, instintivamente, girase mi mano para estrechar la suya. Fue entonces cuando la corriente balsámica se transformó en un torrente magnético que nos hizo confluír.

De pronto nos estábamos besando y nada se interponía entre nuestros cuerpos. Si acaso, la fragancia envolvente del café que se enfriaba en la misma medida en que se encendía nuestro abrazo.

No sé si el campo magnético en que nos fundimos duró mucho o poco. Solo supe que era el inicio de un tiempo sin miedos.

Aquella noche fue la más corta y la más larga de mi vida. Cuando mis labios se separaron de los de Julio, nuestras miradas se unieron, calladas. Por primera vez desde que nos conocíamos, nos conectaba el silencio. Y el mutismo sosegado de esa noche de trascendencias nos desvistió más que envolvernos.

Abrazados, sin hablar, sonriéndonos con los ojos, yo sentía una intimidad que me inundaba de felicidad, mucha más que cualquiera de los momentos vividos con Martín. Porque era un palpito conjunto, una pulsación semejante y generosa que latía a un mismo compás. Entonces me di cuenta de que Julio se había convertido en el cirujano que suturaba las heridas, aún abiertas, de mi corazón.

El café siguió enfriándose, resignado a nuestro ardor que se concretaba en caricias. Las manos de Julio se enlazaban en mi cintura para atraerme aún más hacia sus labios. Había una cierta avidez en sus besos, un ansia que espoleaba la mía y me hacía apretarme contra él con más fuerza incluso. En la estrechez de ese abrazo percibí claramente la manifestación física de su deseo, presionando con dureza contra mi pelvis. Tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerlo, porque yo también lo deseaba.

—Será mejor que no sigamos —le dije poniendo mi mano sobre su pecho para crear algo de distancia entre nuestros cuerpos, entre nuestros corazones...—. Moisés podría despertarse.

—Tienes razón, no es el momento. Además, quiero que estés segura de querer estar conmigo, y hoy estás demasiado sensible por todo lo que ha pasado.

Sonreí. Nunca jamás había estado tan convencida de algo como aquella noche. Dejar a Martín me había procurado una exultante sensación de alivio, pero besar a Julio me había confirmado la conquista de mi libertad.

Bebí el café tibio, embriagada por esa certeza. Y no sé si fue por eso por lo que me supo como un elixir. Como si se tratase de la sustancia precisa que requería en esos momentos mi organismo. Un filtro de amor destilado por ese hombre que me amaba a pesar de mis faltas, que había compartido conmigo mi sufrimiento y que ahora me ofrecía el único remedio capaz de hacerme sanar.

Estar con él en su cocina, tomando un café tibio con las manos enlazadas, besándonos con dulzura y charlando entre susurros, fue una experiencia casi irreal. La quietud nocturna creaba un espacio atemporal, teñido por el matiz mágico que le otorgaba la luna. Porque el astro había

acabado por emerger entre jirones nubosos para difundir una luz blanca que plateaba los contornos de los edificios.

Decidimos disfrutar de esa claridad saliendo al balcón. Antes comprobamos que el niño continuaba entregado a su sueño profundo. Nada más salir noté que el aire era frío. No obstante, la proximidad de Julio me provocaba tal calor que me preservaba de la temperatura exterior. Como si hubiese vuelto a leer mi pensamiento, el periodista me rodeó con sus brazos y, para frenar el deseo que azuzaba el contacto, empecé a charlar con él. Su voz rumorosa me acariciaba y me hacía sentir tan a gusto como antes lo habían hecho sus manos.

Fui encadenando preguntas que me descubrían facetas desconocidas de su existencia y que me acercaban irremisiblemente hacia él.

La luz del albor empezaba a imponerse en el cielo cuando escuché un gemido. Julio también lo oyó, porque se giró al mismo tiempo que yo. Nuestro abrazo se deshizo de golpe y ambos nos precipitamos hacia el interior de la vivienda, donde se percibía claramente el llanto del niño.

—Tranquilo, Moisés, soy Paloma —murmuré, al tiempo que lo abrazaba. El pequeño se había incorporado sobre el colchón y un par de lagrimones brillaban en su rostro, ensombrecido por la oscuridad del dormitorio—. Soy la amiga de tu mamá y de sor Pilar. Enseguida vendrán. No te preocupes, que yo me quedaré aquí contigo.

—Igual si enciendes la lámpara de la mesilla se tranquiliza.

El periodista se había quedado junto al umbral de la puerta, para no asustar al crío, y me hablaba en voz baja.

Palpé la superficie del mueble, situado junto a la cabecera de la cama, hasta que encontré el interruptor de la lamparilla. Una luz contenida iluminó la porción de espacio en que nos encontrábamos el niño y yo. A nuestro alrededor, la oscuridad ocultaba las paredes y solo dejaba asomar las siluetas del mobiliario.

El asombro ante lo que le desvelaba esa débil claridad hizo que Moisés callase unos segundos. Tras ese paréntesis, se abalanzó sobre mí y me abrazó entre sollozos.

Al final acabé por tenderme a su lado, sin dejar de abrazarlo y musitarle frases de consuelo. Reconfortado por mi presencia, el pequeño se fue calmando poco a poco. Julio se asomaba de vez en cuando, hasta que vio que el niño se había dormido y nos cerró la puerta. Hacía solo unos minutos que yo había apagado la luz, al ver que al crío lo vencía la somnolencia.

Envuelta en aquella oscuridad silenciosa, empecé a reflexionar. Casi no daba crédito a los cambios que se habían producido en tan poco tiempo. Aunque no quería enturbiar el presente con el recuerdo de Martín, era inevitable la comparación entre el tormento que me producía él y la plácida felicidad que compartía con Julio. Del mismo modo, también era asombroso que alguien tan mezquino como el director hubiese podido engendrar una criatura tan dulce como Moisés. Tal vez, medité antes de rendirme al sueño, el pequeño era el orden que surgía del caos.

—Ya he hablado con el comisario Salcedo —me dijo Julio cuando entré en el comedor con Moisés de la mano. Debía de haber descansado un par de horas cuando el niño se despertó y ya no quiso seguir durmiendo—. Van a ir al sanatorio a investigar. Dice que, de momento, dejemos que el chico se quede aquí, pero que tú vayas para allá en cuanto puedas.

—Mira, cielo, este señor es el dueño del piso. Se llama Julio. Siéntate aquí que ahora te trae un vaso de leche con galletas.

Mientras el niño desayunaba, me preparé para salir. Justo entonces llegó sor Pilar. Su cara demacrada demostraba que no había descansado nada aquella noche. Al verla, Moisés dio un salto, corrió de la silla hacia donde ella estaba y la abrazó. Sus temores nocturnos habían desaparecido por completo.

Una hora y media más tarde, un taxi me dejaba en el mismo lugar donde me había encontrado la noche anterior con Paloma y Julio. Había optado por ese medio de transporte porque el autobús aún tardaría mucho en pasar, y quería llegar al sanatorio antes del mediodía. Crucé la explanada a toda prisa mientras me fijaba en el coche de policía aparcado ante el enorme portalón enrejado. Mi ritmo cardíaco empezó a acelerarse.

Nada más atravesar la cancela pude percibir la anormalidad que flotaba en el ambiente. Una extraña calma se había enseñoreado del jardín de una manera amenazante y siniestra. No había ni un alma paseando por allí, y parecía que incluso los árboles contenían el aliento a la espera de una tragedia.

Al entrar en el vestíbulo me topé con un agente apostado junto a la puerta. Sin saludarme siquiera, me pidió que me identificase y, al ver mi nombre, me ordenó que fuese al despacho del director, donde me esperaba el comisario.

La frecuencia de mis latidos se disparó de golpe. Pensar que iba a encontrarme con Martín me produjo una sensación de ahogo. Me aterrorizaba imaginar cuál sería su reacción ahora que había sido descubierto. Porque estaba segura de que se las arreglaría para desviar la culpa y, de paso, aprovecharía la ocasión para cargar contra mí.

El recorrido a lo largo del corredor hizo aún más palpable la tensión que flotaba en el edificio. Un par de policías inspeccionaban el centro mientras sus compañeros se dedicaban a registrar el sótano. El personal se mostraba expectante, e incluso algunos cuchicheaban en corrillos desatendiendo sus obligaciones. Algunos pacientes se habían aventurado a acercarse a esa zona para preguntar qué sucedía, y las enfermeras batallaban para hacerlos regresar a su pabellón.

No sabía hasta qué punto estaban al tanto de lo ocurrido, pero no me atreví a preguntar. Por su manera de mirarme deduje que conocían mi implicación y que se morían de ganas de interrogarme. Seguramente se mostraban discretos por temor a los agentes.

—Por favor, doctora Sanz, siéntese.

La visión del comisario apoyado en la mesa del escritorio del despacho de Martín me

sobresaltó. Tardé unos segundos en despegarme del marco de la puerta desde donde observaba la estancia en busca del director. El policía se dio cuenta enseguida porque comentó:

—El doctor Ramos ha ido a comisaría a prestar declaración. Supongo que ya se imagina que estamos aquí para investigar lo sucedido con el crío encerrado en el sótano. Según me ha explicado el señor Aranda, usted es una de las personas que se lo llevó, ¿es cierto?

—Sí, ayudé a sor Pilar a sacarlo del sanatorio. Era una cuestión de humanidad.

—Por supuesto, doctora, no la estoy acusando de nada.

El temor ante la forma en que reaccionaría Martín seguía angustiándome, y lo que me dijo el comisario no acabó de tranquilizarme. Aun así, el hombre se esforzó en serenarme.

—Simplemente, quería comunicarle que se ha abierto una investigación y que tendrá que presentarse a declarar cuando se lo notifiquemos. De momento, el niño puede quedarse con ustedes hasta que el juez decida cómo proceder. Tengo entendido que la madre es la enfermera Victoria Cano, pero no logramos localizarla... ¿Tiene idea de dónde puede estar?

La pregunta del comisario me produjo un sobresalto. De repente había dejado de pensar en Martín, y el pavor que sentía por su posible venganza se disipó ante la preocupación por Victoria.

En cuanto me lo permitió el policía, abandoné el despacho a toda prisa, angustiada por el peso de un funesto presentimiento. Aunque había supuesto que la irrupción de los agentes en el sanatorio y el terror ante la revelación del escándalo alterarían a la enfermera, no había calibrado bien hasta qué punto. Y ahora por mi cabeza no dejaban de pasar imágenes de lo que le podía haber sucedido, culpándome por no haberlo previsto.

Después de tantos meses pendientes de ella, reflexionaba mientras corría por los pasillos, en el momento decisivo no habíamos tenido en cuenta cómo afectaría aquello su estado anímico.

Seguí mi carrera, ajena a las voces de mis compañeros. Tropecé con algunos de ellos, por torpeza o porque intentaron detener mi galope alocado. No me importaba. Nada era tan vital en esos momentos como encontrar a mi amiga.

No podía dejar de pensar en la conmoción que debía de haber supuesto para ella ver el sótano invadido por policías. Pude imaginar su desespero y, de manera inconsciente, reviví la mañana en que Almudena y yo la descubrimos drogada en su cama. Por más que intentaba alejarla, aquella imagen se repetía una y otra vez en mi mente como una amenaza. Y recé para que esta vez no fuese demasiado tarde.

Al llegar ante la puerta de nuestro dormitorio, la abrí de un manotazo y entré en ella como una corriente de aire. Al detenerme en seco, vi que el cuarto estaba vacío. Una quietud vigilante, como la que dominaba el jardín, flotaba en la estancia. Y esa inmovilidad me horrorizó.

Me fijé entonces en que las cortinas que cubrían la ventana se agitaban, movidas por el viento. Tuve la sensación de que todo aquello era irreal, de que no podía estar pasando.

Llevada por la inercia, aparté los visillos y, al asomarme, comprobé que la hierba bajo el alféizar estaba pisoteada. Deduje que Victoria había aprovechado que la habitación se encontraba en la planta baja para huir por la ventana. De ese modo había conseguido escabullirse sin ser vista. Pero ¿hacia dónde? Y lo que más me angustiaba: ¿con qué propósito?

Salí por el ventanal como un ladrón que huye al ser pillado por sorpresa. Con la mirada clavada en el césped, seguí las huellas que habían dejado sus pisadas, que me llevaron hacia la zona oeste del sanatorio, donde se hallaba la capilla.

El recuerdo del encuentro con sor Pilar, cuando me lo había revelado todo, se impuso en mi

pensamiento. Aquel pequeño oratorio volvía a erigirse en el epicentro de mis descubrimientos. Quizás por eso, me sobrecogí al traspasar su puerta.

Una oscuridad envolvente ocultaba los muros y ascendía hacia la techumbre. La densidad de esas sombras hacía que la luz que irradiaban las estrechas aberturas laterales refulgiese con un brillo deslumbrante. Un polvillo albino planeaba en la claridad pálida que descendía sobre el Cristo que presidía el altar.

Yo había dejado de correr. Intimidada por la quietud reverente de la capilla, avanzaba con pasos cautelosos por el pasillo que separaba las dos hileras de bancos. Mis latidos se habían serenado, pero bombeaban también con contención, como si se preparasen para lo que hacía rato presagiaban mis sentidos.

Entonces la vi.

Su silueta se recortaba a contraluz en la primera fila de asientos. Como estaba recostada sobre el respaldo, no la había distinguido al entrar. Solo al tenerla más cerca pude ver el contorno de su cabeza ladeada e inerte.

Corrí, ahora sí, hacía donde estaba. La rigidez antinatural de su postura me asustó, y en cuanto llegué junto a ella constaté que mi temor no era infundado.

Al ver que estaba inconsciente traté de despertarla, pero enseguida me di cuenta de que había entrado en un estado comatoso. Comprobé que, además de no responder a los estímulos, sus pupilas estaban dilatadas y no reaccionaban a la luz. Aunque conservaba los reflejos y su pulso era débil pero estable, me alarmé al ver que respiraba con dificultad.

Grité pidiendo ayuda y enseguida aparecieron tres religiosas que, al verme con la enfermera inconsciente, salieron despavoridas en busca de socorro. Fueron unos minutos angustiosos en los que no pude hacer otra cosa que colocarla en una posición en la que pudiese mantener las vías respiratorias abiertas y, después, vigilar que mantuviese sus signos vitales.

Cuando se la llevaron continué a su lado, a pesar de que seguía en coma. El niño estaba con sor Pilar y con Julio, pero Victoria no tenía a nadie.

Debía de haber visto la soledad erigirse ante ella cuando la policía se presentó en el sanatorio. Un abismo de desamparo que se desplegaba a su alrededor para dejarla indefensa, justo cuando el escándalo la empujaba a la palestra. Enloquecida ante esa perspectiva, no había encontrado otro alivio que los ansiolíticos y el último consuelo en la capilla.

Había sido un milagro encontrarla con vida. De haber tardado algo más, los efectos de la sobredosis habrían sido irreversibles. Ahora solo cabía esperar que el vaciado gástrico y la administración de carbono activado hiciesen su efecto, ya que yo no podía hacer por ella otra cosa que mantenerme a su lado. Sabía bien que el cariño debía formar también parte del tratamiento.

Dos semanas y un día después, Victoria despertó. Todo ese tiempo había estado conectada a varias máquinas, ya que algunos de sus órganos habían dejado de funcionar, pero su corazón se empeñaba en seguir latiendo.

Durante dieciséis días, sor Pilar y yo nos turnamos para hacerle compañía porque, tal como nos habíamos temido, su familia se desentendió de ella. Nada más tener noticia de la existencia del niño se lavaron las manos y no quisieron saber nada ni de su hija ni de lo que consideraban el fruto de su pecado.

La hermana, como yo, se sentía responsable de ella, ya que habíamos contribuido a ponerla en ese trance al llevarnos al pequeño.

Fue una suerte que ingresara en el Hospital Provincial de Madrid, ya que estaba situado en la calle de Atocha, muy próximo al Retiro, y Almudena vivía a pocos pasos de allí. Por eso, cada vez que volvía a casa a pasar sus días libres se escapaba un par de horas para relevarnos a la monja o a mí.

El frágil equilibrio que mantenía a Victoria entre la vida y la muerte había reforzado el lazo que nos unía a las tres. Al ver la entrega y dedicación de sor Pilar, me asombraba que hubiésemos podido tener tan mal concepto de ella. Seguía siendo adusta, pero la austeridad de sus gestos protegía un corazón tal vez demasiado sensible.

Durante el tiempo en que Victoria permaneció en coma, la policía archivó el caso de Moisés. Una vez hubimos declarado todos, y tras comprobar que no había ningún indicio que demostrase lo contrario, se determinó que no había habido ningún secuestro. Aun así, en el sanatorio se produjo un gran revuelo que duró semanas.

Yo me esforzaba por seguir mi rutina con naturalidad, pero me sentía observada tanto por el personal como por los pacientes. Hubo quien, incluso, se atrevió a hacerme alguna pregunta para conocer más detalles.

Yo me armé de paciencia, dispuesta a resistir unos cuantos días incómodos, consciente de que era cuestión de tiempo que las aguas volviesen a su cauce. Me ayudó mucho el hecho de que el director fuese trasladado al Hospital del Tórax de Tarrasa, una ciudad cercana a Barcelona, ya que al menos me ahorraba el mal trago de toparme con él. Todavía no tenía claro que Martín no fuese a tomar alguna represalia contra mí o contra sor Pilar, ya que nuestra intromisión lo había puesto en evidencia y lo había obligado a mudarse.

—No tienes de qué preocuparte —me decía Almudena cuando le confesaba mis temores—. No dirá nada de lo vuestro porque le daría aún más mala imagen. Como mucho podría contárselo a Julio, pero se llevaría un chasco porque él ya lo sabe.

Aunque tenía razón, me angustiaba pensar que el director podía revelar detalles íntimos y vergonzosos sobre mí al periodista. No obstante, no podía hacer otra cosa que asumir esa posibilidad y confiar en la solidez del vínculo que se estaba forjando entre Julio y yo.

Desde aquella noche que pasamos en vela vigilando el descanso de Moisés, nos habíamos visto a menudo. El niño solo estuvo en su casa unos días, tan intensos que apenas los recuerdo. Mientras yo permanecía al lado de Victoria, el periodista se hizo cargo del pequeño y me mantenía al tanto de todo, llamándome cada noche.

Por suerte, sor Pilar encontró enseguida una casa de acogida para el crío. Puesto que tanto el padre como su familia materna se habían desentendido de él y la madre estaba en coma, la monja se había convertido en su pariente más cercano. Eso le permitió arreglar las cosas para que su hermano y su cuñada lo acogiesen temporalmente.

Fue una buena solución, ya que habría sido muy traumático para Moisés ir a parar a un orfanato. Aun así, me preocupaba muchísimo su futuro. No sabía si Victoria lograría despertar y, en caso de que lo hiciese, ignoraba qué secuelas le dejaría el coma.

Al cabo de unos días del ingreso de la enfermera en el hospital, expliqué a mi familia lo ocurrido sin mencionarles quien era, en realidad, el padre de la criatura. No les había pasado por alto mi malestar, como tampoco mis constantes ausencias para visitar a mi amiga, y fue una sorpresa que se mostrasen tan comprensivos con ella. Al igual que había sucedido con sor Pilar, mis padres y mi hermana se mostraron afligidos por la desdicha de Victoria y me alentaron a seguir ayudándola.

Poco después, en cuanto Moisés se fue a su hogar de acogida, Julio empezó a venir a verme cuando yo visitaba a la enfermera.

—Pobrecilla —le dije en una de esas ocasiones, más reflexionando en voz alta que conversando con él—. Le ha salido caro dejarse llevar por la pasión. Estaba tan ilusionada por empezar una nueva vida...

—No le des más vueltas. Lo único que importa ahora es que se recupere.

—Desde luego, porque cuanto más se prolongue el estado comatoso, más improbable será que despierte, pero... ¡menudo panorama le espera!

—Lo resolveremos en su momento, Paloma. Como dice en una de sus novelas Edgar Rice Burroughs: «La vida sería un tormento horroroso si tuviera que pasármela aterrado por algo que aún no ha sucedido.»

A Julio le encantaba parafrasear citas de libros, la mayoría de los cuales yo desconocía. Al ver mi cara intrigada añadió:

—El creador de Tarzán, me gustan mucho sus novelas.

—A mí me encantan las películas de Johnny Weissmuller. Aunque no dicen frases tan profundas, claro.

Siempre acabábamos riendo, a pesar de la negra perspectiva que se abría ante nosotros. Esa mezcla de pavor y regocijo nos acercaba cada vez más. Y nuestra cercanía me descubría matices nuevos y atractivos del periodista. De no haber sido por las circunstancias, todo aquello habría desembocado en un noviazgo, pero yo me mantenía aferrada a la cama de hospital en la que Victoria permanecía inerte, como una Bella Durmiente.

Al final no fue un beso lo que la despertó. Lo hizo por sí sola un domingo de mediados de noviembre, justo cuando me despedía de sor Pilar, que acababa de llegar para relevarme. Parecía que hubiese escogido el momento en que estábamos las dos para abrir los ojos y enfocarnos con una mirada turbia. A pesar de que el gesto nos llenó de alegría, contuvimos nuestras muestras de entusiasmo para no incidir en su despertar progresivo.

Durante los días que siguieron nos turnamos para acompañarla en su recuperación de la consciencia. Nos preocupaban las complicaciones físicas y psicológicas que podría tener pero, de forma casi milagrosa, fue recuperando gradualmente su capacidad de respuesta a estímulos externos.

Al principio se mostraba confusa, por lo que le hablábamos despacio y en un tono muy suave, evitando mencionar cualquier cosa que pudiese resultarle desagradable. La dejábamos descansar durante horas y, como le costaba hablar, procurábamos obtener su respuesta a través de sus sentidos, haciendo que nos mirase, que escuchase los sonidos del ambiente o que percibiese los olores y sabores de la comida.

—¿Qué hago aquí? —me preguntó una tarde, cuando ya hacía cuatro días que había despertado.

—Te traje una ambulancia desde el sanatorio porque te desmayaste.

—No me acuerdo de nada. Pero... ¿por qué me desmayé?

—Creo que te sentó mal algún fármaco.

No me atreví a decirle la verdad. Tenía miedo de que empezase a recordar y volviese a experimentar la misma desesperación que la había trastornado. Por suerte tardó un tiempo en volver a sacar el tema.

—Ya me acuerdo de lo que pasó, Paloma. Vino la policía y me asusté. Fui a buscar a la hermana, pero tampoco estaba, y me tomé varias pastillas de Veronal. Pero no sé nada más, ¿tú sabes lo que ha pasado? ¿Y mis padres? No han venido a verme.

—No, Victoria, pero nos tienes a sor Pilar, a Almudena y a mí...

—Se han enterado de lo del niño, ¿verdad? —dijo con una entereza que nos sorprendió—. Por eso no quieren saber nada de mí.

Noté que se contenía para no romper a llorar. Para distraerla, di a la conversación otro enfoque.

—Moisés está viviendo con el hermano y la cuñada de sor Pilar, ¿te lo puedes creer? Ha sido una suerte, porque así ella puede seguir cuidándolo y él no nota tanto el cambio.

—Pobrecito, lo ha pasado tan mal...

—Pero ahora está muy bien, es un niño muy fuerte y valiente.

—Sí, mucho... Yo pensaba que todo iba arreglarse, Paloma, que iba a darle por fin una buena vida... ¡Dios mío! ¡Qué tonta he sido!

—No te culpes, Victoria. Lo primordial es que te has recuperado, el niño está en buenas manos y nos tienes a nosotras. Ya verás como cuando salgas de aquí todo se soluciona.

Mis palabras de consuelo eran pura cortesía. Sabía mejor que nadie lo que sentía la enfermera. La profunda decepción que le producía descubrir que la persona que había amado no era más que un fraude. Pero también sabía que asumirlo le proporcionaría la liberación que tanto necesitaba.

Después de esa mañana, Victoria no volvió a mencionar ni a Moisés ni a sus padres ni al director. Las conversaciones con ella se centraban en temas más banales y lo que yo le contaba sobre mi día a día. Me daba mucha lástima que tuviese que pasar allí las Navidades, pero su médico le había asegurado que saldría pasadas las fiestas y eso la animó. Aunque no podía volver a casa de sus padres, prefería estar en cualquier sitio antes que seguir en el hospital.

Cuando le dieron el alta, había perdido diez kilos y estaba aún muy débil. Todavía le quedaba por delante un largo período de recuperación, pero había ido recobrando gran parte de sus habilidades motoras y cognitivas. Además, contaba con la ayuda de sor Pilar y de Almudena, además de la mía, para hacerle más fácil la nueva vida a la que debería enfrentarse a partir de entonces.

El día en que abandonó el hospital, una nevisca delicada caía sobre la ciudad. Almudena y yo habíamos ido temprano a recogerla, mientras todo a nuestro alrededor se teñía de un gris azulado, salpicado de livianos copos blancos.

Al cruzar la puerta del centro sanitario, sosteniendo a Victoria del brazo, esa estampa deliciosamente navideña me llenó de nostalgia el corazón.

Los más de dos meses que Victoria permaneció en el hospital nos dieron tiempo para planificar su futuro. Por eso, lo primero que hicimos fue instalarla en casa de mis padres para que acabase de recuperarse, ya que no tenía adónde ir.

Era una solución provisional, como la acogida de Moisés, mientras íbamos preparando a la enfermera para que se enfrentase a las duras decisiones que habría de tomar. Los parientes de sor Pilar habían evitado que de momento el niño fuese a parar al Orfanato Nacional de El Pardo, en Vista Alegre, por lo que era urgente que aclarásemos con ella lo que pensaba hacer con su hijo.

—Está aún convaleciente —nos dijo Julio al poco de llegar a mi casa—. Si casi no puede valerse por sí misma ¿cómo se va a hacer cargo del crío?

Hacía apenas una hora que habíamos acomodado a Victoria en su nuevo hogar, y el periodista se las había apañado para escaparse a verla. Yo me había quedado tan turbada al descubrirlo al abrir la puerta que aún no me había recuperado. Y eso que había sido yo quien le había dado la dirección. Pero no había supuesto que fuera a aparecer allí tan pronto.

Aún seguía yo meditando sobre la impresión que Julio habría provocado en mis padres y en mi hermana cuando Almudena le replicó:

—Tardará algunas semanas en recuperarse, sí, pero el tiempo vuela, y si no hacemos nada, el Patronato de Protección de la Mujer ya se encargará de ello.

—¿Tú crees? Pensaba que se ocupaba de adolescentes rebeldes y mujeres de mala vida.

—Bueno, su misión es controlar la moral femenina en general. Conozco casos de chicas a las que han denunciado sus propios familiares por sospechar que estaban en riesgo de caer, y han acabado encerradas en alguno de los colegios que gestiona el Patronato.

—Lo único bueno —intervine yo entonces— es que los padres de Victoria se han desentendido de ella, por lo que no la denunciarán. Eso implicaría echar leña al fuego y estoy convencida de que lo que quieren es olvidarlo todo, como si no hubiese pasado.

Almudena y Julio estuvieron de acuerdo conmigo. Pero eso no resolvía el futuro de Moisés. El periodista nos recordó lo que ya sabíamos:

—El hermano y la cuñada de sor Pilar tienen ya cuatro críos, no pueden adoptarlo. Es una pena, porque se ha acostumbrado bastante bien a vivir con ellos.

—¿Sí? —pregunté—. Me habría gustado mucho ir a verlo, pero es que me ha sido imposible: cuando no estaba en el sanatorio, me iba al hospital a ver a Victoria.

—Han sido unas semanas complicadas, es verdad. Los días que el crío estuvo conmigo se lo veía algo asustado, aunque es lógico teniendo en cuenta el choque que debió de ser para él salir de aquel sótano. Por suerte, sor Pilar venía cada día y lo tranquilizaba.

—Pues ahora que Victoria está fuera de peligro y en buenas manos, me gustaría ir a visitarlo.

Almudena volvió a encauzar la conversación.

—Aprovecha antes para tantearla y mirar a ver si está dispuesta a renunciar al niño. Sé que es duro, pero es lo mejor para ambos. Ella sola no va a poder atenderlo, no le darán trabajo y tus padres no pueden hacerse cargo de los dos. Si lo da en adopción, Moisés al menos tendrá la posibilidad de encontrar una familia, y ella podrá rehacer su vida. Si no lo hace, me sabe mal decirlo, pero serán ambos unos desgraciados.

La dureza de la reflexión de mi amiga nos dejó en silencio unos segundos. Después de todo lo que habíamos luchado, nos parecía un fracaso tener que renunciar ahora al triunfo que suponía mantenerlos juntos. Pero su felicidad y su bienestar eran más importantes. Almudena tenía razón. La única posibilidad de que la enfermera y su hijo tuviesen un buen futuro era separarlos.

Aquella noche me costó conciliar el sueño. No paraba de darle vueltas a la manera en que le plantearía a Victoria nuestra decisión. Hasta ese momento apenas habíamos hablado de lo sucedido. Los primeros días, porque ella estaba tan aturdida que le costaba expresarse. Después, porque evitábamos tocar temas que pudiesen alterarla. Y ahora me daba cuenta de que lo único que le habíamos explicado era que Moisés había sido acogido temporalmente por los familiares de sor Pilar.

Aproveché el momento en que le llevaba el desayuno para abordarla. Esa misma tarde debía regresar al sanatorio, ya que no había conseguido más días libres.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que sea necesario, ya te ayudaremos a buscar una habitación cuando estés mejor.

—Muchísimas gracias, nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí tú y tu familia. Pero no me quedaré mucho, no quiero abusar y ya ves que estoy casi perfecta.

—Sí, la verdad es que estás muy recuperada y no sabes cómo me alegro, pero hay una cuestión que tienes que resolver antes que nada.

—Lo sé, Paloma, no creas que porque no le mencione no pienso en él cada día. ¿Tú crees que debería darlo en adopción?

La llaneza espontánea con la que me habló me asombró pero, sobre todo, me quitó un peso de encima. Que me expusiese tan claramente lo que yo no me atrevía a plantearle me facilitaba, enormemente, la tarea. Resolví seguir por ese camino de franquezas.

—Pues sí, Victoria; sé que será duro, pero es lo mejor. Para el niño y para ti.

—Lo que me pase a mi es merecido, pero él no tiene por qué pagar por mis pecados.

—No hables así, mujer; eras muy joven, inocente, no sabías nada de la vida.

—Más inocente es él. —Hizo entonces una pausa tan larga que pensé que no quería seguir hablando del tema. Cuando ya iba a darme media vuelta, pensando que quería estar sola, la oí decir, tajante—: Haré cualquier cosa para que Moisés sea feliz.

Sentada junto a Julio, mientras conducía de regreso a Madrid, me asaltaron antiguos pensamientos. En realidad eran bastante recientes, pero sus efectos habían condicionado tanto mi presente que me parecía que formaban parte de un tiempo remoto.

El primero que me vino a la cabeza fue el de Martín y nuestros desplazamientos a Alcalá de Henares y al *meublé*. Su solo recuerdo me revolvió el estómago. Ni yo misma podía explicarme cómo había podido acceder a sus engaños. El bienestar y, sobre todo, la libertad que habían sucedido a esos días tormentosos eran un paraíso reparador. Y daba gracias a que no solo hubiese salido de mi vida sino, también, de las de Victoria y Moisés.

Porque el segundo recuerdo tenía que ver con ese niño, temeroso y pálido, la noche en que lo sacamos del sótano. Entonces Julio también conducía, en un trayecto que se convirtió en una ruta que nos unió a todos para siempre. Ese recorrido tenía muy poco que ver con el que hacía aquel domingo de finales de enero, pero aún menos con los que acostumbraba a hacer con el director. Aun así, todos esos viajes marcaban inflexiones en mi vida que me conducían a destinos insospechados.

Tras la conversación que habíamos tenido en casa de mis padres, cuando comenté lo mucho que me gustaría visitar a Moisés, Julio me propuso ir a verlo. Fue poco después de que Victoria accediese a darlo en adopción, así que acepté enseguida, ya que prefería visitarlo antes de que lo llevasen a un internado.

Los familiares de sor Pilar habitaban una de las viviendas del centro histórico de Toledo, adonde llegamos antes del mediodía gracias al vehículo que el periodista había alquilado esa misma mañana. Mientras ascendíamos a pie por la empinada callejuela donde los parientes de la monja tenían su domicilio, una emoción agrisulca me puso un nudo en la garganta.

Fue una suerte que, cuando nos abrieron la puerta, Julio se encargase de hacer las presentaciones. Algo más calmada, enseguida distinguí a Moisés correteando por la casa junto a la menor de los hijos de la familia, una niña un par de años mayor que él.

El crío se alegró al ver al periodista y corrió para abrazarlo, pero a mí me observó con una curiosidad inquieta. Puede que me recordase, o quizás yo solo le suponía una novedad más en el mundo que estaba descubriendo.

De regreso a Madrid, con Julio conduciendo a mi lado, además de reflexionar sobre mis trayectos en coche también evocaba la breve visita al niño. Arrastraba aún la emoción

ambivalente que me había sacudido antes de entrar. Un sentimiento hecho de alegría ante el perfecto estado de salud y de ánimo en que se encontraba el pequeño, y de pesar al saber que pronto tendría que abandonar el que había sido su primer hogar.

Mientras me perdía en esas divagaciones, me asombraba al constatar la distendida satisfacción del periodista. Concentrado en la conducción, parecía ajeno a las turbulencias mentales que alteraban mi ánimo.

Hablamos muy poco durante el trayecto de regreso a casa, donde mi familia nos esperaba para comer. Desde que Julio se había presentado en el piso de mis padres el día en que instalamos allí a Victoria, se daba por hecho nuestro noviazgo, y por eso habían querido invitarlo a la comida dominical.

Como era de esperar, todos quedaron muy complacidos con él. Su encanto, lejos de ser fingido como el del director, era auténtico y espontáneo, por lo que enseguida generaba confianza.

Después de tomar café, el periodista me propuso dar un paseo. No me sorprendió, porque yo también tenía ganas de estar a solas con él. Hacía mucho que no conversábamos como antes y tenía ganas de que charlásemos sobre todo lo que habíamos vivido las últimas semanas. Sin la presión de la conducción ni el ajeteo mental de los recuerdos.

—Casémonos —me soltó cuando nos aproximábamos a la plaza de Colón.

Nuestro caminar por el paseo de Recoletos nos había acercado hasta ese enclave donde la majestuosa avenida convergía con otras tres vías de importancia: Génova, Goya y Castellana.

Solté una risilla, haciendo como que le seguía la broma, pero sabía que no estaba de guasa.

—Hablo en serio. Es la única manera de evitar que Moisés vaya a un internado.

—Es demasiado precipitado, Julio... —dije impresionada por su propuesta—. No llevamos saliendo ni dos semanas.

—Formalmente sí, pero tú sabes que, en realidad, hace mucho más tiempo. Hay gente que se casa y no se conoce ni la mitad que tú y yo. No es tanto la cantidad como la calidad, Paloma, y nosotros hemos pasado muchas cosas juntos.

—En eso tienes razón, aunque no sé... Quizás sea mejor para el niño un matrimonio ya consolidado. Una pareja que lleve años esperando un hijo y estén preparados para adoptarlo.

—Insisto, doctora: no es una cuestión de tiempo. No sé tú, pero yo estoy seguro de lo que siento por ti. Esperar no me va a convencer de nada y, además, jugará en contra del niño. Ya tiene tres años, y los matrimonios estériles prefieren a los recién nacidos. Después de todo lo que has hecho por él, ¿me estás diciendo que vas a detenerte por una formalidad? ¿Que vas a seguir el guion que establece mantener un noviazgo de años antes de casarse? Mira, Paloma, te conozco bastante bien y sé que este no es el primer desafío al que te enfrentas. Ahora, si el problema es que no tienes claro el casarte conmigo, eso ya es otra cosa...

Me detuve en seco. Las hojas de los árboles que se movían con el viento daban musicalidad a

mi silencio. Le miré sin decir nada y sonreí. Él entendió, como yo, que íbamos a emprender un nuevo viaje.

Epílogo

Tras colgar el teléfono me quedé inmóvil unos segundos. Mi mano seguía sobre el auricular, y mis ojos, clavados en la circunferencia blanca sobre la que resaltaban los números negros.

Nada más escuchar la voz al otro lado del hilo telefónico había sentido una emoción paralizante. En un primer momento no lo reconocí. Hacía casi tres años que no hablábamos, desde que Julio y yo habíamos formalizado la adopción de Moisés, por lo que tuvo que identificarse para que le recordara. En cuanto lo hizo, mi mente voló hasta la vivienda toledana donde el niño había pasado varios meses.

La sensación que me produjo reconocer la voz del hermano de sor Pilar al otro lado del auricular no fue alegría ni sorpresa, sino una angustiante desazón incrustada en el esófago. Su saludo formal tenía un tono tan lúgubre que enseguida intuí lo que iba a decirme.

—Mi hermana, sor Pilar, ha fallecido.

La sentencia, catastrófica, había estallado al fin tras las primeras frases de cortesía.

—Un paro cardíaco. Murió mientras dormía.

Esos dos enunciados borraron todo rastro de la feliz despreocupación con la que había descolgado el teléfono. En su lugar se instaló una inmovilidad funesta que se acrecentó cuando colgué. La breve conversación mantenida con el hermano de la monja, tras darme la fatal noticia, se sucedía en mi mente una y otra vez para vencer mi incredulidad. Velatorio, entierro, y otras palabras fatídicas se habían anclado en mi pensamiento y emponzoñaban la agradable evocación que me provocaba la hermana.

Me costaba aceptar que esa mujer enérgica y decidida hubiese sucumbido con tanta precipitación. Hacía menos de dos años que me había despedido de ella, y nada hacía presagiar que hubiese de ser por última vez.

Aún podía recordar con claridad la tarde en que nos anunció, a Julio y a mí, que dejaba el sanatorio para irse al Hospital de Antezana, en Alcalá de Henares. Fue unos meses después de casarnos, aprovechando que el periodista había venido a recogerme, y la noticia nos pilló totalmente desprevenidos. Ninguno de los dos habíamos sospechado que la religiosa tuviese intención de trasladarse a un hospital de caridad de su pueblo natal. Ni tampoco Almudena, que se quedó tan pasmada como nosotros cuando se lo conté.

—No se puede negar que es una caja de sorpresas —me comentó al enterarse.

Y tenía razón. Desde que la conocía, sor Pilar no había hecho otra cosa que sorprendernos. Por desgracia, su última acción inesperada había resultado ser la postrera.

La emoción paralizante se fue distendiendo y una oleada de tristeza brotó en mi pecho. Ascendió, como un ligero espasmo, convulsionando suavemente mis músculos. Un temblor

incontrolable movía mi labio inferior y noté un escozor ardiente en los ojos. Las lágrimas se escurrieron sin remedio, tan imparables como mi desconsuelo.

La adopción de Moisés no fue el único cambio que se había producido en los últimos tres años. Desde la tarde de aquel domingo hibernal en que Julio me había propuesto matrimonio, mi vida se había convertido en una sucesión de sacudidas vitales. Y ahora me daba cuenta de que su desenlace no era otra cosa que la culminación de una aventura iniciada mucho antes. Justo el día en que me incorporé al sanatorio.

La boda entre el periodista y yo tuvo lugar un mes después de que él lo sugiriera. El acto consistió en una ceremonia sencilla a la que solo asistieron nuestros familiares. La urgencia nos obligó a prescindir de oropeles para poder concretar cuanto antes ese trámite que nos permitiría adoptar a Moisés. Como era lógico suponer, la precipitación despertó rumores. Pero yo estaba demasiado centrada en poner rumbo a mi futuro como para perder el tiempo en desmentir chismorreos.

—Que piensen lo que quieran —solía decirme Almudena los días que precedieron a los preparativos—, se quedarán de pasta de boniato cuando no te vean el bombo de aquí a unos meses.

Nos casamos en la iglesia de San Pascual, un templo de fachada austera situado en la misma acera del Café Gijón. Y, aunque fue una mañana gris, lluviosa y fría, nuestra alegría fue tan radiante como un sol estival.

Poco después formalizamos la adopción de Moisés, que, mientras tanto, había seguido viviendo con los parientes de sor Pilar. Para hacer más fácil su adaptación, las semanas previas fuimos a visitarlo a Toledo tantas veces como pudimos, y en cuanto nos instalamos en casa del periodista, el niño también nos visitó acompañado de su familia de acogida.

A pesar de ser tan pequeño, dio muestras de reconocer la vivienda donde había pasado sus primeros días en libertad. Y no sé si lo que más me admiró fue su extraordinaria memoria o la facilidad con la que asimilaba los grandes cambios vitales que se sucedían en su cortísima existencia.

Uno de los más trascendentales había sido desvincularse de Victoria, a quien no volvió a ver durante los tres meses que siguieron a su rescate. Su ausencia la llenaron en gran parte sor Pilar y sus parientes, aunque el crío no la olvidó y preguntaba a menudo por ella.

—Está malita, vendrá cuando se ponga buena —le explicábamos, y él nos miraba sin acabar de comprender.

Para suavizar la espera, de vez en cuando lo obsequiábamos con algún cuento o un cuaderno

para colorear diciéndole que era «de parte de su mamá». Él se alegraba y, durante un tiempo, dejaba de preguntar.

No resultó tan fácil consolar a Victoria. A pesar de que no se arrepentía de su decisión, la asumió como se acepta una desgracia. No se quejaba, pero se le notaba en el ánimo la influencia de esa resignación oscura y nefasta.

Por suerte, todo cambió cuando le dije que iba a casarme con Julio para poder adoptar a Moisés. Fue la misma tarde en que él me lo había planteado y ni siquiera se lo había comunicado a mis padres. Pero tenía tantas ganas de compartir con ella esa noticia que afectaba tanto a su felicidad como a la mía que no pude esperar.

Mientras se lo contaba vi que sus ojos volvían a brillar y no tardaron en humedecerse. Me dijo que lloraba de alivio y de felicidad.

Medio año antes de que sor Pilar se fuese a Alcalá, Victoria ya se había instalado en Valencia. Tal y como había prometido, la enfermera no quiso permanecer en casa de mis padres más de lo necesario, y en cuanto se encontró recuperada buscó otro sitio donde vivir.

Y lo hizo a trescientos kilómetros de Madrid.

Quería empezar de nuevo y para ello debía alejarse de la capital. El escándalo que había supuesto el descubrimiento de Moisés se había propagado más allá del sanatorio y todo el mundo culpaba a Victoria de la precaria situación en que había vivido el niño. Nadie cuestionó la responsabilidad de Martín, puesto que consideraban que era ella quien lo había seducido y quien debería haber asumido las consecuencias de su pecado en lugar de seguir trabajando mientras mantenía a su hijo oculto en el sótano.

Antes de irse, la enfermera quiso despedirse de Moisés. Hacía muy poco que lo habíamos adoptado, y yo dudaba si no sería mejor para los dos no volver a verse. Dejar que la distancia y el tiempo reposasen emociones que era mejor no remover.

Estaba equivocada. El reencuentro se convirtió en una tarde animada en la que el niño se mostró más jovial que nunca y ella más risueña que cuando la conocí. De un modo instintivo y certero, ambos sabían que su vinculación estaba hecha para resistir todo tipo de distanciamientos. Y aceptaban de buen grado quererse así.

Moisés creció sabiendo que Julio y yo éramos sus padres adoptivos. Esa certeza no condicionó ni su adaptación a la vida que le ofrecimos ni la personalidad que fue forjando a medida que se hacía mayor. Asumió su realidad moldeándola a su presente, como lo había hecho nada más salir del sótano. Y supo incorporar a Victoria a sus afectos como se agrega a un pariente querido y cercano. Se acostumbró a llamarla tía y a tratarla como tal, ya que era lo más conveniente para todos, no porque pretendiésemos despojarlos de su verdadero nexos carnal.

La madurez con la que el pequeño asumía todos esos pormenores que le imponía el mundo adulto no dejaba de asombrarme. Al igual que el hecho de que jamás volviera a mencionar a su padre. Como si su pureza rechazase de manera inconsciente la maldad genuina de su progenitor.

Durante el primer año, yo sí que lo recordé con frecuencia. La herida que me había provocado Martín continuaba supurando a pesar del alivio que me había proporcionado su marcha. Toda la libertad y la felicidad que llenaban mi presente a menudo no bastaban para calmar ese viejo dolor. Y dudaba de si algún día lograrían aplacarlo.

Sin embargo, pasado un tiempo descubrí al fin que su rostro se había borrado de mi memoria. Su paso nefasto por mi existencia ya no era más que una cicatriz informe en mi alma desgarrada. Y ese olvido dio paso a la indiferencia ante todo lo que tuviese que ver con el antiguo director. Todo, excepto Moisés.

No obstante, como el niño no se le parecía en nada, acabé por no relacionarlo con él. De hecho, nadie más volvió a mencionarlo ni siquiera en el sanatorio, por lo que la existencia de Martín se diluyó en un olvido perpetuo y colectivo que borró también el triste pasado del chiquillo.

Cuando sor Pilar murió, hacía muy poco que el niño había empezado la enseñanza primaria. A diferencia de Victoria, a quien veía una o dos veces al año, a la hermana no había vuelto a verla desde que se marchara, poco antes de que él cumplierse los cuatro.

Tras instalarse en Valencia, la enfermera había conseguido empleo en la Residencia Sanitaria General Sanjurjo, y nosotros aprovechábamos las vacaciones para ir a verla. Con la religiosa, en cambio, me limité a mantener una correspondencia que se fue espaciando cada vez más en el tiempo.

El día en que su hermano llamó para comunicarme su muerte pensé en si debía decírselo a Moisés. Pero hacía mucho que no la veía y, como no había vuelto a mencionarla, opté por callar. Lo más probable, pensé, es que ya no se acordase de ella.

Sin embargo, pocos días después de la llamada, el niño me asaltó con una pregunta inesperada.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Estás triste?

Acabábamos de volver del colegio, y el crío garabateaba en un cuaderno de caligrafía. Me costó responder a la vez que disimulaba.

—No me pasa nada, tesoro. No te preocupes.

—Entonces ¿por qué lloras?

—Bueno, verás, es que una señora amiga mía se ha muerto y me da pena no volverla a ver más.

—¡Oooh! ¿Como el abuelo de Marquitos?

—Sí, mi vida, aunque ella no era tan mayor como el abuelito de tu amigo. Pero estoy segura de que ella también habrá ido al cielo.

—¿Es que era muy buena?

—Mucho, era una monja.

De pronto se quedó pensativo, sujetando aún el lápiz con la mano. Sus ojos brillaron antes de exclamar.

—¡Yo también conocí a una monja!

—¿Te acuerdas de ella? Pero si eras muy chiquitín...

—Sí, sí, y cuando yo tenía miedo venía y me contaba un cuento. Se llamaba sor Pilar.

Madrid, 8 de octubre de 1963

Mi muy querida amiga:

No sabes la ilusión que me ha hecho que me llamas por teléfono esta mañana para decirme que ya eres doctora... Estoy tan emocionada que no puedo dormir. Así que aprovecho mi desvelo para escribirte y contarte todo lo que pasa por mi cabeza en estos momentos.

Hemos pasado tanto, Victoria, que vivo tu triunfo como si fuese un poco mío. Y también de Almudena, por supuesto, pero, sobre todo, de nuestra añorada sor Pilar. ¡Qué orgullosa estaría hoy de ti!

Pienso mucho en todo lo que vivimos las cuatro en el sanatorio. En lo que nos ayudamos para seguir adelante cuando nos desanimábamos porque no se valoraba nuestro trabajo. Ninguna lo hemos tenido fácil ni para estudiar medicina ni para ejercerla pero, aún así, no es nada comparado con lo que tuvieron que pasar las primeras doctoras. Ya sabes que siempre las he admirado por su valentía al desafiar al mundo, pero es que empiezo a pensar que de no haber sido por ellas, probablemente, ninguna de nosotras seríamos médicos ahora. Y es que se adelantaron varias décadas al momento en que a las mujeres se nos permitió ir a la universidad. ¿Qué habría pasado si no les hubiesen dejado estudiar medicina antes de que fuese legal para nosotras? Yo creo que la situación sería peor que ahora porque estaría menos normalizada y, por tanto, habría muchas menos doctoras y muchos más prejuicios.

Te he contado mil veces lo que supuso para mí conocer a la doctora Trinidad Arroyo, siendo niña. Esa experiencia me reafirmó en el propósito de seguir los pasos de mi padre, a pesar de ser mujer. Luego, al enterarme de la existencia de la doctora Dolores Aleu y sus coetáneas, Elena Maseras y Martina Castells, me di cuenta de lo mucho que su lucha nos allanó el camino hacia la facultad.

Por suerte, las cosas han cambiado bastante desde los tiempos en que las mujeres teníamos que solicitar un permiso especial para que nos dejasen ir a la universidad. Hace ya más de cincuenta años que se nos permite el acceso a las aulas universitarias pero, aun así, seguimos siendo minoría. Sobre todo en las carreras de ciencias como la nuestra, ya que las universitarias prefieren Filosofía y Letras, o incluso Farmacia, antes que Medicina. Seguramente el motivo sea que tienen miedo a las dificultades y discriminaciones que se encontrarán en el momento de ejercer, por eso creo que debemos continuar con el legado de aquellas pioneras y animar a las estudiantes que tienen vocación médica. Tengo la confianza de que algún día nuestros esfuerzos

habrán servido para normalizar nuestra situación y que no seamos tan pocas. ¿Te acuerdas cómo te sorprendió a ti, al llegar a Valencia, saber que no había ni cincuenta médicas? Pero eso no te desalentó, como no debe desanimar a ninguna chica que sueñe con la medicina saber que ni siquiera en Madrid hay una doctora por cada diez médicos...

Por cierto, quería preguntarte que tal van las reuniones de ese grupo de médicas valencianas de las que me hablaste hace un tiempo. Si no recuerdo mal, me dijiste que eran unas quince, la mayoría pediatras, aunque había también doctoras de otras especialidades, y que estaban pensando en crear una asociación para impulsar actividades científicas y divulgativas. Ya te dije en su momento que me parecía una excelente idea. Sería estupendo poder recuperar la filosofía de aquella Asociación de Médicas Españolas que fundó la doctora Elisa Soriano a finales de los años veinte. Y ahora que la menciono... Supongo que te habrás enterado de que le concedieron la Medalla de la Ciudad de Madrid el año pasado. Me hizo una ilusión tremenda, pues ya sabes cuánto la admiro.

Volviendo al grupo de doctoras de Valencia, espero que pronto me escribas diciendo que ya tenemos una asociación que nos representa y que tú formas parte de ella. Una entidad así sería ideal para fomentar el intercambio de experiencias científicas y profesionales entre nosotras, y conseguir que las mujeres médicos pudiésemos acceder a campos de nuestro interés para poder promocionarnos en ámbitos profesionales más amplios que ahora. Estoy segura de que eso ayudaría muchísimo a que se nos equiparase a nuestros colegas varones, que buena falta nos hace.

Pero no quiero alargarme con estas reflexiones, prefiero que hablemos de todo esto cuando nos veamos. Porque tengo muchísimas ganas de verte, Victoria, y de que me expliques si has pensado en seguir alguna especialidad. Espero que puedas venir a vernos estas Navidades. Ya sabes cuánto le gusta a Moisés celebrar contigo su cumpleaños y que lo lledes al mercadillo navideño de la plaza Mayor. Esta vez podríamos ir con Pili, que ya tiene cinco añitos y estoy segura de que disfrutará viendo los pesebres tanto como su hermano. Me gusta que se lleven tan bien. Tendrías que verlos por las noches, cuando él le lee cuentos para que se duerma como si fuese una persona mayor, y eso que aún le quedan un par de meses para cumplir los once.

La verdad es que desde que Pili nació siempre ha estado muy unido a ella. Ya sabes que tardamos en tenerla porque Julio y yo teníamos miedo de que Moisés tuviese celos, pero desde el primer momento el crío estuvo encantado con la niña. Incluso me ha pedido ser él quien le explique que tú eres su mamá cuando sea un poco más mayor. Esto es algo que también me gustaría que cambiase en un futuro, Victoria, que la maternidad fuera del matrimonio no se contemplase como un delito. El moralismo no debería servir para criminalizar, sobre todo cuando está en juego el bienestar de las personas. Soy muy consciente de que también en esto no hemos salido del todo mal paradas. Aunque no hayas podido criar a Moisés, al menos puedes mantener

una relación estrecha con él. Pero deberíamos luchar por no tener que recurrir a soluciones que solo tienen en cuenta lo que está bien visto, ignorando por completo el daño emocional.

Ya ves, Victoria, que hoy estoy algo reivindicativa. Puede que sea por la felicidad que siento al ver que has logrado tu objetivo, y es que tu éxito me da confianza en el porvenir. Como te escribo más arriba, nos hemos beneficiado de los logros que tanto esfuerzo supusieron para las pioneras de la medicina, y por ese motivo debemos continuar con su lucha. Sé que nuestros nombres no serán recordados, pero nuestra labor, nuestro ejemplo, cambiará la historia.

Tu amiga que te quiere,

PALOMA

La lucha de una mujer por ejercer su profesión en la España de 1950



La lucha de una mujer por ejercer su profesión en la España de 1950 En la España de la década de 1950, una primera generación de mujeres empezó a ejercer la medicina. Eran las pioneras en un territorio todavía atesorado por los hombres y en el que, para muchos, eran unas intrusas. Inspirada en los testimonios reales de doctoras de la época, esta novela nos muestra su batalla para vencer los prejuicios de pacientes y colegas, al tiempo que nos sumerge en una trama llena de emoción y misterio.

Las vidas entrelazadas de las protagonistas —Paloma, Almudena, Pilar y Victoria— componen un relato emocionante: no era fácil ejercer la profesión que amaban en una sociedad que las ponía siempre por debajo de sus compañeros hombres, relegándolas al papel de enfermeras. Mientras Paloma, una joven recién licenciada en Medicina, se enamora peligrosamente del director médico, Almudena descubre una extraña leyenda sobre el sanatorio en el que trabajan que la llevará a pensar que Victoria y Pilar esconden algo...

El amor a la medicina y el apoyo incondicional que se dan entre ellas harán invencibles a estas cuatro mujeres ante los recelos de una sociedad que, gracias a ellas, empieza a cambiar.

Sílvia Tarragó fue librera durante catorce años. Es autora de libros de relatos, poemarios y de la saga juvenil Top Fairies. El tiempo de la luz , relato que tiene como trasfondo medio siglo de la historia de Barcelona, fue su primera novela de adultos, a la que siguió El amor y la lectura, una fábula moderna sobre la pasión por los libros.

Primera edición: febrero de 2020

© 2020, Sílvia Tarragó y Francesc Miralles Contijoch
Autores representados por Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Jose Luis Paniagua
Fotografía de portada: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6722-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[*] *El amor es un viajero en el río sin retorno / Barrido para siempre para perderse en el mar tempestuoso.*

quien le explique que tú eres su mamá cuando sea un poco más mayor. Esto es algo que también me gustaría que cambiase en un futuro, Victoria, que la maternidad fuera del matrimonio no se contemplase como un delito. El moralismo no debería servir para criminalizar, sobre todo cuando está en juego el bienestar de las personas. Soy muy consciente de que también en esto no hemos salido del todo mal paradas. Aunque no hayas podido criar a Moisés, al menos puedes mantener una relación estrecha con él. Pero deberíamos luchar por no tener que recurrir a soluciones que solo tienen en cuenta lo que está bien visto, ignorando por completo el daño emocional.

Ya ves, Victoria, que hoy estoy algo reivindicativa. Puede que sea por la felicidad que siento al ver que has logrado tu objetivo, y es que tu éxito me da confianza en el porvenir. Como te escribo más arriba, nos hemos beneficiado de los logros que tanto esfuerzo supusieron para las pioneras de la medicina, y por ese motivo debemos continuar con su lucha. Sé que nuestros nombres no serán recordados, pero nuestra labor, nuestro ejemplo, cambiará la historia.

Tu amiga que te quiere,

PALOMA

Índice

La doctora

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Segunda parte

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

Tercera parte

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Sílvia Tarragó

Créditos

Notas